

ANNA CIDDOR

El hechizo del lobo



MAGIA 2 VIKINGA

Lectulandia

En la pequeña aldea vikinga se vivían tiempos difíciles. A la escasez de alimentos, había que sumar los nuevos tributos impuestos por un rey injusto. Por ello, el joven Oddo había decidido acompañar a su padre a cazar al bosque en busca de sustento. Pero al sentir en su corazón el hechizo del lobo, Oddo no pudo evitar lanzar un grito para ahuyentar a la fiera. Sus poderes mágicos y su especial sensibilidad no le permitían causar daño a ningún ser vivo. Así que horas más tarde, Oddo buscaría a la bestia para que su amiga Thora le curase las heridas. Y, en cierta forma, sellar un pacto para sobrevivir en los duros tiempos que les había tocado vivir.

Después de vivir su primera aventura juntos, en la que habían descubierto sus talentos para la magia y la curandería, todo parecía que iba a resultar más sencillo para Oddo y Thora. Pero la llegada de un enviado real a la pobre aldea vikinga cambiaría su sino: Harald, el nuevo rey de Noruega, había decretado que todos los que quisieran vivir en sus dominios deberían pagarle tributos. Y aquel que osara desobedecer sería castigado o expulsado de sus tierras. Una amenaza terrible que no tardaría en causar estragos y que Oddo sufriría en persona al ver partir a sus padres de caza en busca de pieles, apremiados por las malas cosechas y la rapidez con que se acercaba la fecha fijada para el pago.

En la soledad de la granja, Oddo no viviría sus mejores momentos. Para su amiga Thora, el futuro tampoco se presentaba halagüeño. Hija de una disparatada familia de brujos sin recursos, Thora debería buscar una forma de satisfacer las demandas reales aunque, al ser la única de la familia sin poderes mágicos, debería hacer uso de su sentido común para encontrar una solución. Sin duda, la vida les estaba poniendo a prueba. Y es por ello que los dos amigos se verían obligados a emprender un nuevo viaje en busca de justicia y el modo de salvar a sus familias de la más absoluta perdición.

Lectulandia

Anna Ciddor

El hechizo del lobo

Magia vikinga - 2

ePub r1.0

Titivillus 03.05.16

Título original: *Wolfspell*
Anna Ciddor, 2003
Traducción: Joan Soler

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A todos los que han leído *La runa secreta* y me han enviado cartas y *e-mails* pidiéndome que me apresurara a escribir el próximo libro. ¡Aquí está, dedicado a vosotros!

Mensajes secretos de las runas

Las runas son las letras del alfabeto vikingo, también llamado *futhork*. Tienen poderes mágicos. Si descifráis los secretos de los mensajes de las runas de este libro, aprenderéis a hacer vuestra propia



(el alfabeto *futhork* del final del libro seguramente os será útil).

1. El mes del hambre



La leche silbó en el balde cuando Oddo dio impaciente el último apretón a la ubre. Alargó la mano bajo el pesebre, rozando el costado caliente y peludo de la vaca, palpó con los dedos las cáscaras de avellanas que allí había escondido, y sonrió mostrando los dientes. Dos perfectos cuencos en miniatura. Los llenó de leche del cubo, los llevó fuera y comprobó que nadie miraba.

Oddo dejó las cáscaras en la nieve y se deslizó hacia el granero. Se agachó tras la puerta y entornó los ojos, sin apenas atreverse a respirar ni a parpadear. Esta vez iba a ver quiénes se llevaban la leche. Esta vez iba a aguardar y vigilar hasta que llegaran.

—¡Oddo! —Se oyó la voz de su madre a través del patio—. Oddo, necesito la leche. ¿Es que te has quedado dormido?

—Caca de la vaca —refunfuñó Oddo.

Cogió los cubos y salió pisando con fuerza. Echó un vistazo a las cáscaras y se detuvo de súbito.

—¡Inaudito!

En los dos segundos en que había estado de espaldas, ¡alguien se había bebido la leche a hurtadillas! Se agachó para inspeccionar la superficie de la nieve. En la blancura se apreciaban hoyuelos diminutos... huellas más pequeñas que la uña de su dedo meñique, justo del tamaño de...

—¿Has perdido algo? —La voz de su padre tronó a su espalda, y Oddo se enderezó con un sentimiento de culpa—. ¿Por qué hurgas en la nieve?

Oddo abrió la boca para decir algo, pero no supo qué responder.

«Como comente cualquier cosa sobre la gente menuda, ¡me arrancará la cabeza!», pensó.

A su padre, Bolverk, le gustaba que Oddo utilizara sus poderes mágicos para que lloviera sobre los campos, o para impedir que los pájaros se comieran las semillas, pero cualquier comentario sobre la gente menuda lo sacaba de quicio.

—Sólo buscas excusas para no hacer tus tareas —le soltó su padre cuando Oddo intentaba explicar que a la gente menuda no le gustaba que él arara la tierra. ¡Naturalmente, Bolverk no aprobaría que les diera una sola gota de su preciada leche!

En febrero se pasaba hambre. No había verduras en el huerto. Tampoco bayas ni

setas en el bosque. El saco de trigo estaba vacío, y se habían comido todas las nueces.

Incluso los lobos estaban hambrientos.

Mientras Oddo andaba dando traspiés, Bolverk se precipitó hacia la puerta del granero.

—Te tengo dicho que la cierres. ¡Hay lobos al acecho, ya lo sabes!

Oddo fue rápidamente a la quesería, abrió la tapa de madera de la cuba de la leche y vertió el contenido de los baldes.

—¿Otra vez pescado salado y queso para cenar? —preguntó.

Sigrid asintió con la cabeza. Jadeaba por el esfuerzo de remover la nata, y su cálido aliento formaba nubes de vapor en el aire frío de la quesería.

Oddo se preguntó qué cenarían esa noche Thora y su familia de brujos.

En la casa de la colina, Thora estaba echando guisantes secos y corteza de pino desmenuzada en un molinillo. En mitad de la estancia hervía a fuego lento un caldero de algas, y un olor a pescado salado se abría paso a través de la penumbra. Thora asió el mango del molinillo y empezó a moler.

—¿Qué estás preparando, Thora? ¿Un nuevo remedio para mis viejos y crujientes huesos?

—No, abuelita. Es sólo la cena.

La abuelita Hulda estaba acurrucada en su rincón habitual. El telar sonaba con estrépito y los dedos le crujían mientras salmodiaba hechizos en su tela mágica.

—¿Qué es esto? ¿Una rata? —dijo con voz trémula al ver correr por el suelo algo pequeño y marrón y con una larga cola.

Edith se apartó, pero Erik se lanzó a cogerlo, y con una risotada lo arrojó a su hermana.

—¡No! —chilló Edith.

Pero lo que cayó sobre ella como una cascada sólo fue una lluvia de hojas y ramitas.

—¡Te he engañado! —reía Erik.

Thora soltó una risita. Su hermano era cada vez más experto con la magia para hacer animales. ¡Realmente aquello parecía y se movía como una rata!

Thora estaba vaciando del molinillo la corteza y los guisantes triturados cuando Sissa, la pequeña de la familia, alargó la mano para coger la artesa.

—¡No, Sissa! —gritó Thora.

¡Demasiado tarde! Los regordetes dedos de la niña ya estaban cerrados sobre el borde. Thora se encogió de hombros y se sentó tranquilamente a observar. La artesa estaba hecha del tronco de un árbol muerto desde hacía muchos años, pero en cuanto Sissa lo tocó, salieron brotes a lo largo de todo el hueco. Al cabo de unos instantes estaba lleno de hojas. Thora exhaló un suspiro.

—Ahora tendré hojas por toda la masa —le riñó, escogiendo los zarcillos.

Roció con un poco de agua y se puso a mezclar.

—¡Uaggh... qué peste! —gritó Astrid cuando penetró a zancadas en la estancia—. ¿De quién es este hechizo?

Se quitó la capa y agitó la mano hacia los vapores que se elevaban del caldero.

—¡No es un hechizo! ¡Es la cena! —chilló Harald, muy alegre.

—Oh —dijo Astrid—. Thora está cocinando. Debí imaginarlo.

—Tienes suerte de que aquí cocine alguien —murmuró Thora—, aunque sólo sea corteza de pino y algas. ¡A ver si un día lo intentas tú!

Pero jamás lo intentaba, por supuesto. Las únicas cosas útiles que Astrid sabía hacer eran hechizos, como toda la familia. Thora paseó la mirada por la habitación. Su madre, Finnhilda, estaba rasgueando el laúd. Su padre, como de costumbre, grababa una runa. El pequeño Ketil jugaba con su capucha mágica de piel de cabra, haciendo que distintos trozos de su cuerpo se volvieran invisibles... Si no fuera por Thora, seguramente cenarían piedras. Pero, claro, como tenían poderes mágicos, todos menos Thora podían comer piedras si querían. Thora era la única que no sabía hacer hechizos.

Mientras amasaba, oyó un tintineo metálico y el ruido sordo de un animal corriendo. Todos interrumpieron su tarea para escuchar. Hasta ellos llegó un cascabeleo y el sobrecogedor sonido de un cuerno.

—¡Os convoco en nombre del rey! —gritó una potente voz.

Se miraron unos a otros. Astrid fue la primera en moverse. Se puso otra vez la capa y caminó presurosa por el largo pasillo hasta la puerta, seguida de los demás.

MSTF RDTF

2. Una proclama



La familia al completo se dirigió a la puerta. Descorrieron las cortinas para salir al exterior, y el pequeño Ketil se agarró de la mano de Thora.

—¿Qué pasa? —susurró, boquiabierto ante el bicho plantado ante ellos.

Era un caballo muy alto, con una cabeza peluda que sacudía y una cola que meneaba. El animal soltó un fuerte y sonoro resoplido por la nariz.

Ketil se escondió en el largo vestido de Thora.

—No pasa nada. Sólo es un caballo —dijo ella—. Ya has oído hablar de los caballos. Aparecen en todas las sagas de reyes y personajes importantes.

A Thora le interesaba más el trineo ornado con campanillas, y el hombre gordo cubierto por una capa con guarniciones de piel que estaba apretujado dentro.

—¡Os convoco en nombre del rey! —repitió el hombre gordo—. ¡Vuestro jefe, Vigmund, el cacique, está sentado en el túmulo de sus antepasados, listo para proclamar los decretos del rey Harald el Rubio, nuevo rey de toda Noruega! ¡Debéis acudir enseguida!

El hombre hizo sonar otra vez el cuerno y agitó las riendas. El caballo dio un salto al frente, y el trineo se deslizó dando la vuelta y lanzando al aire una rociadura de nieve pulverizada. Un instante después no había ni rastro de él.

—¡Menudo gorjeo de pájaros! —exclamó la abuelita—. ¡No pienso arrastrarme por la nieve para que ese Vigmund de voz de gorrión me diga qué tengo que hacer! Además, ¿quién es ese Harald de Pelo Blanco? ¡Nunca he oído hablar de él!

Entró pisando fuerte, los huesos airadamente ruidosos.

Runolf frunció el ceño y se acarició la larga y rala barba.

—Padre —dijo Edith, tirando inquieta de la manga de Runolf—, hemos de ir. ¡Son órdenes del rey!

—¡Yo quiero ver al rey! —chilló Ketil.

—El rey no estará allí, bobo —dijo Astrid con desdén—. Sólo estará el viejo cacique Vigmund con su yelmo oxidado y su cota de malla, dándose importancia.

—De todos modos, creo que debemos acudir a esta llamada —declaró Runolf—.

Pongámonos el atuendo apropiado.

Con gran consternación de Thora, Finnhilda dijo a todas sus hijas que llevaran la hechizada capa azul con adornos de pelo de gato.

—¡Me hace estornudar! —se lamentó Thora.

Runolf y los chicos mayores se ataron en el pelo cintas bordadas con runas y se sujetaron a los cinturones sus bolsas con piedras rúnicas. A continuación se pusieron en marcha hacia el túmulo, Runolf y Finnhilda abriendo el paso, los ocho hijos inmediatamente detrás.

A través de la neblina de copos de nieve que caían lentamente, Thora alcanzaba a ver a los campesinos vecinos que marchaban en la misma dirección. Estaba Oddo, entre sus padres, sonriendo abiertamente y haciendo señas. También Ulf el Granjero y su familia, y un recién llegado de semblante hosco, Grimmr, que había ocupado el yermo y rocoso terreno situado en el extremo más alejado de Bolverk.

Se congregaron al pie del montículo, la mirada alzada y fija en el cacique. Tal como había previsto Astrid, iba bien ataviado, con su viejo atuendo guerrero, con un aspecto insignificante al lado del corpulento gobernador del rey.

Ulf murmuró un comentario a su esposa y acto seguido estalló en una de sus estruendosas y efusivas risotadas, la barba de color rojo y oro destellando en el crepúsculo. Sin embargo, cuando el cacique comenzó a hablar, todos se callaron y se inclinaron hacia delante, esforzándose por oír. Hacía un frío intenso. Thora se ciñó la capa y notó que el pelo de gato le hacía cosquillas en la nariz. Se quitó la capucha de inmediato. Sería muy embarazoso ponerse a estornudar.

—¡Escuchad! —decía el cacique con voz temblorosa—. Este mensajero del rey Harald me ha dado un comunicado: o reconocemos a Harald como nuestro rey o pasamos a ser sus enemigos. En nombre del pueblo de este territorio, he prometido obediencia al rey. —Entonces alzó la voz—. ¡Así pues, aclamemos a Harald el Rubio, rey de toda Noruega, que defenderá nuestra tierra de invasores extranjeros!

El gobernador del rey hizo sonar su cuerno y dio un paso al frente.

—¡Súbditos del rey! —bramó—. Escuchad esta proclama:

»De hoy en adelante, todas las tierras, cultivadas o no, y todos los mares, ríos y lagos de la región serán propiedad del rey. Todos los que aquí quieran habitar y en estas aguas quieran pescar deberán pagar un tributo al rey. Este tributo se hará efectivo en plata, mantequilla, harina o cualquier otra mercancía que complazca al rey. ¡Y quienes no lo paguen perderán sus propiedades, su tierra y su libertad, que pasarán a ser del rey!

Mientras hablaba, todos empezaron a susurrar con tono enojado.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Ketil en voz baja—. ¿Qué quiere decir?

—Creo que tenemos que pagar tributos al rey o nos echarán de casa —contestó Thora.

—¿Tributos? ¿Qué son tributos? —siguió preguntando Ketil—. ¿Qué hemos de pagar?

—Plata, mantequilla, harina...

—¿Harina? ¿Qué es harina?

—Bueno, eso para hacer pan..., cebada molida o...

—¿Como nuestra corteza de pino? ¿El rey quiere nuestra corteza de pino?

Thora lo miró fijamente.

—No, no quiere la corteza de pino. ¡Y tampoco tenemos plata ni mantequilla! —añadió. Torció el gesto, consternada—. ¿Cómo vamos a pagar?

La voz de Bolverk retumbó por encima del murmullo de los presentes.

—¡El cacique Vigmund es un calzonazos! —dijo con voz cavernosa—. La yema de un huevo tiene más coraje. ¡Sólo un cobarde entrega su tierra antes de presentar batalla!

Thora advirtió que su padre subía por el túmulo, y se apresuró tras él. Runolf hizo una reverencia al cacique y al gobernador.

—Señores —dijo—, soy un pobre hombre que hace hechizos, no un campesino. No tengo vacas, ni campos de cebada. Pero si le complace a Su Majestad, puedo grabarle piedras rúnicas con poderes mágicos que conquistarán su corazón, lo protegerán de todo daño, lo...

—Ignorante —le interrumpió el gobernador—, ¿acaso no sabes que el rey es el principal experto en runas del país? Sabe hablar con los pájaros, y tiene el poder de apagar un fuego y la fuerza de ocho hombres. No le hacen ninguna falta tus miserables raspaduras. —Se volvió de nuevo hacia la multitud—. ¡A finales de la Gula regresaré a recaudar vuestros tributos! —anunció—. ¡Tened cuidado! El rey no soporta que no le paguen. Si valoráis vuestra casa, vuestra libertad y vuestras posesiones, ¡aseguraos de tener el pago listo!

↑M ↑R↑M↑R↑

3. Arcos y flechas



Durante todo el mes del hambre, Bolverk y Sigrid discutieron inquietos sobre el asunto de los tributos.

—¡Pronto será el final de la Gula! —se lamentaba Sigrid—. ¡Esto es en primavera! Para entonces no habrá nuevas cosechas que recoger.

—Ni siquiera en otoño tendríamos nada que dar —señaló Bolverk—. Todo lo que cultivamos lo consumimos... o lo cambiamos en el mercado. No, no podremos sacarlo de la granja.

—Tal vez... Oddo podría hacer algo con su magia —sugirió Sigrid indecisa.

—Hummm, ¿puedes hacer que el grano crezca más deprisa? —preguntó Bolverk, esperanzado. Oddo negó con la cabeza—. Bueno, pues no creo que haciendo caer gotas de lluvia o hablando con las ovejas podamos pagar los tributos...

Una noche, Oddo advirtió que su madre sacaba unos cuantos granos de cebada del saco y los escondía en una vasija de esteatita. En la cena, ella se sirvió la mitad de la porción acostumbrada. Al ver que Oddo cogía también menos, su madre protestó y le llenó el plato incluso más de lo normal. Al cortar un trozo de pan y de queso para la gente menuda se sintió culpable, pero no podía dejar que se murieran de hambre. Aunque nunca los veía, estaba seguro de que eran ellos los que se comían lo que él les ofrecía. Ni ratones ni pájaros ni ningún otro bicho dejarían huellas como aquéllas. Y en una ocasión se había encontrado en la nieve un collar roto con cuentas diminutas.

Después de cenar, Sigrid se puso a tejer y Bolverk empezó a tallar dientes para un nuevo rastrillo de madera. Oddo salió de casa con las migas de pan y el queso ocultos en la mano. Se quedó temblando en mitad del patio, los ojos de un lado a otro en busca de alguna señal. ¿Aquello era el parpadeo de una lámpara diminuta o sólo una estrella reflejada en la nieve?

Desde que Thora le había hablado de la gente menuda, Oddo estaba ansioso por conocerlos. Ahora que sabía que vivían bajo tierra, se negaba a cavar o hincar el azadón en los campos, por mucho que su padre se enojara. Thora decía que la gente menuda montaba en cólera si quienes hacían hechizos, que deberían saberlo mejor

que nadie, desordenaban su casa. Y aunque ella insistía en que jamás dejaban que nadie los viera, Oddo creía que un día los conocería y se haría amigo suyo.

Sin embargo, no iba a ser esa noche. Esperó hasta quedarse casi congelado, pero ni siquiera llegó a vislumbrar el revoloteo de alguna capa o el movimiento rápido del dedo gordo de un pie.

A la mañana siguiente, Bolverk se dio cuenta de que en el cuenco de Sigrid había pocas gachas.

—No quiero que tú pases hambre —gruñó— para que ese cerdo glotón se llene la tripa. —Golpeó la mesa con el puño—. ¡Encontraré otro modo!

Se puso en pie y se dirigió a la puerta.

Al retirar la cortina a un lado, una ráfaga de aguanieve penetró en la estancia. Sigrid se le acercó al instante con la cálida capa de piel, pero en cuanto empezó a ponérsela alrededor de los hombros, él se la arrebató de las manos y soltó un grito triunfante.

—¡Ya está! —chilló—. ¡Piel! Esto es lo que usaremos para pagar los tributos. — Señaló las pieles que cubrían la cama y los bancos para dormir—. Tenemos montones de pieles. De morsa, oso, foca, zorro... ¡Esto contentará a Su Majestad!

—Pero... —Sigrid lo miraba desconcertada—. Nosotros utilizamos estas pieles.

—¡Y qué! Conseguiré más, mujer. ¡Iré al norte a cazar! —Se volvió hacia Oddo—. Bueno, hijo, ¿crees que eres lo bastante hombre para venir a cazar conmigo?

Oddo miró fijamente a su padre. ¡Cazar! En su vida había lanzado una flecha.

—Venga. —Bolverk se acercó ruidosamente a la pared de la que colgaban el arco y el carcaj con las flechas—. Veamos qué sabes hacer.

Oddo cruzó rápidamente la estancia, pero al llegar junto a su padre comprobó que el gran arco se elevaba por encima de él.

—Hummm —murmuró Bolverk—. Éste no es de tu medida. Tendremos que hacer uno más pequeño. Ven.

En el cobertizo, Bolverk se dirigió hacia un montón de ramas apiladas en un rincón.

—Ramas de tejo —murmuró—. Las traje la última vez que fui al mercado. Ya estarán secas. —Dejó una en la mano de Oddo y alzó la tapa del baúl de las herramientas—. ¡Sostén la lámpara en alto, muchacho, no veo absolutamente nada! —rugió.

Cuando ambos regresaron cargados de ramas y herramientas, Sigrid se apresuró a quitar la mesa.

—Bien —dijo Bolverk dándole a Oddo un cuchillo—. Raspa la rama hasta que no haya corteza y haz un arco. Y no la echés a perder. Por aquí es difícil encontrar madera de tejo.

Oddo miró la larga y afilada hoja del cuchillo.

—¡Procura seguir la hebra! —le advirtió el padre, que se disponía a moldear ramitas de abedul para fabricar astiles de flechas—. Si vas contra la hebra, el arco se

partirá.

Descortezar la rama fue muy fácil, pero cuando llegó a la albura, la capa blanda, Oddo raspó con cuidado, trocito a trocito, fijándose todo el rato en el arco de su padre.

Horas después, estaban terminados el arco y las flechas, que iban adornadas con vistosas plumas de águila y rematadas con una punta de hierro auténtico. Por último, Bolverk puso un bramante de lino al arco.

—Ya está —dijo, y se lo dio a Oddo—. ¡A ver qué tal lanzas!

Fuera hacía un frío glacial; costaba creer que el invierno tocara a su fin. Oddo apretó los dientes para que dejaran de rechinar mientras escuchaba las instrucciones de Bolverk. Su padre le dijo que cogiera el arco y apuntara a la pared de la quesería, al otro lado del patio. Oddo tenía las manos tan entumecidas que agarró torpemente la flecha y se le cayó al suelo. Bolverk soltó un bufido de exasperación. Aturullado, Oddo hizo su primer lanzamiento a toda prisa, sin tomarse el tiempo necesario para prepararse y apuntar. La flecha cayó a los pies de Bolverk.

—¡No has escuchado una palabra de lo que te he dicho! —vociferó Bolverk, dando un puntapié a la flecha—. ¡Ponte derecho, sostén la flecha recta, mira dónde apuntas! ¡Y... tómate... tu... tiempo! —Las últimas palabras sonaron espaciadas y categóricas. A continuación levantó los brazos—. ¡Puedes hacerlo tú solo! —Y se dirigió a la casa, caminando pesadamente.

Oddo estuvo tentado de darse por vencido. Le seducía la idea de entrar y acurrucarse junto al calor del fuego. Alzó los ojos al cielo.

—Dame un poco de sol —dijo con tono suplicante.

Y al encajar la flecha en el bramante, un débil rayo de sol atravesó las densas nubes. Tensó la cuerda poco a poco hasta tener el puño junto a la mandíbula. Apuntó a lo largo del brazo y soltó la flecha, que voló a través del patio hasta alcanzar la pared, en el mismo centro, con un agradable sonido.

—¡Bien! —gritó Oddo.

Se volvió con una sonrisa abierta, esperando que su padre se hubiera parado a mirar, pero Bolverk ya estaba dentro de la casa.

Defraudado, Oddo cruzó el patio para recuperar la flecha. Ahora el sol picaba, y el hielo bajo sus pies se volvía agua fangosa. Regresó chapoteando y apuntó de nuevo.

Peluda salió a mirar y cada vez que Oddo lanzaba se ponía a ladrar. Luego corría por el patio y con los dientes intentaba arrancar las flechas de la pared, pero estaban clavadas demasiado hondo.

Cuando por fin regresó Bolverk, Oddo tenía los dedos en carne viva de tanto tensar el arco, y el brazo izquierdo cubierto de magulladuras a causa de los rebotes.

Bolverk arqueó una ceja hacia el cielo.

—¿Tú has hecho esto? —preguntó.

Oddo asintió con cautela, pero Bolverk no se quejó. Estaba examinando las

marcas en la pared de la quesería.

—¡Creo que ya has estropeado bastante esta pared! —dijo—. Veamos qué haces con una diana como Dios manda.

Cogió una pala apoyada en el granero, la llevó al extremo más alejado del patio y la hincó en un montón de nieve blanda con el mango hacia abajo.

—Bien —dijo—. ¡Apunta a esto!

—¡Pero si le doy, la romperé! —gritó Oddo.

—¡No tienes ninguna posibilidad! —replicó Bolverk, y acto seguido se quedó con los pies separados y los brazos cruzados, observando.

Oddo notó que volvía a ponerse nervioso. *Peluda* saltaba y ladraba agitada.

—Chist, *Peluda*, deja que me concentre —dijo Oddo.

La perra se quedó quieta, el pelo erizado y la larga nariz estirada hacia la diana. Oddo respiró hondo y alzó el arco. Al tensar la cuerda, el dolor en los dedos le recordó que había estado practicando un buen rato. Se imaginó que la pala era sólo una marca en la pared, como los blancos que había estado fijando toda la tarde. Se sintió más tranquilo. Aguantó la respiración... y lanzó.

No percibió el sonido vibrante de la cuerda que le golpeaba el brazo magullado ni oyó el ladrido triunfante de *Peluda* cuando ésta saltó hacia delante. Oddo sólo vio la flecha surcar el aire, recta y precisa, y dar en el pequeño cuadrado de madera, justo en el centro.

Miró a su padre.

Bolverk, con los ojos abiertos como platos, soltó un fuerte bramido y pasó el brazo alrededor del hombro de Oddo.

—¡Éste es mi hijo! —exclamó—. ¡Éste es mi hijo! ¡Mañana iremos a cazar de verdad! ¡Mañana te harás un hombre!

18 < M

4. La caza



Cuando Oddo despertó, la habitación estaba fría y oscura. No había ninguna lámpara encendida, y sólo quedaba un débil rescoldo en el fuego.

—Vamos, en marcha —dijo Bolverk con voz cavernosa—. Nos estarán esperando. —Cogió un trozo de madera carbonizada de las ascuas—. Toma, tíznate la cara con esto.

Oddo empezó a temblar en cuanto saltó de la cama.

—¡Estás helado! —exclamó Sigrid.

—Nnn-no. Sss-son sólo los nervios —dijo, preocupado por si ella no le dejaba ir. Sigrid lo arropó con una capa y le dio unas botas de su padre rellenas de paja.

—La paja te mantendrá los pies calientes.

—Deja de tratarle como a un niño —gruñó Bolverk.

Oddo se echó al hombro el carcaj y cogió el arco. Sigrid le deslizó en la mano libre un pedazo de pan del día anterior. Bolverk salió de la estancia a grandes pa sos y Oddo se apresuró tras él, dando traspiés con las botas, que le iban grandes.

El sol estaba saliendo cuando se unieron al grupo en el linde del bosque.

—Ahí viene Bolverk —dijo una voz.

—Pero ¿quién anda tras él? —preguntó Ulf, aunque al hablar guiñó un ojo.

Oddo mostró su amplia sonrisa y levantó el arco.

—¡Hoy también vengo a cazar! —anunció.

Todos le dieron palmadas en la espalda.

—¡Un cazador! ¡Estás hecho un hombre! —dijeron.

Oddo se hinchó de orgullo.

—Bien, ¿estamos listos? —preguntó Ulf.

—¿Qué pasa con Grimmr? ¿No viene?

—No, prefiere cazar por su cuenta. No le gusta compartir sus piezas.

—¡Grimmr el Codicioso! —soltó alguien, y todos rieron.

Pero en cuanto penetraron en el bosque, todo el mundo se calló. Ulf iba en cabeza, con una antorcha encendida en la mano. Oddo intentaba moverse en silencio,

andando de puntillas, pero sus botas rellenas de paja crujían ruidosamente. Bolverk lo miraba ceñudo.

Los cazadores se abrieron en abanico y avanzaron lentamente, escuchando con atención. De súbito oyeron el aullido de un lobo. Todos se quedaron paralizados. Ulf sostuvo la antorcha en alto para averiguar la dirección del viento. La llama vaciló hacia la derecha. Ulf indicó a los hombres que se movieran a favor del viento y luego pisó la antorcha para apagarla. Los cazadores desaparecieron entre los árboles. Bolverk cogió a Oddo del brazo y lo llevó tras un matorral de enebro.

—No te muevas ni hagas ningún ruido —le susurró—. ¡Y nada de magia! —Se puso en cuclillas y sacó una flecha del carcaj.

El lobo volvió a aullar, y Oddo se sobresaltó al oír otro aullido procedente de los abedules de al lado.

—Es Ulf el Granjero, imitando el aullido —volvió a susurrar Bolverk—. Está contestando al lobo.

Entre los árboles se oyó un ruido sordo de patas y se perfiló una sombra gris. Oddo jamás había visto un lobo tan cerca. Era enorme... casi tan alto como él. Tenía una nariz larga, como *Peluda*, y giraba la cabeza de un lado a otro, moviendo nervioso las orejas.

Ulf aulló de nuevo, y el lobo mostró los dientes y soltó un aullido largo y grave. Sus ojos eran amenazadores, verdes y fríos, pero cuando Oddo atisbo en el fondo de los mismos, de repente supo lo que el animal estaba sintiendo. Supo que aquel lobo era el jefe de su manada. Supo que estaba vigilando su territorio, que había aparecido, seguro de su poder, para expulsar al lobo desconocido que vagaba por allí. Ahora percibía peligro. Con aspecto orgulloso y fiero, se mantenía firme, pero tenía los pelos del cuello erizados, y Oddo sintió el miedo en el corazón del animal.

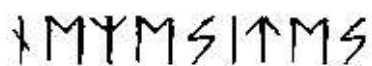
Por el rabillo del ojo advirtió que Bolverk se ponía en pie y alzaba el arco.

—¡No! —chilló Oddo.

Intentó correr, gritando y agitando los brazos, pero por culpa de las descomunales botas acabó desmadejado en el suelo. Oyó el ruido de flechas que pasaban zumbando y alzó la vista, esperando ver al lobo muerto delante de él. Pero no había ningún cadáver. El animal se alejaba a largos pasos entre los árboles, con una flecha colgándole de una pata.

Oddo se levantó torpemente y volvió la cara hacia los cazadores, con los brazos extendidos, para que no lanzaran más flechas. Cuando los hombres bajaron los arcos, se oyeron bramidos de cólera, los de Bolverk los más sonoros.

Observó las miradas furiosas, y acto seguido dio media vuelta y huyó al bosque.



5. Una petición de ayuda



Brillaba el sol, los manzanos silvestres exhibían su rubor rosa y las primeras hojas pintaban de verde las desnudas ramas de los serbales.

Thora, con un cesto en la mano, recogía los ingredientes de la primera ensalada del año. Alrededor de ella, las currucas canoras y los malvises se precipitaban de un lado a otro, cantando alegres, pero Thora andaba abatida, la cabeza inclinada y el corazón oprimido.

«Sólo faltan unos días para la Gula —se decía tristemente—, y aún no sé cómo vamos a pagar los tributos».

Pasaba todas las noches en vela, dando vueltas y más vueltas, y oyendo una y otra vez a su padre, totalmente convencido:

—Bueno, ha querido la suerte que entre nosotros haya alguien versado en asuntos prácticos. ¡Thora hallará un modo de pagar al gobernador!

Al oír estas palabras, Thora se hinchó de orgullo. Había llegado a creer que los miembros de su familia sólo reparaban en lo que ella no hacía bien. Incluso pensaba que no apreciaban sus platos ni advertían la limpieza y los arreglos que intentaba hacer.

—¡Encontraré una forma de pagar los impuestos, naturalmente! —había prometido.

Por lo que recordaba, todos los que la rodeaban solían confiar en la magia para resolver sus problemas: se valían de piedras rúnicas para sanar, de hierbas mágicas para protegerse, y de telas hechizadas para evitar los peligros. Incluso Oddo, su mejor amigo, utilizaba la magia para solucionar contratiempos. Pero ahora había una dificultad que la magia no podía resolver, ¡y ella era la encargada de ese cometido!

Sin embargo, tras varias semanas y, por mucho que se esforzaba, no veía cómo lograrlo. Era demasiado pronto para plantar verduras o hierbas en el huerto. No tenía ni una sola oveja que esquilar, ni vacas que ordeñar... Meneó la cabeza, desconsolada.

La familia al completo confiaba en ella, y si no encontraba la solución, ¡los echarían a todos de casa! Su padre y Arni tendrían que alistarse en el ejército del rey,

y éste seguramente obligaría a los demás a convertirse en criados suyos. Durante un instante fugaz, la idea de su presumida hermana Astrid haciendo recados para otros le resultó muy sugestiva... Pero no, esto no compensaba el sufrimiento de los demás. ¡En fin, después de todo sería mejor que el rey aceptara regalos mágicos!

Thora descubría nuevas frondas de helechos al hurgar entre las hojas caídas en la pasada estación. De pronto, al detenerse a coger algunas, oyó una voz desesperada que la llamaba:

—¡Thora! ¡Thora!

Un muchacho con la cara tiznada corría alocado hacia ella. En sus hombros ondeaba la ropa a jirones, y sus pies calzados con enormes botas aporreaban el suelo. Cayó de rodillas y al agarrarse al brazo de Thora, el chico rodó al suelo con todas las hojas cuidadosamente colocadas.

—¡Oddo! —gritó al reconocerlo—. ¿Qué estás haciendo?

Él le agarró la mano, jadeando. Huellas de lágrimas veteaban sus mejillas tiznadas de negro.

—Tienes que... ayudarme —dijo sin aliento—. Hay un lobo. —Señaló tras él, hacia el interior del bosque—. Con una flecha. En una pata.

—¿Te está persiguiendo? —preguntó ella.

Oddo negó con la cabeza.

—¡No! ¡Querían matarlo! Un lobo grande... colosal.

Thora lo miró fijamente.

—¿Y tú lo has impedido? —susurró.

Oddo asintió, mirándola con ojos asustados, abiertos de par en par.

Thora se dejó caer en el suelo, junto a él.

—Ay, Oddo, en menudo lío te has metido.

—Ya lo sé. Pero da igual lo que me pase a mí. —Oddo hablaba en tono vehemente y apremiante. Ya había recuperado el aliento—. Hemos de ayudar al lobo. ¡No podemos dejar que ande por ahí con una flecha clavada en la pata!

—¿Y qué quieres que haga yo? —dijo Thora—. Tú eres el que puede hablar con los animales.

—Sí, ¡pero tú eres quien sabe cómo curar! —gritó Oddo—. Tienes que hacer algo.

Thora lo miró fijamente.

—Oddo, no estamos hablando de curar a un corderito. Es un animal salvaje, seguramente enloquecido de dolor. ¡No puedo correr hacia él sin más y aplicarle unas hierbas en la pata herida!

Oddo le agarró las manos con tal fuerza que le clavó las uñas en la carne.

—¡Tienes que hacerlo! —suplicó—. ¡Nadie más lo hará!

KFRF SMR

6. El lobo herido



En el almacén, Thora examinaba sus estantes llenos de hierbas y especias. Algunas de las pamplinas y ortigas que había recogido y secado el verano anterior podrían servir. ¿Qué más? Miró el paquete de mirra, que procedía de una tierra muy, muy lejana; lo había comprado en su viaje al mercado. ¿Iba a utilizar en un lobo algunas de las preciadas gotas de savia? Oddo la observaba nervioso. Bueno, quizá sólo una.

Dentro ya había una multitud en torno al fuego. Astrid hervía unos líquenes para elaborar un tinte purpúreo para la tela que estaba tejiendo. La abuelita se había encontrado con las hojas tiernas que Thora había recogido para la cena y estaba haciendo un brebaje mágico con ellas. Edith ayudaba a ambas.

Thora puso las hierbas a cocer a fuego lento en un caldero y se sentó a esperar. Oddo dio un puntapié a sus enormes botas. Luego se quitó la capa destrozada y se puso a caminar de un lado a otro, preocupado. Thora observó la maltrecha capa.

—Esto es precisamente lo que necesito para preparar la cataplasma —dijo—. A ver si puedes romperla en tiras.

Cuando la mezcla de hierbas quedó reducida a una pasta oscura y pegajosa, Thora la pasó a un tarro de esteatita. Metió en una cesta la poción, las vendas y una bolsa de agua, y los dos partieron hacia el bosque. Oddo caminaba con la mirada baja, inspeccionando el suelo en busca de alguna señal que los condujera hasta el lobo herido.

Por fin vio algo, una mancha de sangre en la nieve.

—¡Mira! —señaló.

Pero era difícil seguir el rastro. Casi toda la nieve se había derretido, salvo en unos cuantos tramos oscuros.

—¡Es imposible! —se lamentó Thora—. Nunca...

—Chist...

Oddo estaba en cuclillas. Thora se le acercó despacio y siguió su mirada.

Un lobo gris, enorme, yacía sobre un lecho de hojas podridas, con una pata trasera atravesada por una flecha y extendida en posición desgarbada. De vez en cuando

alzaba la cabeza para lamerse la herida, y enseguida volvía a recostarse, gimoteando.

Thora se olvidó del miedo, y sin detenerse a pensar se precipitó hacia delante, con la pócima y las vendas. Al verla, el lobo pareció cobrar fuerza. Se levantó y enseñó los dientes.

—¡No pasa nada! —gritó Oddo—. Tranquilo. —Thora creyó que hablaba con ella, pero de pronto pasó por su lado rozándola hasta colocarse frente al animal—. No pasa nada —repitió—. Thora no va a hacerte daño, *Lobo Gris*. Va a conseguir que te sientas mejor.

Thora no daba crédito a sus ojos. Oddo alargó la mano para que el animal lo olfateara, como si fuera un perro, y en lugar de morderle la mano, el lobo se tendió en el suelo y miró a Thora con cara lastimera.

Thora reparó en que se había quedado rígida como un trozo de hielo. Dio un paso cauteloso, y después otro.

—Oddo —dijo con un susurro ronco—, ¿cómo vas a quitarle la flecha?

Mientras frotaba la barriga del animal y le murmuraba palabras tranquilizadoras, Oddo alargó la mano y tiro del astil de madera. El lobo dio una sacudida de dolor y soltó un aullido, pero la flecha ya no estaba. La herida abierta comenzó a sangrar. Thora vertió agua de la bolsa y limpió la sangre. Rápidamente confeccionó una cataplasma con las vendas y las hierbas y envolvió con cuidado la pata del animal.

—¡Ya está! —anunció.

Lobo Gris se retorció con la finalidad de poder oler el vendaje.

—Déjalo —dijo Oddo—. Esto mejorará tu pata.

El lobo tuvo un estremecimiento y se levantó con gran dificultad. Thora dio un salto hacia atrás, alarmada.

—No pasa nada —dijo Oddo. Esta vez hablaba con ella.

El lobo lamió la mano de Thora, y a continuación se volvió y se alejó cojeando.

—¡Me ha dado las gracias! —exclamó Thora en voz baja.

Con el rostro veteadado de hollín, el pelo enmarañado y la sonrisa abierta y mostrando los dientes, Oddo parecía realmente un lobo.

—¿Vas a ir ahora a casa? —preguntó ella.

La mirada alegre desapareció de los ojos de Oddo.

—Tengo que ir —gruñó.

Mientras Thora observaba cómo arrastraba los pies y se dirigía a su casa, lamentó no poder preparar un brebaje que también a él le quitara el dolor.

F M N I Y

7. Oddo solo



Bolverk se ató con correas su arsenal de armas: arco y flechas, puñal, espada y alabarda. Sigrid bajó la tapa del arcón de viaje.

—¿Vas a una expedición de caza o a una incursión vikinga? —preguntó.

—Es mejor ir bien armado —respondió Bolverk.

—¿Estás seguro de que puedes gobernar la embarcación sin ayuda?

—Tendré que hacerlo, ¿no? Alguien tiene que quedarse y ocuparse de la granja.

Oddo estaba acurrucado en la cama, con *Peluda* en brazos. Detestaba que sus padres hablaran como si él no existiera. Lo trataban así desde el día que había echado a perder la caza. A partir del instante en que entro furtivamente en la casa, su padre empezó a comportarse como si no lo viera.

¿Qué pasaría ahora si diese un salto y le suplicara a Bolverk que lo llevara consigo?

«¡Yo podría ayudar a llevar el barco! —pensó—. ¡Sé remar!».

Pero después, cuando llegaran a su destino, tendría que cazar... Se mordió el labio y frunció el entrecejo.

—Ojalá pudiera ir contigo, esposo.

Al oír las palabras de Sigrid, Oddo se incorporó, el corazón latándole con fuerza.

—Madre —dijo—, ¿por qué no vas? ¡Yo puedo encargarme de la granja!

Procuró que su voz no sonara demasiado débil y temblorosa.

Su madre miró a Bolverk.

—No sé —respondió—. ¿Cómo te las arreglarías con la comida?

—Me espabilaré —dijo resuelto—. No soy un niño.

El padre soltó un gruñido, y Oddo aguantó la respiración.

—¡Deja de preocuparte tanto, mujer! —intervino Bolverk—. Un chico de su edad debería ser capaz de cuidar de sí mismo... y estar pendiente de la casa. —Dio unos golpecitos en el mango de la alabarda—. En todo caso, si se mete en algún lío, Ulf andará por ahí. —Se volvió hacia Oddo y lo miró por primera vez en muchos días—.

¿Crees que puedes apañártelas, muchacho?

Las pobladas cejas se arquearon interrogativas.

Oddo asintió, sin apenas dar crédito a lo que estaba sucediendo.

—Supongo que no tardaremos mucho —murmuró Sigrid—. Seguramente estaremos de vuelta a finales de la Gula. Cuando regrese ese gobernador del rey.

—¿Qué es la Gula? —preguntó Oddo.

—La asamblea de primavera en la que los más listos dictan leyes y dicen a los demás qué deben hacer —refunfuñó Bolverk.

—Y quienes tienen disputas pueden solicitar un veredicto justo —añadió Sigrid.

—O injusto. —Bolverk dio un impaciente puntapié al arcón—. Bien, mujer, si vas a venir, ¡pongámonos en marcha!

Las mejillas de Sigrid estaban coloradas de emoción mientras metía desordenadamente cosas en el baúl y se echaba a los hombros una esclavina forrada de piel. Pero cuando se inclinó para dar un beso de despedida a su hijo, arrugó la frente.

—Procura comer caliente —le susurró inquieta—. ¡No te alimentes sólo de queso! Hay mucha carne en salazón que puedes cocer. Y cebada para hacer gachas o pan.

Oddo asintió mientras Sigrid se dirigía rápidamente a la puerta y cogía un extremo del arcón.

—¡Y no te olvides de cerrar la puerta del granero! —gritó Bolverk, mirando hacia atrás—. ¡No quiero que tu amigo el lobo se pase por ahí para comer un tentempié!

Oddo alcanzó a oír a su madre murmurar una pregunta y a su padre contestar con un bramido.

—¡Estará bien! ¡Para salir de un apuro siempre puede usar su magia!

Luego desaparecieron del alcance de su oído.

Peluda saltó de la cama y empezó a olfatear por todas partes, como si la estancia sin Sigrid ni Bolverk fuera algo nuevo que despertara su curiosidad.

Oddo exhaló un largo suspiro. Bajó con movimientos inseguros de la cama y se quedó mirando fijamente la puerta con incredulidad.

«Mi padre me ha dejado al cargo de la granja —pensó—. ¡Tiene confianza en mí!».

Tragó saliva para mitigar la sensación de miedo que le atenazaba la garganta. Trató de sentirse orgulloso e importante.

«Comenzaré ahora mismo —decidió—. Daré de comer a los animales».

Al dirigirse al cobertizo del heno divisó a lo lejos a Grimmr, de pie junto a la cerca limítrofe, observando la explanada que se extendía entre ellos. Oddo se mordió el labio. El hombre era arisco, y Oddo procuraba evitarlo siempre que podía, pero ese día...

«Estoy al cargo de la granja, así que debería ser amigo de los vecinos», se dijo para sus adentros.

Se dispuso a cruzar la explanada.

—¡Eh! —gritó—. ¿Sabías que mis padres se han ido y que estoy al cuidado de la casa?

Grimmr soltó un resoplido y se alejó.

«Qué maleducado», pensó Oddo, mirando fijamente la espalda que se retiraba.

—¡Muy bien! —gritó—. ¡Entonces será mejor que me ocupe de mis quehaceres! —Esperó, pero tampoco hubo respuesta—. Encantado de hablar contigo —musitó, mientras se dirigía hacia el cobertizo del heno.

No tardó mucho en llenar los pesebres. Oddo se sacudió el polvo del jubón, y en su cara se dibujó una sonrisa satisfecha.

«¿Y ahora, qué?», se preguntó.

De pronto tuvo una inspiración. Ahora que sus padres estaban fuera, era la ocasión ideal para hacerse amigo de la gente menuda.

«Les prepararé un banquete con una mesa y todo —pensó—, y lo haré dentro de casa».

Oddo estuvo trabajando en su sorpresa durante todo el día. A partir de una rama, al fin consiguió confeccionar una tabla plana para una mesa muy pequeña, en la que hizo dos agujeros, uno en cada extremo, por los que metió dos ramas a modo de patas. Pensó que no debía sentirse culpable por utilizar las herramientas de su padre... pero no se sintió tranquilo hasta que terminó de usarlas y estuvieron otra vez guardadas.

En el bosque cogió unos cuantos ramilletes de hojas verdes y tiernas para decorar la mesa. Después separó un trozo de masa para la cena, pasó el rodillo sobre pedacitos pequeños y coció unas hogazas tan pequeñas como le fue posible. Al poner la mesa utilizó algunas de las hojas como platos. Además de las diminutas hogazas lloradas, había porciones minúsculas de carne cocida, queso e incluso un poco de mantequilla de su última provisión.

«¡Y ahora hay que asegurarse de que lo encuentran!», pensó Oddo.

Colocó una lamparilla de aceite en el suelo, junto a la mesa, y al salir descorrió las cortinas dejando una pequeña abertura. La luz irradiaba acogedora en el exterior, y en medio del resplandeciente triángulo figuraba la pequeñísima mesa que había dispuesto.

«¡Parece un banquete de verdad!», pensó orgulloso.

Una sombra interceptó la luz.

—¡No! —chilló Oddo. Se lanzó a través de la puerta y agarró a *Peluda* por el cogote en el preciso instante en que abría la boca—. Esto es para la gente menuda, no para ti. Vamos, ven a la cama conmigo, y desde allí vigilaremos.

De nuevo dentro, trepó a la cama abrazando a *Peluda* con fuerza. Sin los habituales ronquidos procedentes de la cama de sus padres, la estancia parecía extraña y vacía. Un viento frío entraba a hurtadillas entre las cortinas, rizando la llama de la lámpara, avivando los rescoldos del menguante fuego, haciendo danzar

nerviosas a todas las sombras. Oddo se cubrió con la manta de piel hasta la barbilla y clavó la mirada en el oscuro umbral, esperando ansioso a sus visitantes.

¶

8. Una desaparición misteriosa



Oddo se incorporó con un sobresalto. ¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo había estado durmiendo? Se volvió para mirar la mesa del banquete y soltó un grito de decepción. Había desaparecido hasta la última migaja de comida. ¡La gente menuda se le había escapado otra vez!

Se levantó a toda prisa, corrió a la puerta y escudriñó en la oscuridad previa al amanecer. Ni rastro de ellos.

Empezó a clarear mientras estuvo allí de pie. Una curruca lanzó al aire un goteo de sonidos, y alrededor de Oddo los demás pájaros iniciaron los primeros cantos de la mañana. Un rayo de sol alcanzó la pared de la quesería, haciendo resaltar las marcas de las flechas, y el tejado de tepe reflejó un brillante color amarillo verdoso.

Oddo cogió unos tarugos del montón de leña que había junto a la puerta y volvió dentro para alimentar el fuego. ¡Necesitaba calentarse! Mientras soplaba las llamas, sintió una fastidiosa inquietud. Fuera había algo que no cuadraba, pero no tenía ni idea de qué era. Arrugó el ceño, vertió un poco de avena y agua en un puchero de esteatita y lo puso al fuego a cocer.

—¡Peluda! —gritó—. Ven aquí, pequeña.

Antes de que llegaran a la puerta, la perra empezó a ladrar enloquecida. Salió disparada de la casa y cruzó frenética el patio en dirección al cobertizo del heno. Con un sobresalto de incredulidad, Oddo contempló la imagen del suelo al descubierto y el espacio vacío entre las estacas. ¡Había desaparecido todo el montón de heno para los animales!

Apenas pudo tragar el desayuno. Sus padres se habían ido, confiando en que él se ocuparía de la granja, y ahora, sólo un día después, había perdido toda la comida de los animales. Y ni siquiera podía consolarse pensando que no era culpa suya, pues tenía la irritante sospecha de que era una broma maliciosa de la gente menuda.

¿Qué podía hacer? En el prado cercado ya no se apreciaba ni una brizna de hierba, y a ninguno de sus vecinos le sobraría heno. ¿Cómo demonios iba a dar de comer a los animales? Ya los oía mugir y balar reclamando su desayuno. Miró desesperado las migas que movía a golpecitos por la mesa e imaginó a Thora haciendo pan de corteza de pino. Notó súbitamente una sacudida de emoción. Si Thora hallaba en el bosque la comida para su familia, él también encontraría allí algo

con que alimentar a sus vacas y ovejas.

Dio un salto, pasó por alto la norma de Sigrid de limpiar la mesa después de comer, y se apresuró hacia la puerta. Con *Peluda* siguiéndole detrás, se precipitó al bosque en busca de algo que pareciera hierba. Desde luego no las pardas hojas podridas que había por todo el suelo, tal vez agujas de pino, justamente cuando las estaba contemplando alcanzó a ver a Thora andando entre los árboles.

—¡Eh, Thora!

Pareció asustada al verlo, y a medida que se aproximaban uno a otro, Oddo advirtió en ella los ojos enrojecidos e hinchados.

—¿Qué pasa, Thora?

Durante unos instantes no hubo respuesta, y Oddo se dio cuenta de que Thora estaba conteniendo las lágrimas. Por fin, salieron las palabras en tropel.

—¡En mi familia todos esperan que encuentre un modo de pagar los impuestos! —exclamó—. ¡Pero no soy capaz!

Oddo la miraba fijamente, consternado.

—Te ayudaré a buscar una solución —dijo, tratando de que sus palabras sonaran tranquilizadoras, aunque pensaba que cómo iba él a encontrar una solución si Thora no lo lograba.

Ella le miró las manos, llorosa.

—¿Qué estás haciendo con estas agujas de pino? —preguntó.

—Busco algo para dar de comer a nuestras vacas y ovejas —explicó Oddo—. ¡Alguien nos ha robado el heno!

—¿El heno? ¿Quién diablos haría algo así?

Oddo se encogió de hombros. Después de todas las advertencias de ella para dejar tranquila a la gente menuda, no iba a mencionarlos ahora.

—Bueno, naturalmente no puedes dar a las vacas agujas de pino —dijo Thora, recuperando su talante habitual—. Esto haría que perdieran sus terneros. Tenemos que encontrar algunos de estos líquenes que comen los renos... —Se puso a buscar laboriosamente entre los árboles—. Ven, creo que por aquí hay algo.

Oddo sonrió mostrando los dientes. Thora siempre tenía una respuesta. Sin embargo, recordó la cara congestionada por las lágrimas. Por lo visto, el problema de los impuestos era el único que no sabía resolver. ¿Qué le pasaría a la familia de Thora si ella no encontraba el modo de pagar? ¿Los echarían realmente de casa? Mientras Oddo se apresuraba tras su amiga, empezó a preguntarse si, aunque sólo fuera por una vez, él podría ayudarla de alguna forma.

SI CIMRMS

9. Grimmr el Codicioso



Los líquenes marrones y rizados no se parecían nada a la hierba ni al heno.

—¡Parecen algas! —dijo Oddo, pensativo—. ¿Estás segura de que los animales se comerán esto?

Cogió un puñado, miró alrededor en busca de algo donde ponerlo, y reparó en que había salido precipitadamente sin ningún cesto.

—Toma, usa el mío —dijo Thora.

Cuando abandonaron el bosque, el cesto rebosaba. Oddo corrió hacia el granero y oyó que Thora lo llamaba a su espalda. Se paró y miró hacia atrás. Ella estaba observando a través de la explanada cercada, hacia la granja de Grimmr el Codicioso.

—¿Qué demonios están haciendo? —preguntó.

Grimmr y sus mozos iban y venían entre su propiedad y la de Bolverk, acarreando piedras. Al parecer, estaban derribando la cerca que dividía las dos granjas y desplazaban las rocas al centro del prado de Bolverk. Pero aquello no tenía sentido. El muro era el límite entre ambas fincas. De pronto Oddo comprendió por qué lo hacían.

—¡Es inaudito! —exclamó.

—¿Qué es esto? —preguntó Thora—. ¿Qué está pasando?

—Ese... ese Grimmr... ¡nos está robando la tierra!

—¡No es posible robar tierra! —replicó Thora.

—Pues él lo está haciendo. Está desplazando la cerca. ¡Así su terreno es más grande y el nuestro más pequeño! —Y entonces Oddo advirtió en el lado de Grimmr un nuevo cobertizo que la mañana anterior no estaba, un cobertizo lleno de heno...— ¡Y apostaré cualquier cosa a que aquél es nuestro heno! —gritó—. De modo que, después de todo, no fue la gente menuda quien vació el cobertizo de Bolverk. Fue ese vanidoso con cara de cerdo... —Dejó el cesto en el suelo y se volvió hacia Thora—. Cree que se saldrá con la suya porque soy un niño —gruñó—. ¡Cree que no puedo hacer nada por detenerlo!

Hirviendo de cólera e indignación, cruzó el prado a grandes pasos hacia los hombres. Le resonaba en los oídos el desdeñoso comentario de Bolverk sobre el cacique: «La yema de un huevo tiene más coraje. ¡Sólo un cobarde entrega su tierra antes de presentar batalla!».

—Oddo, ¿qué pretendes hacer? —gritó Thora, corriendo tras él.

—¡Voy a presentar batalla!

—¡Ay, Oddo, ten cuidado!

Oddo se detuvo frente al nuevo cercado. *Peluda* estaba a su lado, gruñendo.

—¡Perdón! —chilló. Quería que su voz sonara furiosa, pero sólo le salió un grito

—. ¡Creo que estáis cometiendo un error! Ésta es nuestra tierra.

Grimmr lanzó un bufido y soltó la piedra que transportaba... casi sobre el pie de Oddo.

—¡No puedes hacer esto! —exclamó Oddo apartándose de un salto.

—¿Y cómo vas a impedírmelo, sabandija llorona?

La voz del hombre era tan fuerte que parecía hacer vibrar el suelo. Era mucho más alto que Oddo, e hizo crujir ruidosamente los nudillos. Oddo tragó saliva y volvió a mirarlo, intentando disimular su nerviosismo. A aquella corta distancia, el hombre parecía un ogro. Tenía el tamaño de un gigante, un cuello grueso como el tronco de un árbol y una calva brillante que se elevaba por encima del inmenso bosque de su espesa barba.

De repente Oddo le amenazó.

—¡Te... te denunciaré ante la Gula! —dijo.

—¿Cómo? —Grimmr miró a Oddo como si fuera un montón de cagadas de rata que se hubiera encontrado en su saquito de cebada—. Muchacho —dijo con voz cavernosa—, iré a la Gula porque me apetece. Allí se podrán hacer buenos negocios con gente de toda la región. Pero en cuanto a molestar al magistrado con tu infundada reclamación, deja que me ría. La rechazará y harás el ridículo. Nadie prestará atención a un insignificante insecto como tú.

Grimmr se alejó pesadamente en busca de más piedras. Oddo y Thora lo observaron un rato en un silencio incrédulo y luego se volvieron. Cuando Oddo se agachó para coger el cesto, Thora preguntó:

—¿Irás de veras a la Gula?

—Sí —respondió Oddo con firmeza—. Y haré que me escuchen.

—En tal caso, iré contigo —dijo Thora.

Un destello apareció en los ojos de ella, y Oddo supo que a su amiga se le había ocurrido una de sus ideas.

—¿Has oído lo que decía ese hombre tan antipático de la gente que va a la Gula a comerciar? —exclamó—. Pues bueno, esto es lo que yo haré: venderé remedios de hierbas y ganaré plata, como cuando fuimos al mercado. ¡Y entonces podremos pagar los tributos! —Thora irradiaba satisfacción—. Y te ayudaré a que la gente del tribunal te escuche. No permitiremos que ese ogro se quede con las tierras de tu padre.

Cuando Oddo regresó al granero y observó que a las vacas y las ovejas les gustaba el nuevo pienso, empezó a sentirse más contento. Sería un fastidio ir cada día al bosque a buscar líquenes, pero al menos los animales no se morirían de hambre. Luego se acordó de lo mucho que había trabajado para conseguir el heno: las horas que había pasado bajo el sol del verano con la pesada hoz, cortando la hierba alta y haciendo gavillas, el dolor de espalda y las ampollas en los dedos... ¡para que Grimm el Codicioso llegara furtivamente por la noche y se las llevara! ¡Ojalá pudiera coger todas las piedras de la cerca y arrojarlas a la cara burlona de su vecino!

Aquel día todo parecía salir mal. Cuando necesitó más tarugos para el fuego, se dio cuenta de que apenas había leña, y que por tanto debía talar un árbol, una tarea que detestaba. Colocó las manos contra el tronco tal como le había enseñado Thora y pidió perdón al pequeño olmo; pero, aun así, al levantar el hacha se sintió como un asesino y le faltó ánimo para abatir el árbol, así que se pasó el resto del día en el bosque recogiendo ramas caídas.

Cuando empezó a anochecer estaba demasiado cansado para ponerse a cocinar. Rebañó del plato las gachas que quedaban del desayuno y las metió otra vez en el puchero para la mañana siguiente. Al deslizarse agotado en la cama, se fijó en la pequeña mesa que había dispuesto la noche anterior. Se levantó de nuevo, recogió en la palma de la mano las migas de pan de la mesa grande y las echó en la pequeña, donde la gente menuda pudiera alcanzarlas. Después, cerró por fin los ojos y se quedó dormido.

Al despertar a la mañana siguiente, Oddo mantuvo los ojos cerrados y se acurrucó en la cama, reticente a empezar con sus quehaceres. Antes incluso de tomar el desayuno, tendría que ir a llenar un balde de agua en el río, moler los granos de cebada para hacer harina, volver a encender el fuego, amasar... Y luego debería apresurarse al bosque en busca de líquenes para los animales.

Sintió en el estómago el runruneo del hambre. Con un suspiro, abrió los ojos y empezó a retirar la colcha. De pronto se detuvo, sobresaltado. La habitación no estaba fría. Ni a oscuras. Y... ¿no olía a comida?

Miró hacia el hogar. Las llamas crepitaban alegremente y la marmita ya borboteaba y humeaba. Lleno de perplejidad, saltó de la cama y caminó a tientas por la estancia. ¿Quién había encendido el fuego? Con los pies desnudos rozó algo blando y se agachó para cogerlo. Era pequeño y gris, como un manojito de telarañas. ¿El nido de una araña? Mientras lo toqueteaba con los dedos, admirando el entrelazado de los hilos, de pronto se dio cuenta de qué era. ¡Una capucha diminuta! Se quedó mirándola fijamente. Sólo una clase de persona podía haber perdido algo así. ¡La gente menuda!

—¿Dónde estás? —gritó Oddo, dándose la vuelta—. ¿Dónde estás? ¡Deja que te vea!

Silencio. No respondió nadie. Las migas ya no estaban, pero no había otros rastros de la gente menuda. Oddo dejó la minúscula capucha sobre la mesa y se sentó agradecido a comer. Se llevó una cucharada de gachas a la boca y miró alrededor de la habitación, pensando en las tareas que aún tenía que hacer.

«Tengo que ir a buscar agua —pensó—, y después les diré a los animales que iré a recoger comida para ellos».

Acabó de comer y agarró el cubo del agua.

De repente reparó en que del establo no llegaba ningún ruido. Por un instante pareció que se le paraba el corazón. ¿Qué les había pasado a los animales? ¿Había dejado la puerta abierta? ¿Había entrado un lobo? Oddo salió disparado de la casa, aterrado por lo que temía encontrarse. Pero cuando hubo doblado la esquina advirtió que la puerta estaba cerrada y que todas las vacas y las ovejas se encontraban tras ella sin novedad, ronzando satisfechas en un montón de helechos.

—Oh —susurró Oddo. También aquello debía de ser obra de la gente menuda—. ¡Gracias!

Sonriendo de felicidad, dio media vuelta y se dirigió hacia el río. Pero se detuvo. ¿Había visto un ligero movimiento que le llamó la atención? Giró sobre sus talones. ¡Sí, algo se deslizaba por el lomo de una oveja! Era...

Abrió la puerta de golpe e irrumpió en el establo. La oveja baló asombrada cuando Oddo hurgó con sus dedos en su lana y rebuscó frenéticamente entre los desparramados helechos. Después se quedó quieto y meneó la cabeza.

¿Había visto realmente a un hombre minúsculo deslizándose por la oveja, o era sólo una hoja caída?

MF MF

10. Visita de Ulf



—¡Cálmate! —exclamó Thora, irritada al ver que Oddo no mostraba el menor interés por los líquenes que había recogido para él de camino—. No entiendo una palabra de lo que dices.

Oddo respiró hondo y habló más sosegado.

—¡Creo que... he visto uno! —dijo.

Thora lo miró exasperada.

—Has visto un... ¿qué? —preguntó ella.

—¡Uno de la gente menuda!

—Vamos, Oddo, te lo has imaginado porque los quieres ver desde hace mucho tiempo. Nadie ve a la gente menuda.

—Bueno, en cualquier caso han estado aquí —replicó Oddo—. ¡Mira!

La agarró de la mano y la arrastró por la casa. Señaló teatralmente el fuego.

—¡Fíjate, encendieron el fuego y me prepararon el desayuno! —Se agachó a coger algo que puso delante de ella—. ¡Y se les cayó esto! —Antes de que Thora tuviera tiempo de ver qué le enseñaba Oddo, éste la arrastró fuera y rodeó la casa. Se quedó pegado a la puerta del granero y señaló el suelo—. Mira, dejaron este montón de líquenes. Los cogieron y me los trajeron. Bueno, ¿qué opinas de esto?

Se volvió hacia ella con su sonrisa bonachona.

Thora miró fijamente los líquenes.

—¡Eres muy afortunado! —dijo, pero no podía por menos que sentirse algo malhumorada.

Ahora Oddo ya no la iba a necesitar más.

—¡Oddo! —gritó una voz. Ulf el Granjero cruzaba el patio a zancadas—. ¿Cómo le va a nuestro pequeño amigo de los lobos? —Thora advirtió que Oddo se ponía colorado de vergüenza—. Te las arreglas bien tú solito, ¿eh? ¿Tú solito?

—Todo va bien, gracias —respondió Oddo.

—Bueno, bueno. Así que no necesitas ayuda, ¿eh? ¿Ninguna ayuda? Pensé en pasar un momento antes de irme. —Se frotó las manos—. Partimos a una incursión vikinga. Estamos cargando la embarcación.

Thora observó que Oddo se ponía derecho, alerta, como *Peluda* cuando oía un ruido extraño.

—Granjero Ulf —dijo—, ¿pasarás cerca de donde se celebra la Gula?

Ulf se rascó la cabeza.

—Sí, supongo que sí —contestó—. Supongo que sí.

Oddo miró a Thora y enarcó las cejas. Ella adivinó lo que él planeaba, e hizo una señal de aprobación.

—Granjero Ulf —dijo Oddo—, tenemos que ir a la Gula. ¿Podéis llevarnos en el barco?

—¿Qué? ¿A ti y a esta chica?

Oddo y Thora asintieron al unísono.

—¿Y por qué tenéis que ir allí?

—Yo voy a vender hierbas y ganar plata para pagar nuestros impuestos —explicó Thora.

—¡Y yo voy a contarle al tribunal que Grimmr el Codicioso intenta robarnos la tierra! —declaró Oddo.

—¿Ah, sí? —Ulf puso cara seria—. ¿Y crees que el tribunal va a escucharte?

—¡Tiene que hacerlo! —exclamó Oddo.

—Pero ¿quién se ocupará entonces de la granja, eh? Si quieres venir con nosotros, tendrás que abandonarla ahora mismo.

—No importa —señaló Oddo—. Ya la cuidarán otros por mí.

Thora reparó en que se refería a la gente menuda.

—¡Pero Oddo...! —intervino ella.

—Todo irá bien —dijo con vehemencia—. Sé que lo harán.

—Muy bien. —Ulf se encogió de hombros—. Podemos llevaros, sí, podemos llevaros. Para el camino de ida hay sitio, pero para regresar deberéis espabilaros.

Thora miró a Oddo. No tenían elección.

—Nos las arreglaremos —dijo ella.

Ulf se palmeó los muslos.

—¡De acuerdo, pues nos vemos en el barco! —dijo—. No nos hagáis esperar.

No había tiempo para explicaciones ni largas despedidas. Thora irrumpió en la estancia donde los miembros de su familia estaban ocupados en sus hechizos.

—¡Me marcho a la Gula! —dijo jadeando.

Cogió en brazos a la pequeña Sissa y le dio dos besos en las suaves mejillas.

—¡No te vayas otra vez! —gimoteó Ketil, asiéndole la falda.

Thora se agachó para abrazarlo.

—Es por poco tiempo —le tranquilizó—. Tengo que conseguir plata para pagar nuestros impuestos. —Echó un vistazo a la habitación. Los demás habían dejado lo que estaban haciendo y la miraban fijamente con cara de sobresalto—. Tendréis que

apañaros sin mí de nuevo —dijo, contenta de no estar allí para comer los asquerosos brebajes que sin duda prepararía su madre.

A los demás no les importaba. Podían hacer hechizos que los salvaran de los efectos letales de las hojas y las setas venenosas, pero Thora no sabía hacerlos. Sólo entendía de remedios elaborados con hierbas.

—¿Y cómo harás el viaje? —preguntó el padre, levantándose lentamente y sacudiéndose polvo de piedra del jubón.

—Ulf el Granjero nos lleva en su embarcación —explicó Thora—. Oddo también viene. Va a solicitar un veredicto. Grimmr el Codicioso está intentando robarles la tierra.

—En este caso, debe llevar una runa que le dé buena suerte —señaló Runolf—. Ahora la grabaré.

—Pero rápido —dijo Thora inquieta—. Voy con retraso. ¡Se irán sin mí!

Se precipitó al almacén, llenó un cesto de potes y tarros, hierbas y especias, y salió otra vez disparada.

Cuando regresó, Runolf estaba terminando la piedra; Ketil la cogió de la mano mientras ella iba impaciente de un lado a otro. En cuanto la runa estuvo acabada, Thora agarró el cesto y un pequeño caldero y se marchó a toda prisa. Los lamentos de Ketil —¡Thora! ¡Thora!— la siguieron a través del bosque.

Cuando avistó la embarcación, balanceándose en el amarradero, se detuvo un instante para concentrarse en lo que veía.

—El barco del dragón —susurró.

La cabeza de dragón labrada, reluciente en su baño de oro, parecía guiñarle el ojo bajo el sol, y la bandera negra y ámbar ondeaba en lo alto del mástil.

Peluda se asomó a la borda para dar ánimos con sus ladridos. Ya despleaban las velas. Ulf, el semblante feroz bajo el yelmo metálico con siniestros agujeros, hacía señas furioso.

Thora bajó la colina a la carrera y trepó a bordo. Antes de recuperar el aliento, los hombres ya alzaban la plancha y el barco zarpaba.

ᚠᚱᚱᚱ ᚠᚱᚱᚱᚱᚱᚱᚱᚱᚱ

11. La Gula



Thora estaba de pie en la proa, los brazos en torno al cuello del dragón, mirando la orilla a la que se acercaban. Delante estaba el Thingvöll, llano y sin árboles, rodeado por una serie de colinas bajas y lleno de gente que hablaba, reía, compraba y vendía.

Thora suspiró. Los hombres de la embarcación navegaban en busca de aventuras en tierras lejanas. Podía imaginárselo: la aproximación silenciosa por un río, un pueblo tranquilo a la vista, Ulf dando la señal, el barco deslizándose hacia la orilla... Y después el estallido de ruido cuando los vikingos saltan por la borda, lanzando gritos espeluznantes; el brillo del sol en sus yelmos, los destellos de sus espadas, los golpes sordos de las alabardas...

Lanzaron el ancla, y una salpicadura de agua salada la sacó de golpe de su ensueño. Se desvaneció la imagen de la batalla; ante ella estaba la pacífica costa del Thingvöll.

Oddo y *Peluda* saltaron por la borda y vadearon en las aguas poco profundas.

—¡Vamos, Thora! —gritó Oddo.

Thora se volvió de mala gana y cogió la cesta y el caldero.

—Eh, ¿por qué no vienes con nosotros? —preguntó de pronto Ulf—. ¿Por qué no vienes con nosotros? ¡No nos iría mal una chica que sepa curar!

Thora le clavó la mirada. ¡Podría acompañarles! ¡Podría estar en esa misma cubierta cuando los hombres iniciaran su correría! Y los vería regresar, cargados con su espléndido botín. Estaría allí con sus pociones curativas cuando subieran a bordo a los heridos, y ellos la colmarían de elogios y palabras de gratitud. Y oro y joyas.

—¡Vamos, Thora! ¡Apresúrate! —volvió a chillar Oddo.

Thora lo miró: estaba dando brincos, el rostro ávido y las manos vacías. Había salido precipitadamente de su casa sin pensar en llevar consigo comida ni avío alguno.

«Para las cosas prácticas es igual de inútil que mi familia», pensó Thora. Sonrió pesarosa y se volvió hacia Ulf.

—Lo siento —dijo—. No puedo ir con vosotros... esta vez.

Mientras vadeaba hacia la orilla no se dio la vuelta para ver cómo se alejaba el

barco. Fijó la atención en el Thingvöll. *Peluda*, al ver que se acercaba, se adelantó dando saltos.

La planicie no era tan tranquila como pudiera parecer de lejos. De hecho, era como una fiesta gigantesca y ruidosa. Algunos músicos con cuernos y tambores sumaban su estruendo a la cacofonía de gritos, voces y risas, los malabaristas lanzaban sus antorchas llameantes entre la multitud de cuerpos en movimiento. Andrajosos pordioseros pedían limosna, y los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías. Oddo y Thora subieron a un promontorio para ver mejor el panorama. Justo debajo de ellos, dos hombres con los torsos desnudos peleaban sobre una piel de ciervo, de un lado a otro, bajo los gritos entusiastas de los espectadores.

Cerca de allí, dos caballos se encabritaban sobre sus patas traseras y arremetían uno contra otro enseñando los dientes y golpeando con los cascos. Sus amos danzaban alrededor febrilmente, pinchándolos con palos puntiagudos, chillando y azuzándolos, mientras la multitud rugía alborozada.

El sol empezaba a ponerse, y el brillo anaranjado se reflejaba en la nieve de las lejanas montañas. Abajo, en la llanura, la gente se agitaba con los rostros enrojecidos y las sombras se volvían profundos pozos de negrura.

—Deberíamos buscar un sitio para dormir —sugirió Oddo.

Descendieron por la colina y se pararon a escuchar a alguien que contaba una saga de aventureros intrépidos, reyes y batallas, viajes por mar y por tierras remotas. Un muchacho que estaba junto a ellos encendió una hoguera y se puso a asar nueces en una sartén. Oddo respiró hondo, deleitándose en el olor.

—¡Nueces asadas! ¡Vendo nueces asadas! —gritaba el chico, y enseguida se amontonaron los compradores.

Oddo se acercó a Thora para hablarle al oído.

—Mañana venderás hierbas así —dijo.

Thora asintió contenta.

A medida que se acercaba la hora de preparar la cena, se fueron encendiendo otros fuegos. Oddo también encendió uno. Thora llenó el caldero de agua, echó dentro granos de cebada, y los dos se sentaron a esperar que se cocieran. A medida que oscurecía, la explanada se transformó en un campo de negrura salpicado de hogueras. Los alborotados ruidos dieron paso a un tranquilo murmullo.

Tras la cena, Oddo y Thora se envolvieron en sus respectivas capas y se acurrucaron junto al fuego.

Al clarear el día, Oddo fue despertado por el repiqueteo de una campana. Se incorporó y miró alrededor. Gente procedente de todas direcciones se apresuraba hacia el amplio círculo de piedras que había al pie de la colina. Oddo consiguió

ponerse en pie, no sin dificultad. *Peluda* también se despertó y se levantó de un salto, lista para acompañarlo.

—No, *Peluda*, tú quédate aquí con Thora —dijo Oddo.

Thora se desperezaba y se frotaba los ojos.

—He de ir ahora mismo —le explicó Oddo—. Va a comenzar la sesión del tribunal.

Cuando llegó al círculo, ya había dos filas de personas apiñadas alrededor. Oddo trató de abrirse paso a la fuerza, pero los hombres que había delante se volvieron y lo miraron airados.

—¿Qué quieres, renacuajo? —soltó uno—. ¡Éste no es lugar para críos!

Oddo se subió a una de las piedras y fue dando saltitos, tratando de ver por encima de las cabezas. Uno de los hombres de la Gula estaba subiendo el montículo. Cuando consiguió llegar arriba, se volvió para encarar la multitud y levantó la mano para pedir silencio.

—¡Empieza la Gula! —anunció—. Si algún hombre ha intentado alterar la paz de esta asamblea trayendo armas al círculo sagrado, ¡que sea expulsado!

Con sentimiento de culpa, Oddo llevó al punto la mano al cinturón, pero reparó aliviado en que, con las prisas por acudir a la sesión del tribunal, se había olvidado el puñal.

—Si algún hombre debe abandonar el círculo porque concede más valor a la comida y la cerveza que a esta reunión, no serán escuchadas sus quejas.

A Oddo se le cayó el alma a los pies. ¿Significaba aquello que tendría que pasar todo el día sin probar bocado? ¡Ni siquiera había desayunado! Cerró los puños y apretó los labios. Bueno, ya se las ingeniaría de algún modo.

—¡Y ahora dictaré las leyes! —dijo el hombre. Se aclaró la garganta y comenzó a salmodiar—: Aquel que robe a otro sus bienes debe devolvérselos y pagar al rey un suplemento como reparación. Veamos los bienes con que se puede pagar el suplemento. Una vaca ofrecida en pago debe estar sana y entera en cuanto a cuernos y cola y ojos y ubres y tener todas las patas. Las ovejas ofrecidas como pago deben...

La voz sonaba monótona. A Oddo le costaba concentrarse. Se dio la vuelta y miró con envidia a las mujeres, los niños y los comerciantes, que no tenían que preocuparse por aquello. Thora andaría por allí, entre el grupo de gente afortunada, hablando ¡y comiendo!

Levantó un pie con cautela e intentó moverlo, pero inmediatamente perdió el equilibrio y cayó encima del hombre de delante. Éste se volvió enojado.

—¡Ya te he dicho que te largaras! —gruñó.

—¡Lo siento, lo siento! —dijo Oddo.

Por fin, el magistrado terminó su larga perorata y bajó del montículo. Entonces se produjo agitación entre la muchedumbre... la gente daba empujones, gritaba. Al darse cuenta de que era su oportunidad, Oddo bajó de la piedra, agachó la cabeza y empujó. Súbitamente notó que salía sin más de la aglomeración, y antes de poder

detenerse se estaba arrastrando por el suelo ante todos los presentes.

Oddo advirtió que el griterío se iba apagando. Alzó la vista y vio al magistrado que lo señalaba.

—Muchacho, ¿qué haces aquí? —tronó el hombre.

Oddo se puso en pie no sin esfuerzo, consciente de que todos lo miraban.

—Señor, estoy aquí para hacer una reclamación en nombre de mi padre.

—¿Y por qué tu padre ha enviado a un hijo en su lugar? ¿Es que no tiene respeto por la dignidad de este tribunal?

Se oyó un murmullo alrededor del círculo. Oddo tragó saliva.

—Señor, mi padre no sabe que estoy aquí. Ni siquiera sabe nada de Grimm el Codicioso. Quiero decir que no sabe que Grimm el Codicioso nos está robando la tierra. Me dejó al cargo de la granja y él se marchó en el barco...

Oddo notó que le ardía la cara de vergüenza y su voz se fue desvaneciendo.

—Muy bien —dijo el magistrado—. Si estás aquí para presentar una reclamación, ¡adelante! ¡Que comparezca este Grimm el Codicioso! ¡Que comparezcan tus testigos!

El hombre tomó asiento al lado de los demás miembros de la Gula y se mantuvo expectante. Alguien dio un empujón a Oddo por detrás.

—¡Venga, no nos hagamos esperar!

Aterrado, Oddo se dirigió dando traspiés hacia el espacio despejado del tribunal. ¿Qué hacer, qué decir?

Se quedó de pie frente a la hilera de rostros severos y abrió la boca.

—Cito a Grimm el Codicioso —gruñó.

—¡Habla más alto, no se te oye! —bramó uno de los hombres de la Gula.

—¡Cito a Grimm el Codicioso! —chilló Oddo.

Sabía que su voz parecía un gritito de niño.

En el círculo se produjo cierto alboroto, y cuando apareció Grimm, el corazón de Oddo latió con fuerza, el gigante lo miró con ferocidad.

—Bueno, insecto, ¿dónde están tus testigos? —rugió—. ¡Yo he traído dos! —Dos de sus mozos estaban junto a él.

Oddo dirigió una mirada desesperada a los miembros de la Gula. ¿Qué eran los testigos?

De súbito, alguien lanzó un grito y agitó un brazo. Ulf el Granjero se abrió paso entre la muchedumbre... ¡acompañado de los hombres del barco!

Un instante después todos rodeaban a Oddo, soltando risitas ante su atónito semblante. Ulf le dio una palmada tan fuerte en la espalda que a punto estuvo de caerse otra vez de bruces.

—Hemos decidido dar media vuelta. No íbamos a dejarte solo, por supuesto. —Ulf murmuró algo a Oddo al oído y a continuación se dirigió a los miembros de la gula—. ¡Los testigos somos nosotros! —gritó—. Y podemos decirles dónde ha cultivado la tierra durante los últimos cincuenta años el padre de este muchacho, y

antes que él el padre de su padre. Este hombre —dijo señalando al repulsivo gigante que estaba frente a ellos—, Grimm el Codicioso, que acaba de llegar a la zona, ha ocupado tierra que pertenece a justo título a Bolverk y a su fiel hijo. —Pasó el brazo alrededor de los hombros de Oddo—. ¡Y también ha intentado robar mi tierra! —agregó con un bramido.

—¿Declaras esto bajo juramento? —preguntó el magistrado. Acto seguido extendió el brazo mostrando un aro plateado, pegajoso de sangre—. ¡Éste es el anillo de los juramentos, bañado en sangre de sacrificios en el templo! Pon tu mano sobre el anillo y jura que tu afirmación es verdadera.

Ulf levantó la mano y la puso sobre el anillo.

—Lo juro —dijo.

Los demás hombres hicieron lo mismo, uno tras otro.

El magistrado bajó el brazo.

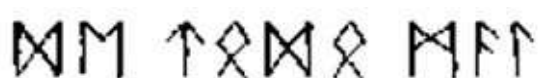
—Y tú, Grimm el Codicioso, ¿tienes algo que decir? —preguntó.

Grimm resopló como un toro castrado furioso.

—¡Tonterías! —vociferó—. ¡Este mosquito quejica y su padre no tienen derecho a considerarse granjeros! Con sus dos raquíticas vacas, sus diez pobres ovejas y su puñado de granos miserables... Ni siquiera tienen heno almacenado para alimentar a sus animales. ¡Dejan que la tierra se vuelva baldía!

—¡Tú robaste el heno! —gritó Oddo—. ¡Y nuestra tierra! ¡Y tenemos veinte ovejas, no diez!

—¡Silencio! —rugió el magistrado—. Has tenido la oportunidad de presentar tu reclamación. Si aún estás aquí al anochecer, cuando nos reunamos los miembros del tribunal, decidiremos sobre el asunto. Pero ahora tu tiempo ha acabado. Vuelve a tu sitio y deja que prosigamos.



12. Hallveig



Al abrir los ojos, lo único que Thora consiguió ver de Oddo fue un vislumbre de su espalda al salir a toda prisa hacia el emplazamiento del tribunal.

—¡Oddo! —gritó—. ¡He de darte algo!

Sostuvo en alto la piedra rúnica de la suerte. Pero Oddo no la oyó. Thora se encogió de hombros y la dejó caer en el cesto. Se puso en pie, se sacudió las hojas secas que se le habían prendido a su larga falda, y tiró de la capa para ponérsela bien. A su derecha salía una chica de una tienda acarreado una pesada marmita. Parecía unos años mayor que Thora, tenía los rasgos finos y el cabello rubio y sedoso recogido en diminutas trenzas por toda la cabeza. Thora observó cómo colocaba la marmita sobre el fuego y empezaba a remover el contenido. La joven alzó la vista y sonrió.

—¡Buenos días! —dijo.

—Buenos días —respondió Thora, y dio unos pasos hacia ella—. Me llamo Thora —añadió.

—Yo Hallveig —dijo la muchacha. Tenía una voz aguda y cantarina—. ¿Y cómo se llama tu perra?

—*Peluda*. Bueno, no es mía. Es de un amigo que ha ido a la Gula.

Hallveig asintió.

—Mi padre también ha ido —explicó—. ¿Quieres desayunar conmigo? ¡Hay mucha comida!

Thora y Hallveig se sentaron cómodamente en la tienda, en dos taburetes plegables. *Peluda* se tendió a sus pies, dando cuenta de unos huesos.

—¿Qué vas a hacer hoy? —inquirió Hallveig.

—Voy a preparar remedios de hierbas para venderlos —contestó Thora.

Hallveig dejó de comer y miró a Thora con ojos de sorpresa.

—¿Eres hechicera? —susurró.

Thora bajó la vista a su cuenco. ¿Qué debía decir? La magia la hacían las hierbas... ella sólo sabía escogerlas y mezclarlas para que curaran y quitaran el dolor.

Sin embargo, la gente sólo compraba los remedios si creía que tenían poderes mágicos.

Murmuró una respuesta evasiva.

—Sé hacer hechizos con hierbas —dijo.

—¡Pues qué bien! —exclamó Hallveig—. ¡Una hechicera de verdad!

Thora se sintió azorada. No estaba acostumbrada a que la gente la llamara hechicera.

—¿Y tú? —preguntó—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—Voy a recoger ortigas —respondió Hallveig—. Mi padre necesita ortigas para hacer cuerdas.

—¡Podemos ir juntas! —exclamó Thora—. Tú coges ortigas mientras yo busco hierbas.

Las dos chicas se pusieron en marcha río arriba hasta que se apagaron los sonidos de la Gula. Hallveig encontró una extensión llena de ortigas viejas y urticantes tan altas como ella y empezó a cortarlas con un cuchillo mientras Thora cogía ortigas jóvenes y nuevas, ramas de bistorta de hojas vellosas y suaves, y jugosos tallos y hojas glaucas de pamplinas.

—¿Regresamos? —sugirió Thora, cuando su cesta estuvo llena.

Hallveig asintió, sin aliento de tanto cortar tallos duros, y se puso a atar las ortigas con un trozo de guita.

—¡Aaaay! —Soltó el manojo y empezó a brincar alrededor, agitando la mano.

Thora cogió unas hojas de una acedera exuberante.

—¡Mira! —gritó—. ¡Esto aliviará el escozor!

Hallveig extendió la mano, y Thora le envolvió los dedos con unas hierbas sanadoras.

—¿No tienes que pronunciar un conjuro? —preguntó Hallveig.

—Bueno, si tú quieres... —Thora se devanó los sesos para recordar una de las cantinelas de la abuelita.

¡Con esto se quita
el picor de las ortigas!

Murmuró.

Hallveig irradiaba alegría.

—¡Ha desaparecido el dolor! —exclamó.

De regreso en el campamento, Thora encendió fuego y puso un puchero de agua sobre las llamas. A continuación tendió la capa en el suelo y colocó encima los tallos de esteatita y las vasijas de arcilla que había traído. Hallveig dejó en remojo sus tallos de ortigas en un cubo de agua y se acercó a mirar.

—¿Qué hay en los tarros? —preguntó impaciente.

—Esto es una loción para aliviar los huesos que crujen —contestó Thora—, y esto...

—¿Huesos que crujen? ¡A la gente no le crujen los huesos!

—A mi abuelita, sí —puntualizó Thora.

—Hummm, ¿tienes algo más útil?

Thora tomó una vasija de arcilla, quitó el tapón y le enseñó a Hallveig la sustancia viscosa, negra y maloliente que había dentro.

—Si te cortas, esto te quita el dolor —señaló.

—¡Aaagh, cómo apesta! —soltó Hallveig—. ¡Tápalo otra vez! —Retrocedió, tapándose la nariz con los dedos—. ¿Es todo lo que tienes?

—En cuanto hierva el agua, podré preparar más cosas —respondió Thora, un tanto ofendida.

—¡Prepara alguna de esas pócimas que hacen que uno se enamore, o que viva más años, o que te protegen cuando viajas! —gritó Hallveig ansiosa—. ¡Ésas sí te las comprarán!

—Es que yo sólo vendo hierbas medicinales —aclaró Thora.

—Ah...

El agua del caldero empezaba a humear. Thora miró impaciente alrededor en busca de clientes. En ese momento pasaba por delante una anciana arrastrando los pies, respirando con dificultad y tosiendo.

—¿Quieres un remedio de hierbas? —ofreció Thora—. Puedo preparar una bebida agradable y calmante para quitar esta tos.

La mujer bajó la vista a los tarros.

—¿Tienes algo para alargar la vida? —preguntó.

—No, pero sé cómo hacer una pócima para curar esta tos —repitió Thora.

La mujer olió hasta que la cara le quedó empañada.

—De acuerdo.

Thora llenó un cuerno con agua hirviendo y echó dentro unos trocitos de raíz de jengibre que había traído de casa.

Cuando estaba a punto de dárselo a su cliente, advirtió la expresión ansiosa y atenta de Hallveig.

—Eh... un momento:

¡Esta tos habrás curado
antes de que el día haya acabado!

dijo con tono triunfal; después observó con inquietud mientras la anciana aspiraba el especiado aroma y tomaba unos sorbos cautelosos. La mujer apuró el cuerno, lo devolvió y se frotó la mano contra el pecho.

—Me siento realmente mejor —dijo, y empezó a andar arrastrando los pies.

—Eh, ¿podrías pagarme un poco de plata? —pregunto Thora.

—Lo siento, cariño, no tengo nada.

Un montón de niñas sofocando risitas avanzaban hacia el puesto dándose ligeros codazos.

—¿Queréis algo? —preguntó Thora.

Las niñas, con sus mejillas regordetas y sonrosadas, no parecían muy enfermas.

No obstante, una de ellas se vio empujada al frente por sus compañeras.

—Queremos filtros de amor —balbuceó.

Thora soltó un suspiro.

—No tengo filtros de amor —dijo—. Sólo remedios. Puedo curar cortes y magulladuras, dolores de barriga, migrañas...

—Es muy buena —señaló Hallveig, alzando la mano vendada con las hojas—. ¡Me ha quitado el escozor de las ortigas!

Su voz se fue apagando al advertir que las posibles compradoras perdían interés y se alejaban.

—Escucha —dijo con tono sibilante, dando a Thora un leve codazo e inclinando la cabeza para acercarse—. ¿Por qué no dices que son filtros de amor... o para alargar la vida... o lo que quiera la gente? ¡Nadie se entera de la diferencia!

Thora se mordió el labio. Hallveig tenía razón, sin duda. Nadie se enteraría de la diferencia. La Gula terminaría al cabo de unos días, y ella no volvería a ver a sus clientes. Les podía decir lo que quisiera. Pero no quería ganar dinero con engaños. Era realmente una buena sanadora... ¡sólo le hacían falta enfermos!

RRMBB M5TF

13. El duelo



Oddo estaba aburrido. Y tenía hambre. Se hallaba de pie tras la ancha espalda de Ulf, tan cerca que podía abrir la boca y dar un mordisco a la capa de su amigo. No veía a los hombres de la Gula y estaba harto de las interminables declaraciones.

De repente, delante de donde estaba se produjo un cierto alboroto.

—¡Un duelo! ¡Un duelo! —gritaban las voces.

Cuatro hombres abandonaron el círculo con el rostro furioso y avanzaron a grandes pasos hacia unas armas amontonadas. Dos de ellos clavaron estacas de avellano para trazar un cuadrado. Los otros dos se armaron con escudos y espadas y se aprestaron a la pelea en el recinto marcado. Uno de los contendientes era alto y robusto, con el cabello de un rojo vivo. Llevaba un escudo pintado de rojo y amarillo, y el puño de su espada despedía brillos dorados. Oddo alcanzó a ver las formas de las runas grabadas en el oro. ¿Darían a ese hombre poderes especiales para luchar? El otro casi era el doble de alto, pero delgado y cargado de espaldas, con una nariz ganchuda como un águila. Su escudo era negro, larga la hoja de la espada.

Oddo oyó que el magistrado daba la señal para que empezaran. El Pelirrojo se mantuvo en su sitio, levantando el escudo, mientras el Águila arremetía con un brutal alarido. La larga hoja de la espada se estrelló en el escudo y la madera se partió y se hizo añicos, pero el Pelirrojo se escurrió a un lado, cogió otro que le dio su ayudante y embistió. Un destello de metal, un fuerte gruñido, y el escudo negro también acabó cortado por la mitad.

El Águila bailaba por el cuadrado, lanzando mandos y acometidas, mientras su adversario, como un buey enojado, resoplaba y rechazaba los ataques.

De pronto el segundo escudo del Pelirrojo se hizo astillas y cayó al suelo con estrépito. El hombre más bajo soltó un feroz bramido y se precipitó hacia delante con la cabeza gacha. Cuando el puño de su espada destelló en la luz del sol, se produjo una chispa parecida a una llama saltarina; acto seguido, retrocedió y levantó el brazo en señal de victoria. Allí se quedó el Águila, que miraba incrédulo cómo la sangre manaba de su brazo.

Se oyeron vítores atronadores. Por primera vez, Oddo advirtió que habían acudido a mirar gentes procedentes de toda la planicie.

Cuando se oyeron los gritos, Thora estaba explicándole a una chica que podía preparar un filtro de amor. Alzo los ojos y vio que todos corrían por el llano en dirección al tribunal.

—¡Vamos! —chilló Hallveig—. ¡Seguramente hay un duelo!

Se fue corriendo, pero Thora se entretuvo llenando la cesta. Al llegar hasta la muchedumbre que gritaba y aclamaba, se abrió camino hasta la primera fila y vio tirado en el suelo a un hombre alto a quien le salía sangre del brazo a chorro. Thora no se lo pensó dos veces: con el corazón latiéndole con fuerza y Hallveig pegada a sus talones, se apresuró hacia el herido.

—Te pondrás bien —le dijo—. Soy sanadora. —Abrió su tarro de arcilla y vertió el apestoso contenido en la palma de la mano—. Esto te quitará el dolor.

Frotó el brazo con la sustancia y observó satisfecha como las mejillas del hombre recuperaban el color.

—¿Podrías llevarlo a mi campamento? —preguntó dirigiéndose a los presentes—. Allí podré atenderle como es debido.

Mientras el herido era conducido en volandas, los espectadores siguieron detrás, formando una especie de cortejo que recorría la llanura. Cuando dejaron al maltrecho individuo junto al fuego de Thora, ésta tenía a un público numeroso. Limpió la herida y preparó una cataplasma caliente de pamplinas y mirra. Después llenó un cuerno con agua caliente y echó unos cuantos pélagos de espliego en su interior.

—Bébetelo esto —dijo—. Te calmará los nervios.

—Esta mañana me ha preparado una poción —declaró una voz parecida a un graznido. La vieja de respiración ruidosa había vuelto—. ¡Me ha aliviado la tos!

Asintió y miró alrededor.

El contendiente herido tomó la infusión y se puso en pie, doblando con precaución el brazo herido. Miró a Thora, rebosante de satisfacción.

—Muchas gracias, hechicera, por tus benéficos cuidados. —De su otro brazo deslizó un brazalete de plata en forma de serpiente y lo ofreció con una inclinación de cabeza—. Por favor, acepta este presente en agradecimiento por tus servicios.

—¿Tienes algo para mis pobres piernas? —pregunto una mujer que estaba al lado del hombre, alzando un extremo de la falda para poner el descubierto unos tobillos hinchados.

Ahora todos empujaban, mientras pedían remedios a voces.

—¡A mí me duele la espalda!

—¡Oye! ¿Qué puedes hacer por mi chiquillo?

—¡Eh, espera tu turno!

Con tantos clientes de golpe, Thora empezó a ponerse nerviosa. Entonces

Hallveig se arrodilló a su lado.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —le dijo.

Thora señaló los tarros de arcilla.

—Si es dolor, frota con un poco de esto —le indicó—. Yo me ocuparé de todo lo demás.

Hizo un gesto mientras intentaba recordar las hierbas adecuadas para cada dolencia: para curar la tos o bajar la fiebre, infusiones de jengibre; para el dolor de muelas, clavo; para las migrañas, romero; para dormir bien, semillas de eneldo trituradas y puestas en remojo... Respiró hondo y sonrió a sus pacientes.

¡Iba a ser una tarde ajetreada!



14. El juicio



Por fin el largo día de pleitos tocó a su fin, y el magistrado se puso en pie para pronunciar los veredictos.

—El primer caso es la reclamación de Oddo, hijo de Bolverk, contra su vecino Grimmr.

Al oír su nombre, Oddo fue todo oídos.

—La decisión del tribunal es la siguiente: toda tierra, cultivada o no, pertenece al rey Harald el Rubio. Pero el rey, con su gran generosidad, permite que sus súbditos soliciten el arriendo de la tierra. Este tribunal entiende que Oddo, hijo de Bolverk, tiene derecho a reclamar la tierra en la que han vivido sus antepasados durante cincuenta años. ¡Pero debe formular su reclamación conforme a la antigua costumbre! Si no cumple con alguno de los requisitos establecidos por dicha costumbre perderá su derecho a la tierra y ésta pasará a manos del otro demandante.

Oddo frunció el ceño, concentrado, esforzándose por seguir el hilo de lo que decía el hombre.

—Dentro de tres días, cuando termine el cometido de este tribunal, los miembros de la Gula zarparán hacia la tierra objeto de disputa para dar fe de la toma de posesión de la misma. —El magistrado miró hacia donde se hallaba Oddo—. ¿Cuántos días se tarda en navegar desde aquí hasta la tierra que reclamas?

—Pues... —Oddo tiró desesperado de la manga de Ulf.

—Dos días —le susurró Ulf.

—¡Dos días! —gritó Oddo.

—Entonces pasarán cinco días antes de que llegemos a la tierra en litigio. En la mañana del sexto día cuando asome el sol por el este, encenderás un fuego. Y será un fuego especial, con poderes sobrenaturales...

Oddo escuchó impaciente hasta que terminaron las instrucciones; después exhaló un suspiro de alivio.

«No parece tan difícil», pensó.

El magistrado llamó al siguiente demandante, y a Oddo el corazón le dio un brinco.

—¡Se acabó! ¡Por fin puedo abandonar la Gula!

Al salir del círculo de piedras, oyó un ladrido familiar y *Peluda* saltó para saludarlo. Oddo intentó esquivar los calurosos lametones.

—Eh, *Peluda* —dijo riendo—. ¿Dónde está Thora?

—¡Oddo! —La pesada mano de Ulf lo agarró del hombro—. ¡Felicidades! Ven y cena con nosotros, muchacho.

—Es que... es que debo encontrar a Thora —dijo Oddo—. Pero gracias de todos modos. Baja, *Peluda*. Vamos, enséñame dónde está Thora.

La perra se puso a correr por la planicie y Oddo se apresuró tras ella preocupado. ¿Por qué Thora no había ido a encontrarse con él? ¿Dónde estaría? ¿Qué le había pasado?

Peluda lo condujo hasta donde habían acampado la noche anterior, pero el lugar estaba ahora rodeado por una muchedumbre. Oddo aceleró.

—¡Dejadme pasar! —gritaba, abriéndose paso a codazos entre el gentío.

Llegó a la primera fila, jadeando de inquietud. *Peluda* esperaba, con la boca abierta formando una mueca, pero Thora, arrodillada entre hierbas y vasijas, ni siquiera reparó en su presencia. Junto a ella había una muchacha desconocida, las dos cabezas muy juntas.

—¡Thora! —chilló Oddo.

Thora sacudió la cabeza hacia arriba.

—¡Oddo! —gritó—. ¿Cómo ha ido?

Antes de que él pudiera responder, una voluminosa mujer que había delante se volvió airada.

—¡Eh! —protestó—. ¡Aguarda tu turno!

Los otros clientes se sumaron con murmullos a la protesta. Oddo se encogió de hombros.

—Luego te lo cuento —dijo—. Cuando se hayan ido todos.

De un puesto contiguo llegaba un tentador ruido de cebollas y pescado friéndose.

—Voy a comprar algo de comer. Me estoy muriendo de hambre.

Thora sonrió pesarosa.

—No tardaré mucho; pronto se me habrán terminado las hierbas. Pero... ¡Oddo! —Cuando él volvió la vista atrás, ella sostenía una abultada bolsa—. ¡Lo he conseguido! —Tenía el rostro radiante de alegría—. ¡He ganado suficiente plata para pagar los impuestos!

RNIXTE XREBE

15. Palabras de advertencia



Oddo miraba exasperado a través de la hoguera a Thora, que charlaba con Hallveig. Aquella chica con cara de rata era una adulatora, siempre estaba diciéndole a Thora lo maravillosa que era, ofreciéndole comida, una cama en su tienda. Thora ni siquiera miraba a Oddo. Estaba demasiado ocupada hablándole a Hallveig de su familia.

—Cuentan conmigo —decía orgullosa—. Salvo Astrid, naturalmente. Ella siempre piensa que no sé hacer nada. —Sonrió burlona y acarició su bolsa—. ¡Ardo en deseos de ver su cara cuando aparezca con esta bolsa llena de plata!

De pronto las dos saltaron de sus asientos y se acuclillaron junto al padre de Hallveig. Erp tenía forma de rana, los ojos saltones, una barriga prominente y las piernas cortas. Su voz era casi tan aguda y chillona como la de su hija, y hablaba con graciosas frases embrolladas.

Hallveig y Thora extendieron unas plantas en el suelo.

«¡Hierbas! —pensó Oddo malhumorado—. Estando con Hallveig, es todo lo que Thora puede hacer: presumir de sus hierbas».

Erp y las chicas cogieron piedras y empezaron a golpear las plantas.

Peluda, que había estado dormitando, abrió los ojos sobresaltada y se levantó al instante.

—Has tenido muy buena idea, *Peluda* —dijo Oddo, que al ponerse en pie se le cayó el cuenco al suelo, con gran estrépito—. Voy a ver a Ulf —anunció.

Thora lo miró por fin.

—¡Un momento! —gritó—. No nos has explicado qué ha decidido el tribunal. —Dejó la piedra en el suelo e hizo un gesto a los otros para que dejaran de golpear—. ¿Cómo ha ido el juicio?

—No creo que en el fondo te importe —respondió Oddo.

—Oh, vamos Oddo, no seas susceptible. ¡Dime!

—Yo también he estado allí —intervino el padre de Hallveig—. Si Oddo no lo cuenta, lo haré yo.

Oddo echaba fuego por los ojos.

—Han dicho que para reclamar la devolución de la tierra he de realizar una ceremonia —gruñó—. Tengo que llevar una antorcha llameante por los lindes y encender a mi paso unas cuantas hogueras... y regresar antes de que se ponga el sol y los fuegos se apaguen. No parece muy difícil.

Mientras hablaba, se imaginaba recorriendo la tierra, con la ardiente antorcha en la mano. Oía los vítores de la multitud cuando volvía al punto de partida, y las exclamaciones de sus padres al llegar a casa y enterarse de lo que había hecho su hijo para salvar la granja.

El padre de Hallveig interrumpió su feliz ensueño.

—¡Pero ha de ser un fuego con poderes sobrenaturales! —chilló Erp—. La antorcha que lloves en un fuego, así ha de encenderse. ¿Sabes lo que es?

Oddo negó con la cabeza, incómodo.

—Te lo explico. Enciendes un fuego frotando dos trozos de madera. No te permiten utilizar eslabón y pedernal, ni tampoco una llama de tu hogar.

—¿Qué? —Oddo lo miró fijamente—. Pero esto es imposible. ¡No se puede encender un fuego sólo frotando dos trozos de madera!

—Se tarda un poco —dijo Erp, sonriendo—. Pero es posible. Si frota rápido, se calientan hasta arder, ¿comprendes?

—Pero ¿y si no puedo? —preguntó Oddo.

Erp chasqueó la lengua.

—En este caso, perderás la tierra —contestó—. ¡Y será de Grimm!

Con gran disgusto de Oddo, Thora decidió pasar la noche en la tienda de Hallveig. A la mañana siguiente, mientras observaba cómo Ulf y los otros se preparaban para zarpar, vio que Thora se le acercaba bailando por la playa de guijarros.

La seguían Hallveig y la silueta redonda y anfibia de Erp.

—¡Mira! —gritó Thora.

Le tendió la cesta, en cuyo interior había algo verde enroscado. Por un instante Oddo creyó que era una serpiente.

—¿Qué es esto?

—Un regalo de Hallveig y de su padre —respondió Thora—. Es la cuerda que Erp hizo anoche con aquellos tallos de ortigas. —Alzó la larga trenza verde—. Qué amable ha sido con nosotros, ¿verdad?

Oddo notó que se ruborizaba al recordar todas las mezquindades que había pensado de Hallveig y Erp.

Pero antes de poder abrir la boca, Ulf gritó desde el barco.

—¡Eh, vosotros dos! ¿Cómo vais... a volver... a casa? —soltó resollando,

mientras tiraba de una maroma.

—A pie —contestó Oddo.

—¡A pie! —Ulf hizo una pausa y alzó un brazo para secarse la frente con la manga—. ¡A pie es un largo trecho! ¡Un largo trecho! Aquí la costa es desigual como la dentadura de un lobo... En una embarcación no hay problema porque navegas mar adentro. Pero en tierra... —Chascó la lengua y meneó la cabeza—. Tienes que bordear fiordos, ciénagas y montañas. ¡El camino es un continuo rodeo! Y además están los osos... y los lobos.

Una ráfaga de viento hizo vibrar los aparejos.

—¡Deberíais encontrar otro barco que os llevara a casa! —gritó.

Luego agitó la mano y agarró el timón mientras la vela se hinchaba.

Las cuatro figuras observaban desde tierra cómo el barco se alejaba lentamente.

Thora miró a Oddo.

—Saldremos del paso —dijo.

Él asintió.

—Vamos. Disponemos de cinco días para llegar a casa.

—¡Que os vaya bien! —chilló Hallveig, echando los brazos al cuello de Thora.

—Ah... —graznó Erp, alzando la mano—. ¡Anoche olvidé deciros más! ¡Cuando lleguéis a casa, procurad no encender ningún fuego!

—¿Por qué?

—No puedes encender fuego sobrenatural si hay las otras hogueras encendidas en la casa o en tierra —advirtió Erp.

—Lo recordaré —prometió Oddo.

—¡Ja! —Oddo oyó una voz por encima de su cabeza. Giró en redondo con gesto de sorpresa. Grimmr, montado a caballo, lo miraba malicioso—. ¿Viajas a pie? —preguntó.

Oddo tragó saliva. Aquella mueca burlona de Grimmr era más amenazadora que su habitual ceño fruncido.

—Sí —respondió con cautela—. Vamos andando.

—Me das la oportunidad de llegar primero, ¿eh? Qué bien. —Grimmr espoleó el caballo y se alejó al galope.

—¿Qué habrá querido decir con eso? —murmuró Oddo.

MSTF RNF

16. En el bosque



El camino estaba lleno de árboles. Las ramas, cubiertas de musgo, se extendían sobre sus cabezas y las rugosas cortezas parecían caras crispadas que los observaban y de las que brotaban las espesas barbas de los helechos. Olía a húmedo y a podrido. *Peluda* olfateaba en torno a las retorcidas raíces y acto seguido se precipitaba hacia delante, ávida por explorar.

A través del sendero discurría un riachuelo de agua tan clara que podían ver los guijarros del fondo.

—¡Mira! —exclamó Oddo en un susurro.

Una nutria nadaba contra la corriente, la lustrosa cabeza asomando fuera del agua. De repente se sumergió y volvió a salir al instante a la superficie con un enorme pez en la boca. Thora sofocó una risita cuando el animal giró hasta ponerse de espaldas y se puso a comer tranquilamente, sujetando el pez contra el pecho con las dos patas delanteras.

—¡Qué buena idea! —exclamó Oddo—. ¿Quieres un poco de pescado para almorzar? —Se quitó los zapatos y se metió en el riachuelo—. ¡Huy, qué helada está el agua!

—Voy a coger un poco de leña —gritó Thora—. Dame el eslabón y el pedernal y encenderé fuego.

Oddo le arrojó la bolsa y enseguida intentó coger un pez grande y gordo que se deslizaba por su lado, pero se le escapó aunque consiguió tocarlo.

—¡Caca de la vaca! —exclamó.

El siguiente pez que alcanzó a ver fue una perca, con una larga y espinosa aleta en el lomo. Trató de cogerla, pero el pez simplemente bajó la aleta y se escurrió fuera de su alcance.

—¡Son demasiado resbaladizos! —se lamentó Oddo, decepcionado. Salió del agua trepando por la orilla empinada y se dejó caer pesadamente—. Se escabullen de mis dedos antes de que pueda agarrarlos.

—¡Has de ser rápido como una nutria! —dijo Thora.

Hubo una pausa. Los dos amigos se miraron uno a otro.

—Bueno, ¿por qué no? —señaló ella—. ¿Has traído una varita mágica?

Oddo negó con la cabeza.

—No he hecho ningún cambio de forma desde el verano pasado, cuando me convertí en aquella foca —dijo.

—Pues en este caso tendremos que hacer una —apuntó Thora. Al volver la cara hacia el bosque frunció el entrecejo—. Necesitamos algo perfumado, como la rama de enebro que usamos la última vez. Y algunas flores... Pero va a ser difícil porque aún no ha florecido casi nada.

Unos minutos después, Thora disponía en un círculo un puñado de verdes brotes de diente de león. Oddo había encontrado una ramita de avellano que utilizó como varita mágica y que colocó en el centro. Encendió el extremo de una rama de pino a modo de incienso y la sostuvo sobre la cabeza. La resina de pino impregnaba el aire de humo perfumado, pero a medida que las agujas empezaban a arder, explotaban produciendo una lluvia de chispas. Thora retrocedió al instante, y Oddo alzó el otro brazo para protegerse el rostro.

—Rápido, pronuncia el hechizo de la última vez —dijo Thora.

Magia del suelo, magia del viento
¡toca este buril y dale tu aliento!

Farfulló Oddo, tirando seguidamente la rama de pino al río, que chocó contra el agua en un siseo.

—Bien —dijo Thora, señalando la varita de avellano—. ¡Veamos si ahora funciona!

Oddo cogió la varita y empezó a trazar un círculo en el fango de la orilla. Del extremo de la varita brotó la punta de lanza de una llama dorada. Sintió un estremecimiento de emoción.

—¡Va bien! —gritó.

Se volvió para mirar a Thora, que estaba sentada en una piedra con el cuerpo doblado, mirando atentamente el círculo marcado en el barro; supo que Thora intentaba ver el fuego mágico que danzaba alrededor.

Sonriendo orgulloso para sus adentros, Oddo se puso en cuclillas en el centro del anillo y clavó los ojos en las llamas circundantes a medida que éstas crecían más y más. Aquello que había al otro lado, ¿era la forma de una nutria?

Percibió que se fundía y se derramaba por el suelo. Durante un instante estuvo en el centro de la luz dorada, y de pronto se encontró en el otro lado y pareció que su cuerpo recuperaba la fuerza. Se tensaron sus músculos, se le arqueó el lomo, y se sorprendió al moverse a saltos por la orilla.

«¡Soy una nutria! —pensó exultante—. ¡Soy una nutria!».

A la derecha, la hierba se elevaba por encima de su cabeza, pero al dar botes vislumbraba el bosque más allá. A la izquierda, la orilla, ancha y empinada, descendía

hasta el agua. Con un silbido de regocijo se dejó caer sobre el estómago, deslizándose por la ribera fangosa y resbaladiza, cobrando ánimo ante la zambullida en el agua helada. ¡Pero se había olvidado de su piel impermeable! No sentía ningún frío.

Nadó alegre, con la nariz y los ojos asomando por la superficie, las patas delanteras encogidas contra el pecho. Para avanzar sólo tenía que menear la cola. Al hundir la cabeza en el agua, notó vibraciones a través de los bigotes. Percibió que cerca se movía algo, y se volvió con la rapidez del rayo para agarrar una gorda perca que intentaba pasar a hurtadillas por su lado.

Giró sobre su espalda con el pez entre sus patas y cerró los ojos. Disfrutó del cálido sol en la cara, del olor del pescado, de la sensación de las apacibles ondas de agua que lo llevaban...

—¡Oddo! ¡No tardes mucho!

El grito lo arrancó de su agradable ensueño, y miró hacia la orilla donde había una chica que observaba el río con inquietud, y un chico, sentado en cuclillas en un círculo de fuego. La nutria Oddo giró sobre sí misma, nadó hasta la ribera y soltó el pez en el fango.

Thora aguardaba. A su lado, la silueta agachada de Oddo permanecía con la mirada ausente, la mandíbula floja, sin mover un solo músculo. Thora procuraba no mirarlo, pues se sentía incómoda al hacerlo.

—¡Oddo! —gritó impaciente, mirando el agua con ojos entornados—. ¡No tardes mucho!

Como si fuera una respuesta a sus palabras, vio un pez que saltaba del agua y aterrizaba en la ribera. Y momentos después, otro.

—Bien, ¿qué tal si los cocinamos?

Era la voz de Oddo.

Thora se volvió, aliviada. Oddo le sonreía orgulloso y enseñando los dientes. Señaló los peces.

—Me muero de hambre. ¡Me los comería crudos!

Muy pronto el olor a percas asadas se elevó en el aire. *Peluda* apareció al otro lado del riachuelo. Chapoteó en el agua, consiguió salir, no sin dificultad, y se sacudió para secarse.

—Sabía que te presentarías cuando hubiera comida —dijo Thora.

Thora comió despacio, saboreando cada bocado, observando el rielar de la luz del sol en la superficie ondulada del agua. Las palabras de Oddo turbaron su gozo.

—¿Por qué crees que Grimmr tenía tantas ganas de llegar primero a casa? —preguntó.

Thora se encogió de hombros, lanzó una espina al agua y se limpió los dedos en la hierba.

—Ni idea —respondió.

—Ha de haber un motivo —insistió Oddo.

Thora observó los dedos de Oddo arrancando juncos; sus nervios se desplazaban por el aire como una fría brisa. Ella cogió un palo y atizó el fuego agonizante.

—No se me ocurre qué podría hacer Grimmr —señaló.

—Es Grimmr... podría hacer cualquier cosa —replicó Oddo—. Decirles a los hombres de la Gula que no voy a ir, incendiar la granja, robar los animales. Podría... ¡No! —asíó el brazo de Thora y señaló el fuego—. ¡Ya lo sé! —gritó—. ¡Ya sé lo que Grimmr planea hacer!

Thora miró fijamente las ascuas, desconcertada.

—No entiendo.

—¡Va a encender un fuego en nuestra tierra! ¡Para salirse con la suya, sólo tiene que hacer esto! ¿Recuerdas? Lo dijo Erp: si alguien enciende una hoguera en nuestra tierra antes de la ceremonia, ¡no podré hacer que prenda el fuego sobrenatural! Y acuérdate, Grimmr se hallaba justo detrás de nosotros, montado a caballo. ¡Estaba escuchando! —Se puso en pie de golpe, con las mejillas encendidas, los ojos echando chispas—. ¡Hemos de impedirlo, Thora!

—No podemos —dijo ella—. ¡Va a caballo! Es imposible que podamos alcanzarlo, y mucho menos adelantarlo. —Thora también se levantó y empezó a recoger sus cosas—. De todos modos, dijiste que la gente menuda cuidaría de la granja.

—Pero ¿qué pueden hacer ellos contra un matón como ése? —exclamó Oddo—. ¡Además, no saben nada del fuego con poderes sobrenaturales y todo esto!

En un silencio tenso, se quitaron los zapatos y vadearon el riachuelo. En el camino, Oddo arrugaba el ceño y alzaba la vista al sol. Al final se detuvo.

—Por aquí no... ¡Estamos girando hacia el sur y queremos ir al norte!

—Bueno, quizás el sendero bordea un fiordo o algo así —señaló Thora—. Ulf ya nos avisó de que pasaría esto. Hay que ir bordeando todo el rato.

—Esto es un disparate. ¡Tardaremos una eternidad!

—Lo sé, pero no hay más remedio. ¡Es imposible tomar otro camino!

Con gran asombro de Thora, Oddo soltó un grito de regocijo.

—Tengo una idea. Esto es precisamente lo que vamos a hacer. Tomaremos otro camino. ¡Un atajo!

—Por favor, Oddo, no digas bobadas. Hemos de rodear montañas, bosques y demás. Hemos...

—No —dijo él con vehemencia—. No los rodearemos. ¡Los atravesaremos!

Sacó el puñal del cinto y comenzó a abrirse camino cortando las zarzas y los helechos que había a sus pies.

—¡Oddo, no va a funcionar!

—Esto no va a traerme mala suerte, como lo de talar árboles, ¿verdad? —Thora meneó la cabeza—. Bien, pues entonces...

Desapareció entre la maleza. Thora fue tras él, intentando esquivar las ramas que

le golpeaban la cara. Las zarzas, que se le enredaban en la larga falda, la hacían tropezar constantemente.

Al ponerse el sol, observaron que se encontraban en una grieta entre rocas. Se oía alrededor el sonido de agua en movimiento. Como arroyuelos que salieran de los muros del valle.

—¿Qué es este rugido? —preguntó Oddo.

—Apuesto a que estamos cerca de un fiordo —dijo Thora. Los árboles desaparecieron, y ella soltó un grito—. ¡Ya te lo decía yo!

Les cerraba el paso un ancho abismo de agua. Era como si un gigante hubiera hundido el cuchillo en la tierra y abierto una brecha para que entrara el mar. Los acantilados rodeaban el agua por todos lados, y al final retumbaba una cascada que se estrellaba en el fiordo con un bramido de espuma.

—Y ahora, ¿qué? —chilló Thora.

Oddo vaciló sólo un instante. Empezó a abrirse camino por el estrecho borde, pisando con cuidado de una roca a otra. Thora meneó la cabeza y lo siguió. A la izquierda, el agua profunda, como un espejo inmenso y ondulante, transformaba el sol poniente en fuego líquido. A la derecha, las verticales paredes de los acantilados se elevaban sobre sus cabezas.

A medida que se acercaban a la cascada, el ruido del agua al caer se volvía tan fuerte que para oírse uno a otro tenían que gritar. Thora se imaginó toda aquella fuerza cayéndoles encima.

—¡Oddo! —Se inclinó hacia él—. ¿Cómo vamos a atravesar la catarata?

Oddo echó la cabeza hacia atrás de golpe.

—Trepemos y daremos la vuelta por arriba —respondió—. Como aquella vez que subimos para coger huevos de aves marinas.

Thora observó los centenares de diminutos arroyuelos que surgían de la superficie del acantilado. Deslizó la mano por la piedra viscosa y cubierta de moho y negó con la cabeza. No era un acantilado fácil como el que había cerca de su casa, con puntos de apoyo para el pie y matas de hierba a las que agarrarse.

—No podemos subir por aquí —gritó ella—. Sabía que no saldría bien. ¡Tenemos que regresar y buscar el camino!

—¡Tonterías!

Oddo se dio impulso hacia la pared rocosa y trató de trepar dando zarpazos, pero no había donde asirse en aquella resbaladiza superficie, y resbaló otra vez hacia abajo.

Miró hacia arriba, jadeando.

—Debemos regresar —repitió Thora.

Oddo se dejó caer pesadamente en el suelo, sin mirarla.

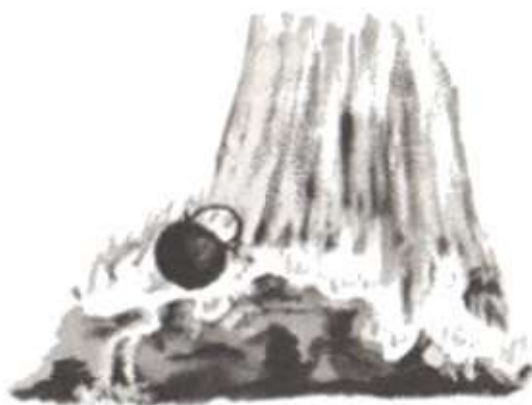
—Sólo nos quedan cuatro días para llegar a casa —murmuró.

Thora se mordió el labio. «Y deberemos malgastar uno de los días yendo hacia atrás», pensó, pero no dijo nada.

Ambos se volvieron para mirar a su espalda. Ahora la rocosa costa apenas era visible en la creciente oscuridad. Se acurrucaron sin decir nada en el suelo pétreo a esperar la mañana.

Ɔ Ɔ Ɔ Ɔ Ɔ Ɔ Ɔ Ɔ

17. La cascada



Thora durmió a ratos, e incluso en sueños siguió oyendo el estruendo de la cascada. Al abrir los ojos por la mañana, lo primero que vio fue la blanca espuma cayendo por la pared del acantilado.

—Vamos —masculló Oddo.

Se levantó abatido y dirigió la vista hacia el camino por el que habían llegado.

—¡Espera! —Thora miraba atentamente la catarata. De súbito, cogió el cesto y el caldero y se puso en pie de un salto—. Creo que hay un modo de pasar —dijo.

Dando traspies y gateando por las rocas, Thora alcanzó el torrente de agua y miró entre la espuma con ojos entrecerrados.

—¡Mira! —gritó.

Oddo llegó a su lado y miró por encima del hombro de ella. Allí, tras la cortina de agua, había un saliente de la roca que conducía al otro lado del fiordo.

—¡No podremos caminar por ahí! —exclamó Oddo.

Ambos clavaron la mirada en el flujo de agua que se derramaba por la pared del acantilado y se estrellaba contra las rocas.

—¿Quieres alcanzar a Grimmr o no? —preguntó Thora.

Thora contuvo la respiración y saltó al saliente, que temblaba por la violencia de la cascada: el agua pasaba por encima de su cabeza formando una cortina atronadora, pero tras ésta sólo se notaba una fina rociada. Parecía una cueva hecha de agua. Thora empezó a andar arrastrando los pies y extremando la precaución. Un paso... dos pasos... De repente, resbaló. Lanzó un chillido, se retorció para recuperar el equilibrio y soltó el caldero, que dio un salto mortal a través del agua implacable. Thora miró horrorizada mientras el caldero rebotaba en las piedras y desaparecía. Tragó saliva.

«Esto es lo que me pasará si caigo yo», pensó.

Apretó el rostro contra la roca y sintió los latidos en las sienes. Le caían gotas en la cara y reparó en que la fina lluvia iba empapándole poco a poco el cabello y la ropa. Olía la cascada... la tierra húmeda y las rocas limosas.

«No quiero moverme —pensó—. No daré un paso más».

—¡Thora!

Volvió lentamente la cabeza para mirar. Oddo estaba a su lado, con la mirada sombría y asustada. Y justo detrás vio a *Peluda*, que escarbaba con las patas en busca de un asidero en la roca. Thora se esforzó por sonreír.

—¡Te estaba esperando! —chilló.

De algún modo debía lograr que sus piernas volvieran a moverse. Se mordió el labio con fuerza y deslizo un pie por el saliente. Se detuvo y respiró con un estremecimiento. Ahora el otro pie. Fue avanzando poco a poco.

«Procura no resbalar —se repetía a sí misma—. Y no sueltes el cesto». Lo llevaba bien sujeto, consciente de la valiosa plata que contenía.

Oddo la seguía tan de cerca que Thora alcanzaba a percibir su respiración rápida y jadeante. De vez en cuando los dedos de los pies de él topaban con los talones de ella. Thora quería gritarle que se echara para atrás. Sus propios pies le parecían enormes y torpes. Mantenía los ojos fijos en el estrecho y resbaladizo camino. Seguía viendo el caldero dando vueltas, rebotando en la cascada, golpeando las rocas y desapareciendo en la espuma. El túnel de piedra gris y agua batiendo parecía no terminar nunca. Thora tenía las manos tan entumecidas que apenas podía agarrar nada. Le aterraba la idea de dejar caer el cesto o de perder su asidero en la pared rocosa.

De pronto, Oddo soltó un alarido de júbilo.

—¡Lo hemos conseguido!

Thora vislumbró un rayo de sol destellando a través de la cortina de agua antes de que Oddo, emocionado, chocara con su espalda y la empujara al suelo. A sus ojos acudieron lágrimas de dolor y sobresalto, pero bajo las manos había rocas secas y en la espalda un sol caliente, y se puso a reír aliviada. Se quedó tendida donde había caído y oyó el estruendo de la catarata abajo, tras ella... a salvo ya del peligro. Entonces se incorporó, se secó con la falda las manos irritadas y se volvió para mirar.

—Lo hemos conseguido —susurró.

Contempló pasmada el torrente de agua... y el extremo más alejado del fiordo. Se sentía débil e insegura, pero Oddo bailaba impaciente.

—¡Vamos! —chilló.

De mala gana, Thora se puso en pie tambaleándose.

Trancurridos unos minutos, encontraron otro sendero.

—¡Bravo! —exclamó Thora—. ¡Ya hemos seguido suficientes atajos!

Tras ellos oyeron un ruido de cascos, y un jinete les gritó que se apartaran del camino.

Ambos se volvieron, y Thora dirigió a Oddo una mirada asustada.

Era Grimm.

Thora sofocó una risita ante el estupor en la cara de Grimm al verlos.

—¿Qué... cómo... de dónde habéis salido? —balbució Grimm, pero enseguida recuperó su bramido característico—. ¡Andaos con cuidado! —avisó—. ¡Si os cruzáis

en mi camino, os aplastaré como a un par de mosquitos!

Fustigó el caballo y arremetió contra ellos. Un casco en el aire golpeó a Thora en el hombro al apartarse de un salto. Quedó tirada en el suelo, aturdida; luego se incorporó frotándose la magulladura.

—¡Cuervos chiflados! —exclamó.

Luego le clavó los ojos en la espalda. Mientras se alejaba, Grimmr seguía bramando con todo su vozarrón. Llevaba un arco en bandolera y el cinturón lleno de armas.

Oddo esbozó una sonrisa burlona.

—Le hemos dado una sorpresa, ¿eh?

—¡Estaba furioso! —exclamó Thora.

—Sí, bueno, pero sus planes se van a venir abajo cuando llegemos a casa antes que él, ¿no?

—¡Pero esto no va a pasar! ¡Vuelve a ir por delante de nosotros! —Thora lanzó una mirada a Oddo y se le cayó el alma a los pies—. ¡Pero basta de atajos!

Oddo examinaba el camino.

—De acuerdo —dijo—. Hemos de alejarnos de estos fiordos. Si dejamos la costa y vamos tierra adentro, y luego doblamos hacia el norte...

—¡Pero no hay ningún sendero hacia el interior! —se lamentó Thora.

Oddo sonrió mostrando los dientes y sacó el puñal.

—¡Pronto lo habrá! —anunció.

SMRTM F QNQ

18. Atascados en un pantano



Con gran alivio de Oddo, el bosque se fue aclarando. Se veían unos cuantos pinos larguiruchos dispersos entre tepes de brezo, matas bajas de arándanos y ocasionales arbustos de enebro.

—¡Eh, qué fácil! —gritó Oddo. Saltó un matojo de arándanos y agitó en el aire el brazo con el puñal—. ¡Qué atajo más formidable!

Se volvió para sonreír a Thora. Ella le devolvió la sonrisa, con el sol resplandeciendo en su cara. De arriba les llegaba el sonido de muchos aletazos. *Peluda* ladraba inquieta. Oddo inclinó la cabeza hacia atrás y observó impresionado una bandada de cientos y cientos de grullas que planeaban pregonando su saludo. Cuando volaron bajo por encima de Oddo, las alas taparon el cielo como capas desplegadas.

Oddo contempló su marcha mientras iban descendiendo hasta posarse en tierra a lo lejos.

—Seguramente hay un lago en esa dirección —señalo Thora.

Su camino seguía la misma dirección que el de las grullas y, a medida que se acercaban, Oddo advirtió destellos de agua entre el montón de cuerpos alados.

Cantaba al andar, avanzando a grandes y ágiles zancadas. Thora mantenía el paso a su lado, dándole vueltas a un tallo y sumándose a la canción.

De súbito, soltó un grito y se detuvo.

En ese mismo instante, Oddo notó que introducía el pie en algo frío y húmedo.

—¡Puaf!

Se habían metido de lleno en una ciénaga cubierta de musgo. Oddo dio otro paso. El lodo absorbía y borboteaba. El musgo se hundía y el agua rezumaba hasta cubrirle los tobillos.

Peluda olfateó con curiosidad y luego brincó por delante de ellos, salpicando agua con las patas.

Oddo intentó seguir, pero se le hundían los pies y resbalaba en el fango. Se detuvo y miró con atención el terreno que tenía ante él. El musgo se extendía hasta

donde le alcanzaba la vista, como una piel peluda de color verde, gris y marrón, moteada aquí y allá de pelos más largos, los juncos.

—No será todo pantano, ¿verdad? —preguntó.

—No, no es posible —respondió Thora.

Sin embargo, a cada paso que daban la tierra de aspecto firme se iba hundiendo bajo sus pies. Sus rostros se tornaban cada vez más sombríos.

—A este paso no llegaremos antes que Grimmr —se lamentó Oddo.

En la orilla del lago, las grullas estaban ocupadas hurgando en busca de gusanos y ranas entre los juncos. Cuando descubrieron a Oddo y Thora, las aves alzaron el pico y miraron a los intrusos con ojos curiosos, pequeños y brillantes. La superficie del agua explotó cuando cientos de gansos de patas rosadas se elevaron salpicando agua en una confusión ruidosa.

—¡Eh! —gritó Oddo extendiendo la mano.

Las aves dieron vueltas en lo alto y a continuación regresaron al lago, rozando la superficie y posándose en tierra. Oddo aguardó esperanzado. Un ganso grande graznó con fuerza, se sumergió en el agua y avanzó chapoteando hacia él. Oddo alargó ansioso la mano y el ganso depositó en ella un pez plateado que aún se retorció.

—¡Gracias! —chilló, mostrando orgulloso su trofeo a Thora.

—¿Y cómo vamos a cocinarlo, si puede saberse? —preguntó ella.

—Bueno... —Oddo examinó la tierra anegada de agua; un lugar no muy adecuado para encender un fuego—. Tendremos que comérselo crudo —anunció.

Thora engulló su parte y después se agachó junto a una planta que tenía hojas rojas y redondas.

—¡Oh! ¡Un rocío de sol! ¡Ven y mira esto!

Oddo chapoteó hasta ponerse a su lado.

—¿Qué tengo que mirar? —preguntó él.

—Aguarda y verás.

Esperaron en silencio. Cerca se oyó el ¡chaf! de una rana. Un pequeño insecto negro zumbaba frente a ellos, atraído por las gotas de humedad que destellaban en las hojas de la planta.

—Observa —susurró Thora.

El insecto se posó en una hoja y empezó a batir desesperadamente las minúsculas alas.

—¡No puede irse! —exclamó Oddo, perplejo.

—No —confirmó Thora—. Ha quedado atrapado. Esta cosa brillante de la hoja es pegajosa.

La hoja comenzó a enrollarse, y unos instantes después el insecto había desaparecido en su interior. Oddo miraba pasmado.

—Vamos —dijo Thora, poniéndose en pie.

—Pero... ¿qué ha pasado?

—El rocío de sol se ha comido la mosca.

—¿Qué? Las plantas no comen insectos.

—¡Ésta sí!

Cuando Oddo volvió a ponerse en marcha, apretó los puños y ordenó a sus piernas que hicieran un mayor esfuerzo, pero cuanto más rápido intentaba andar, más parecía pegarse el cieno. ¿No se acabaría nunca aquel pantano? Ya estaba empezando a sentirse como un insecto, con las piernas atrapadas en un rocío pegajoso. Imagino que su cuerpo se hundía, y que el musgo ligero como una pluma se cerraba sobre su cabeza, como la hoja de rocío de sol en torno a la impotente mosca.

«Si no salimos pronto de aquí —pensó—, dará igual lo que haga Grimm. ¡De todos modos no llegaré a tiempo para encender el fuego mágico!».

Por el lago se extendía una mancha dorada, como si el sol se estuviera derritiendo en el agua. Oddo miró fijamente, consternado.

—¡Se está poniendo el sol! —gimió—. ¡Hemos estado en esta ciénaga todo el día!

Observó a Thora en busca de unas palabras tranquilizadoras, pero en los ojos de ella vio reflejados sus propios temores.

Para cuando hubieron dejado el lago atrás, la luz del día ya dejaba paso a las sombras del anochecer. Oddo tenía las piernas tan cansadas que apenas podía levantarlas.

«Dentro de un instante tendré que parar», pensó el chico.

Al dar el siguiente paso, el pie chocó con algo duro y sintió una sacudida en todo el cuerpo. En vez de estar hundido en una charca, pisaba suelo firme. Sin creérselo del todo, oteó al frente. En el crepúsculo apenas distinguía un atisbo de pendiente y las formas de algunos árboles. ¿Se había terminado por fin el pantano? Indeciso, dio otro paso. Sus zapatos mojados hicieron un ruido de chapoteo, pero el suelo no se movió.

Al cabo de unos minutos, los dos amigos estaban exhaustos ante una hoguera. *Peluda* se retorció sobre su espalda intentando librarse de las salpicaduras de lodo que tenía por todo el cuerpo. Thora extendió su laida empapada. De la ropa húmeda se elevaba un vapor que impregnaba el aire del olor a agua tibia y turbosa. Oddo se quitó de un tirón los zapatos e hizo una mueca al verse los pies, blancos y arrugados de estar tanto tiempo en remojo. Se recostó, disfrutando de la sensación de permanecer tumbado sobre rocas duras y secas, y cerró los ojos.

Oddo se despertó cuando el enmarañado y apestoso pelo de *Peluda* le hizo cosquillas en la cara. Apartó a la perra y abrió los ojos. En la clara luz de la mañana veía el pantano extendiéndose hasta el infinito a su espalda. Y delante... Se quedó mirando incrédulo. Delante, ¡la tierra se elevaba, empinada, cruel, hasta la cumbre de una montaña cubierta de nieve! Se quejó en voz alta. ¿Cómo demonios iban a vencer aquel obstáculo?

Abatido, se levantó no sin esfuerzo. De sus pantalones llovieron trozos de barro seco. Uno dio en la cara de Thora, que parpadeó y se incorporó. El cabello le caía como ramales de cuerda y la falda estaba estampada con rayas del color de la turba. Oddo miró inquieto mientras ella abarcaba la imagen de la montaña y la nieve. Con gran asombro suyo, Thora se echo a reír.

—Es inaudito —dijo ella—. Un fiordo, un pantano, y ahora... ¡una montaña! ¡Desde luego sabes elegir! —Se levantó y se sacudió la falda—. Bueno, deberíamos darnos prisa, ¿no?



19. En las montañas



En las cuestas más bajas había matorrales, abedules y pinos dispersos. Uno de los arbustos estaba cargado de bayas: unas eran duras y verdes, otras negras y jugosas, Oddo arrancó unas cuantas de las maduras y se las llevo a la boca. Justo al cerrarla, oyó el grito de advertencia de Thora.

—¡Puaj!

Escupió repetidamente una lluvia de bayas, mientras intentaba eliminar el sabor amargo. Thora se partía de risa.

—¡No se pueden comer bayas de enebro crudas! —gorjeaba ella—. Toma. — Cogió una hoja de acedera y se la dio—. Esto sí puedes comértelo.

Oddo miró la hoja con recelo. Estaba llena de agujeros y había una oruga. ¿También tenía que comérsela? Tras concluir que no, la hizo saltar por los aires con el dedo y dio un cauto mordisco. Tenía un sabor fresco y fuerte que neutralizó el gusto de las bayas.

A medida que subían, los matorrales se hacían menos densos. Oddo y Thora caminaban a buen paso. Al mediodía llegaron al borde de la vegetación arbórea. Oddo abandonó el cobijo de los últimos arbustos y notó una ráfaga de aire helado procedente de la nieve de la cumbre. Levantó la cara hacia el cielo.

—¡Danos un poco de sol! —gritó.

La pendiente se fue haciendo más empinada y tuvieron que trepar gateando, casi a rastras, por las rocas desnudas.

Pero cuando llegaron arriba, la nieve era blanda y fangosa. Oddo comprendió que el sol que había solicitado la estaba derritiendo. Se hundió hasta las rodillas.

—¡Tú y tus atajos! —gruñó Thora, andando con dificultad junto a él.

Oddo avanzaba como podía de un lado a otro. Las manos y los pies se le entumecieron hasta el punto de que ya no los sentía. Al cabo de unos minutos reparo en que Thora no estaba. Se volvió en su busca, arrancando las ramas de un solitario abedul. Cuando por fin la encontró, Thora había doblado una rama hasta darle forma de pez y entrelazaba en ella finas y flexibles ramitas.

—¡Zapatos para la nieve! —exclamó Oddo jadeando—. ¡Buena idea!

Las anchas y planas raquetas pronto estuvieron listas para atárselas a los pies.

—¡Esto es mucho mejor! —gritó Oddo—. ¡Ya no voy a hundirme más!

El terreno se hizo aún más empinado, y una y otra vez se desprendían grandes trozos de nieve. De repente, Oddo se sorprendió a sí mismo andando en el aire, y un instante después rodaba y rebotaba montaña abajo. Llegó sin aliento hasta donde un árbol frenó bruscamente el descontrolado descenso.

Despatarrado en el suelo, sintiéndose como un idiota, miró frustrado la cuesta que tendría que volver a subir.

Entonces, mientras se ponía en pie como podía, advirtió que sus raquetas habían quedado hechas pedazos. Enseguida estuvo pisando de nuevo, impotente, la nieve fangosa. De súbito vio a un reno que lo observaba, con una arrogante expresión en la cara, y Oddo tuvo una ráfaga de inspiración.

—¡Eh, tú! —gritó—, no te quedes ahí papando moscas. ¿Por qué no te acercas y haces algo de provecho?

El reno caminó hacia él con pasos medidos sobre las largas y elegantes patas. Oddo asió la cornamenta, se dio impulso y montó a lomos del animal.

—¡Vamos! —chilló, golpeándolo con los talones en los flancos—. ¡Sácame de aquí!

El reno giró la cabeza y la acercó curioso a la rodilla de Oddo.

—Venga —le apremió Oddo.

Thora miraba desde arriba.

—¡Estás loco! —gritó—. ¡No es un caballo!

Oddo agarró con fuerza la cornamenta, se inclinó hasta el oído del animal y le habló con toda la severidad de que fue capaz.

—¡Reno, me vas a llevar hasta lo alto de esta montaña!

El animal se puso en marcha y corrió ladera arriba, con Oddo dando botes, inerte como un saco de avena.

Con el rabillo del ojo, vio que un reno más joven corría a su lado y que *Peluda* se apresuraba para alcanzarlos.

—¡Alto! —chilló Oddo.

Mientras su montura aminoraba el paso hasta pararse, Oddo hizo una señal al reno más pequeño.

—Ven aquí —le dijo con tono seductor.

El animal lo miró con la cabeza ladeada, como a desgana, y se le acercó cauteloso.

—Thora, éste es para ti —anunció Oddo.

Alargó la mano y, al posarla en el cuello del reno, notó que el animal temblaba.

—Chist —dijo para tranquilizarlo.

A medida que Thora se aproximaba sigilosa, Oddo susurró una cantinela al oído del animal:

Por favor, por una vez sé amistoso,
y deja que mi amiga se suba a tu lomo.

El reno puso los ojos en blanco, pero se quedó quieto mientras Thora trepaba por él.

—¡Agárrate fuerte! —avisó Oddo.

Los dos renos echaron la cabeza para atrás y un instante después estaban subiendo la ladera con gran estrépito. Las pezuñas levantaban salpicaduras de nieve *Peluda* brincaba y ladraba agitada. Un par de urogallos de plumaje blanco, invisibles en la nieve, se apartaron del camino protestando indignados. Thora y Oddo gritaban a voz en cuello.

Los renos se detuvieron en la cima de la montaña las ventanas de la nariz despidiendo un aliento calido, las negras pezuñas plantadas en la espumosa nieve. A través de la tela de sus pantalones, Oddo percibía el calor, el sudor y las palpitations del fuerte y musculoso cuerpo de su montura.

—¡Me siento como si me hubieran dado una paliza! —dijo Oddo resollando, moviendo los hombros para relajar sus tensos músculos—. ¡Seguro que tengo las piernas llenas de cardenales!

Soltó una mano de la cornamenta y con ella se dio un masaje en el trasero. Oyó que Thora jadeaba a su lado.

Debajo, la montaña quedaba cortada en un escarpado barranco, y después se elevaba de nuevo hasta otra cumbre nevada. Sin aviso previo, la montura de Oddo dio un ligero brinco y se lanzó cuesta abajo. Oddo se abrazó al cuello del reno, dando bandazos mientras el animal saltaba y se deslizaba.

El valle se les acercaba a toda prisa. La nieve daba paso al follaje verde. Ahora galopaban entre árboles y ramas sobresalientes que les arañaban las piernas y les azotaban el pelo. Oddo se agachó de pronto y vislumbró un destello de agua en el fondo del valle.

«Socorro —pensó—. ¡Un río!».

Con el rabillo del ojo vio que Thora y su montura se ponían delante. Su cabello y su capa ondeaban como banderas en un mástil. El agua estaba ante ellos, extensa, profunda y formando remolinos.

—¡No! —gimió Thora—. ¡Haz que pa... re!

Pero entonces su reno dio un brinco. Las últimas palabras de Thora se fueron desvaneciendo y ella desapareció en un surtidor.

A Oddo ni siquiera le dio tiempo de chillar antes de que también su montura saltara al río. El agua helada se lo tragó, pero un instante después asomó de nuevo, abarrado al lomo del reno. El río, abastecido por la nieve que se derretía, era un monstruo encrespado. El reno se esforzaba por avanzar, hinchados los músculos del cuello, y Oddo notaba que las piernas del animal luchaban contra la corriente. Thora, con el pelo y la ropa chorreando agua, estaba agarrada al cuello de su montura y

lanzaba gritos de ánimo.

Pero ¿y *Peluda*? Oddo observó horrorizado cómo se hacían visibles una pizca de nariz y un extremo de cola. Parecía que el río la sacudía de un lado a otro como si fuera una ramita. Tal vez si él se echaba a un lado, alargaba el brazo y la cogía de la pelambreira... Pero entonces, con gran asombro suyo, se dio cuenta de que la nariz y la cola se acercaban cada vez más a la orilla.

Peluda llegó antes que nadie. Cuando el reno trepo tras ella, Oddo fue recibido por una ducha en plena cara. *Peluda* se agitaba para secarse; después le dirigió una sonrisa burlona y se marchó corriendo. La montura de Thora salió tras la perra, ella chillando y asiéndose a la cornamenta para no caerse.

Oddo sofocó una risita, que pronto se tornó en una mueca cuando su reno se puso a galopar y el frío viento le atravesó la ropa mojada.

La segunda montaña parecía elevarse sin cesar. Las manos de Oddo estaban cada vez más rígidas y entumecidas. Para cuando hubieron alcanzado la cumbre e iniciado el descenso por el otro lado, ya anochecía.

Por fin llegaron abajo. Los renos aminoraron el paso hasta detenerse, y luego aguardaron, pateando el suelo con las pezuñas.

Oddo soltó las manos de la cornamenta y se deslizó agarrotado al suelo. Le fallaban las piernas. Dio unas palmaditas en los cuellos de los renos y les susurró al oído palabras de agradecimiento antes de que éstos decidieran irse y desaparecieran a toda prisa.

Oddo caminaba cojeando de un lado para otro, batiendo las palmas y frotándose las piernas, y Thora se dejó caer pesadamente al pie de un árbol.

—¡Eh! —gritó Oddo—. ¿Qué tal uno de tus famosos remedios? Tengo todo el cuerpo dolorido.

—Estoy demasiado cansada —murmuró ella.

Se envolvió con la capa y se acurrucó para dormir.

SI <IMRMS

20. La manada de lobos



Oddo se despertó antes del alba. Estaba temblando y le dolían todos los músculos del cuerpo. Se incorporó refunfuñando.

«Un buen fuego iría muy bien», pensó. *Peluda* abrió un ojo.

—Vamos —dijo en voz baja—. Ayúdame a encontrar un poco de leña. Daremos una sorpresa a Thora cuando se despierte.

Peluda se puso en pie de un salto, empezó a respirar agitada y desapareció al instante. Caminando despacio con sus anquilosadas piernas, Oddo se abrió camino entre los árboles.

El bosque era tupido y oscuro, con la luz de la luna iluminándolo con manchones plateados. Sus pies producían suaves susurros al pisar las hojas muertas, y dio un brinco cuando oyó el crujido de una rama caída. Se agachó a cogerla y la fue rompiendo en pedazos mientras caminaba. Percibió un ruido de agua agitada, y un extenso lago se le ofreció a la vista. *Peluda* estaba en el agua, dejando una clara estela en la negra superficie. Los soñolientos patos se apartaban volando, batían las alas y se posaban de nuevo en el agua.

Cuando Thora abrió los ojos era todavía de noche. Se quedó tumbada escuchando los sonidos del bosque, preguntándose qué la había despertado. Entre las ramas silbaba un viento que la hacía tiritar.

—Brrr, qué frío. —Se ciñó más la capa—. Eh, Oddo ¿estás despierto? ¿Puedes hacer que este viento deje de soplar? —Se dio la vuelta.

Oddo no estaba.

—¿Oddo? —Thora se incorporó y miró alrededor. Se le encogió el corazón de miedo—. ¿*Peluda*?

Percibía el tono aterrado en su voz.

¿Dónde estarían? ¿Por qué habían salido estando todavía oscuro? ¿Les habría sucedido algo?

Thora se puso en pie con dificultad mientras resonaba en su mente el recuerdo de las amenazas de Grimmr.

—¡Oddo! —llamó de nuevo, esta vez intentando adoptar un tono valiente—. Voy a buscarte. ¡No te preocupes! ¡Ya voy!

Fue entonces cuando oyó los lobos.

El primer aullido, agudo y penetrante, llegó de la izquierda. Antes de que el eco se disipara hubo otro, gutural y amenazador, y luego otro, y otro.

Thora empezó a correr, pero entre los árboles todo eran ruidos de pasos apresurados, y de repente un lobo fantasmal y gris y con los ojos brillando a la luz de la luna, le cortó el camino. Thora se volvió rápidamente y tomó a ciegas otra dirección. Percibía los violentos latidos de su corazón, la respiración entrecortada. Y ahora había siluetas grises mirara donde mirara, parpadeando, que aparecían y desaparecían.

Una rama le arañó la cara. Alzó la mano con furia y la arrancó. Se oyó otro aullido, y un lobo flaco con el pelo erizado se plantó ante ella de un salto. Thora se quedó quieta, jadeando, mirando furiosa a los ojos de la fiera. Levantó la rama y la blandió frente a la cara del animal, pero éste ni se inmutó. Y ahora notaba que había lobos por todas partes, que gruñían y meneaban la cola, y a un lado y a otro advertía el destello de sus ojos rojos en las sombras.

Thora levantó la rama y la descargó con fuerza contra la nariz del primer lobo. Pero en vez de retroceder, el animal se irguió emitiendo un gruñido. Entonces todos los lobos salieron súbitamente de entre los árboles, brincando e intentando morder. Thora trató de zafarse de ellos golpeando desesperada con la rama, pero los lobos le arrancaron el arma de las manos e inmediatamente oyó un sonoro rasgón cuando unos afilados dientes hicieron presa en su manga y dieron un tirón.

A Oddo le resultaba difícil encontrar leña en la oscuridad. Escudriñaba en las sombras bajo los árboles y andaba arrastrando los pies. Ah, una rama caída de buen tamaño. Se agachó para cogerla cuando le llegó un aullido de las profundidades del bosque.

Alzó la vista, sobresaltado.

Luego oyó otro aullido, más alto y fuerte que el primero.

¡Lobos!

Oddo dio media vuelta y se precipitó en la espesura.

Ahora los aullidos resonaban por todas partes.

—¡Thora! —chilló—. ¡Thora, ya voy!

Corría tan deprisa que le parecía estar volando. Pasó entre los árboles como un rayo y se deslizó hasta detenerse, con la boca abierta, ante la escena que se le ofrecía a los ojos.

Thora estaba rodeada por una manada de lobos, pero los animales parecían haber quedado paralizados a medio gruñido. Mientras Oddo observaba la escena, todos retrocedieron y volvieron la cabeza en la dirección de los ecos que se apagaban.

Aguardaban, aguzando el oído, con la cola levantada.

De las sombras, avanzando como un príncipe, surgió la majestuosa figura de un enorme lobo. Oddo sintió que se le aceleraba el corazón, pero Thora se limitó a bajar el brazo. Vio con asombro que ella susurraba algo a la bestia, y que después se arrodillaba y dejaba que se le acercara y le tocara la punta de la nariz con el hocico.

—¡Thora! —gritó sin dar crédito a sus ojos—. ¿Qué demonios pasa? ¿Desde cuándo tienes poder sobre los animales?

Thora se volvió, sorprendida al oír la voz de Oddo, y enseguida le sonrió satisfecha y se puso en pie.

—¿No te acuerdas de él? —preguntó—. Es *Lobo Gris*... sí, el que salvamos.

Oddo se quedó con la boca abierta. Bajó la vista, y allí, en la pata trasera, precisamente donde Thora había hecho la cura, observó que aún se apreciaban jirones del vendaje.

—¡*Lobo Gris*! —exclamó en un susurro—. ¡Y yo que pensaba que se te iban a comer! —le dijo a Thora.

—¿Y tú, qué? —inquirió ella—. ¿Dónde estabas? Creía que Grimmr te había secuestrado o algo por el estilo.

—He ido a buscar leña para encender un fuego, pero... —Se miró las manos vacías—. Se me ha caído toda al venir por ti corriendo.

Thora alzó las cejas.

—¿Ibas a encender una hoguera? ¿En plena noche?

Oddo advirtió las primeras luces del alba que asomaban por el hombro de Thora.

—No es de noche, ya amanece —señaló—. Y hay suficiente luz para ver por dónde vamos. ¡En marcha, sólo nos quedan dos días para llegar a casa!

SMR

21. Una cálida bienvenida



—Tengo los zapatos llenos de agujeros, y no es que sea muy agradable caminar sobre estas zarzas —gruñía Thora unas horas después.

Oddo cortó con rabia una rama. Su calzado también estaba desgastado, y le dolía el brazo de tanto abrirse paso a fuerza de tajos. Cuando pensaba que quizá Grimmr estaría cabalgando cómodamente por el camino, le rechinaban los dientes.

Al acabar el día, incluso *Peluda* andaba alicaída, arrastrando las patas.

—Ojalá no hubiera perdido el caldero —se lamentó Thora—. Ahora nos irían bien unas gachas calientes.

«Ahora mismo nos irían bien muchas cosas —pensó Oddo—. Una cama, un buen fuego...»

Dio otro paso y parpadeó perplejo. Frente a él, como una respuesta a sus deseos, había una granja. Estaba encaramada en un acantilado sobre las aguas de un fiordo, iluminada por el resplandor del sol poniente. De su tejado de verde tepe salían espirales de humo. Había gallinas picoteando en el patio. Una vaca miraba por encima de la puerta baja del establo, con un manojo de heno en la boca.

—¡Un buen fuego! —exclamó Oddo.

—¡Comida!

—¡Un baño!

—¡Una cama mullida!

—La verdad es que no deberíamos pararnos —señaló Oddo—. Hemos de llegar a casa mañana. Y Grimmr...

—Oh, venga, seguro que Grimmr nos lleva un montón de kilómetros de ventaja. Y además ya debemos de estar cerca de casa.

Thora empezó a andar por el patio. Se oyeron ladridos amenazadores, y de pronto aparecieron dos perros guardianes por la esquina de la casa. *Peluda* se lanzó hacia delante, gruñendo con ánimo protector, pero Oddo la agarró del cogote y se hincó de rodillas tirando de Thora hacia él.

—¡Somos amigos! —aseguró a los dos perros.

Éstos dejaron de ladrar y caminaron en silencio, las narices retemblando de curiosidad. Oddo, Thora y *Peluda* aguardaron a ser olisqueados e inspeccionados antes de ponerse otra vez en pie. Después, meneando la cola, los perros los

condujeron a la entrada de la casa.

Oddo y Thora se pararon ante la puerta y se miraron perplejos. No había cortinas de pieles de animales como en las casas de su región. Aquella entrada estaba cubierta de tablas de madera tachonada, como los lados de un baúl de la ropa, y la enmarcaban unos dragones tallados, como el mascarón de proa de un *drakkar*.

—¿Cómo vamos a entrar? —susurró Thora.

Oddo empujó, esperando que se abriría a un lado, como una cortina normal, pero no se movió.

—¡Eh! —gritó—. ¿Hay alguien en casa?

—A lo mejor deberíamos llamar —sugirió Thora.

Dio unos golpes con la mano.

Oyeron que alguien se movía dentro. Luego se oyó un chirrido, y la puerta de madera se abrió de par en par.

Tras la puerta asomó la cabeza una mujer bajita y rechoncha.

—¡Dos niños! —exclamó—. ¿*Mani* y *Tanni* no os han asustado?

Miró con el ceño fruncido a los dos perros, que seguían meneando la cola.

Oddo la miró estupefacto. Era la vieja Gyda, la partera que lo había traído al mundo.

—¡Comadrona Gyda! —chilló—. ¿No sabes quiénes somos?

La mujer entrecerró los ojos y se inclinó para acercarse.

—¡Vaya, pero si son Oddo y Thora! ¡Dos de mis pequeños!

—¿Podemos entrar? —preguntó Thora, dando un paso adelante—. Estamos muertos de hambre y...

—¡Dios mío, ya he perdido los buenos modales! —La vieja comadrona cerró la puerta cuando hubieron entrado—. Sentaos junto al fuego y calentaos los pies. Enseguida os prepararé algo caliente para comer.

El interior era una especie de nido apacible. En el acogedor hogar del centro de la estancia había un puchero de gachas de avena cociéndose a fuego lento sobre las llamas, paja susurrante para suavizar el duro suelo de tierra, y cojines en los asientos de madera. En vez de una habitación grande, como sucedía en su región, la casa estaba dividida en estancias separadas por paneles.

—¿Ahora vives aquí? —preguntó Thora.

Gyda asintió sonriente. Le tembló el mentón y los rizos de cabello se bambolearon.

—Sí, me he trasladado aquí con mi hijo y sus chicos —explicó—. Pero se acaban de ir a una incursión vikinga.

Dejó sobre la mesa un cuenco de agua humeante. Thora sumergió en él las manos y cogió la toalla. Oddo miraba el plato de gachas que Gyda le estaba llenando, lamiéndose los labios cuando ella añadió una porción de dulce y pegajosa miel.

—Ahora contadme qué estáis haciendo aquí —dijo Gyda, colocándose frente a ellos.

Antes de que Oddo pudiera responder, Thora respondió con orgullo:

—¡Hemos estado en la Gula! Y ahora nos dirigimos a casa. ¿Aún queda lejos?

—Oh, no, sólo a unas cuantas horas. Seguid el camino que bordea este fiordo y encontraréis un río que os conduce directamente allí.

Oddo dio un golpe con la cuchara y lanzó un grito de júbilo.

—¡Lo hemos conseguido!

—Ya te lo dije —señaló Thora.

—Vamos, apresuraos y llenaos el estómago —dijo Gyda—. Y después quitaos estas ropas sucias de barro. —Agarró con los dedos la mojada capa de Oddo—. Luego tomaréis un baño, y a la cama.



22. Una sorpresa desagradable



Cuando Oddo entró en el cobertizo para bañarse, sintió que se disipaban sus últimos recuerdos molestos. El calor confortante del aire se le filtró directamente en los huesos.

Vació un cubo de agua en las piedras de hogar calentadas, que chisporrotearon y desprendieron un vapor blanco y denso. Se sentó, estiró las piernas y ahogó una risita al reparar en que no veía los dedos de los pies. Con un manojito de ramitas tiernas de abedul, empezó a darse golpecitos en brazos y piernas. El olor del abedul impregnaba el aire, y sintió un hormigueo en la piel. Su cuerpo rezumaba suciedad y sudor, como el vapor que se elevaba de las piedras.

Se echó sobre la cabeza un cazo de agua fría, y se estremeció cuando el agua le recorrió la piel caliente. Una vez fresco y limpio, se envolvió con una cálida toalla y se dirigió hacia la estancia para dormir.

Gyda lo esperaba sosteniendo un bulto en brazos.

—Toma. —Sacudió una camiseta de hilo, un jubón y unos pantalones limpios—. Las llevaban mis nietos cuando eran más pequeños. El problema es que jamás tuve nietas.

Oddo le siguió la mirada. Thora, envuelta en un vestido que era el doble de su talla estaba de pie en medio del aposento, con semblante azorado. Sus manos desaparecían en las largas y colgantes mangas, y llevaba la falda sujeta a la cintura con una cuerda. Oddo tuvo que contenerse para no estallar en carcajadas.

Thora lo miró enojada, y luego se recogió el atuendo que llevaba a rastras y caminó con paso ligero hasta el banco de dormir.

—¿Qué es esto? —preguntó Oddo, señalando un cuadrado de luz ámbar que

brillaba en la pared del otro lado.

—¡Pues una ventana! —exclamó Gyda.

Era un agujero tapado con una finísima piel de animal.

—Lo que se ve al trasluz es el sol que se pone —aclaró.

Unos minutos después, Oddo estaba acurrucado en la cama, con *Peluda* pegada a su espalda.

—Oddo —dijo Thora—. ¡Basta de atajos! Mañana seguimos el camino.

—Basta de atajos —repitió él soltando una risita—. De todos modos, ya que estamos tan cerca de casa, daría igual.

Al otro lado de la habitación, Gyda la Comadrona dudaba en el umbral; se volvió y se dirigió hacia ellos.

—He de deciros algo. —Tenía la voz ronca—. Acaso no haya otra oportunidad... Me estoy haciendo vieja... —Inspiró profundamente y luego pareció cambiar de opinión—. No —murmuró—, mejor por la mañana. Os lo diré por la mañana. —Y se marchó arrastrando los pies.

—¿Qué quería deciros? —susurró Thora.

Oddo se encogió de hombros.

—No sería nada importante... es una vieja un poco rara —dijo, y se hizo un ovillo en el mullido colchón de plumas.

A través de la puerta, Oddo veía a Gyda, que se disponía a remendar sus capas junto a la lumbre. Escuchó el suave crepitar de los troncos en la chimenea y el ritmo regular de la respiración de Thora. Arriba, la trémula luz anaranjada de la ventana se oscureció hasta desaparecer. Oddo sonrió satisfecho y cerró los ojos. Le vino a la mente una fugaz imagen de sí mismo al frente de una multitud que le vitoreaba mientras él sostenía en alto el fuego sagrado. A medida que el sueño le fue venciendo, imaginó el radiante rostro de Bolverk y todas las cosas que diría para elogiar a su hijo.

Un estruendo de ladridos desgarró el silencio. Oddo y Thora se incorporaron de golpe en la cama. Alguien aporreaba la puerta con los puños.

—¡Llamad a estos perros escandalosos antes de que desenvaine la espada!

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —Gyda se levantó agitada, y la ropa que estaba zurciendo se le cayó al suelo—. ¿Un viajero? —preguntó, descorriendo el cerrojo y asomando la cabeza por la puerta—. *Tanni*, abajo. Quieta, *Mani*.

—¡Qué perros más fieros! —bramó el desconocido, quien apartó a Gyda a un lado y entró en la estancia pisando fuerte.

Con la cabeza calva, la barba ahorquillada, los ojos encendidos y saltones, parecía un ogro. Sólo que...

—¡Grimmr! —dijo Oddo, ahogando un grito de asombro.

—¿Cómo ha conseguido alcanzarnos?

—Te dije que no nos quedaríamos.

—¡Caca de frailecillo! ¿Quién se ha atiborrado de gachas y se ha tirado horas en el baño? —Los dos amigos se miraban furiosos—. De todos modos, ahora esto da igual. Larguémonos de aquí —dijo Thora—. Si nos marchamos y Grimmr se queda, aún podemos llegar a casa antes que él.

Apartó la colcha y en un impulso posó los pies en el suelo.

—¡Pero no podemos irnos! —exclamó Oddo—. Sólo hay una puerta y está ahí.

Señaló hacia el otro aposento, donde Grimmr y Gyda seguían junto a la puerta.

Thora miró alrededor, desesperada. Incluso alzó la vista al techo.

—¡La ventana! —susurró—. ¡Podemos salir por la ventana! ¡Rápido! —Se puso en pie sobre la cama—. Tú colócate aquí y yo me subiré a tus hombros. ¿Dónde tienes el puñal?

Mientras Thora trepaba por su espalda, Oddo procuraba mantener el equilibrio. El puñal vacilaba de modo alarmante en la mano de Thora, y de pronto Oddo lo perdió de vista porque los asfixiantes pliegues del vestido le cayeron sobre los ojos. Notaba las sacudidas mientras ella cortaba la cortinilla de la ventana.

De pronto, dejó de notar el peso en sus hombros. Allí estaba Thora, encaramada en el alféizar, una silueta recortada en el cuadrado de luz.

Peluda brincaba en la cama, jadeando impaciente.

—¡Chist! —siseó Oddo, y al instante le entregó la perra a Thora y luego hizo lo propio con la cesta.

Estaba con los brazos alzados cuando una voz rugió a su espalda. Oddo se dio la vuelta. Grimmr lo miraba con ferocidad desde el umbral, con una antorcha encendida en la mano.

—¡Tú! —bramó—. ¿Qué pretendes hacer?

—¡Oddo! —chilló Thora—. ¡Detenle! ¡Utiliza ahora tu magia!

—¡A mí, lluvia y viento! —dijo Oddo entre jadeos.

Surgió un rayo, y luego un furioso vendaval que le rasgó la ropa y lo arrojó tambaleante contra la pared. Rugió un trueno, y la lluvia empezó a caer a raudales desde el techo. La antorcha de Grimmr se apagó, dejando la habitación a oscuras. Gyda soltó un grito, y Grimmr avanzó a ciegas, maldiciendo y chocando contra los muebles.

«¿Qué debo hacer ahora?», se preguntó Oddo desesperado.

De súbito cayó la cuerda de Hallveig, golpeándole en la cara. Asió la bamboleante trenza de ortigas en el preciso instante en que dejó de ver a Thora. Enseguida empezó a ascender. Dio con los hombros contra el marco de la ventana, quedando atascado un momento, hasta que por fin consiguió pasar produciendo un gran estrépito al estrellarse contra el suelo.

La luna brillaba en un mundo tranquilo y quieto. Oddo se puso en pie con movimientos inseguros y se apartó el pelo húmedo de los ojos.

—¡Esto no ha servido de nada! —soltó Thora, bufando—. ¡Te he dicho que lo

detuvieras! ¡Y sólo lo has mojado! ¿Y ahora qué vamos a hacer?

Entonces los perros guardianes surgieron por la esquina de la casa, ladrando como locos.

—¡Encontradlos! ¡Cazad a estos sinvergüenzas! —rugió Grimmr desde dentro.

Ƒ Ɔ M R ʌ M

23. El hechizo del lobo



—¡*Tanni!* ¡*Mani!* —gritó Oddo—. ¡Aquí!

Los dos perros dejaron inmediatamente de ladrar y se le acercaron con paso ligero.

—Buenos chicos —dijo Oddo.

Grimmr salió repentinamente de la casa, chillando furioso.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó Thora.

Oddo le dirigió una sonrisa maliciosa y alzó los ojos al cielo. Murmuró algo que ella no alcanzó a oír y al instante unas nubes negras y espesas cruzaron por delante de la luna. La granja se sumió en la oscuridad.

—¡Niños, niños, id con cuidado! —gritaba Gyda con voz inquieta—. ¡No corráis en la oscuridad!

—¡*Mani!* —Thora percibía la agitación en la voz de Oddo, aunque éste sólo estaba susurrando—. Ve hasta el borde del acantilado. Quédate allí y ladra. Les haremos creer que nos hemos caído. Y... ¡espera! —Agarró al perro justo cuando se iba—. Llévate esto y déjalo caer; así irán hacia allá.

—¿Qué le has dado? —inquirió Thora en voz baja.

—Mi bolsa. Y ahora tú, *Tanni*. Vuelve con Gyda y haz como si estuvieras muy inquieto. Y luego llévala contigo al borde del acantilado. ¡Venga!

Resollando ansiosos, los perros se marcharon corriendo. La luna asomó furtivamente desde detrás de una nube poniendo al descubierto el oscuro patio y las dos figuras que gritaban. Oddo se agachó tras un montón de leña, y Thora se acuclilló a su lado.

—¿No deberíamos irnos? —sugirió ella.

—Chist... Dentro de un momento.

Oddo atisbo por encima de los troncos, y Thora, siguiendo la mirada de él, vio que Gyda se detenía en el borde del precipicio.

—¡Una cuerda! —gritó la anciana, y regresó cojeando a la casa.

Las arrugas de inquietud en su rostro semejabán profundos y negros surcos.

—Ay, Oddo —musitó Thora—. Me siento avergonzada. Ella ha sido muy bondadosa con nosotros y ahora la hemos angustiado.

Pero la expresión de Oddo era de regocijo.

—No te preocupes —dijo—. En cuanto salga el sol, se dará cuenta de su error. Mientras Grimmr crea que estamos ahí abajo, podemos tomarle unas horas de ventaja. Es lo que querías, ¿no? ¡Vamos! —Se irguió—. ¡Adelante!

Se pusieron en camino a través de la oscuridad. Bajo sus pies desnudos, Thora notó que las lisas piedras del patio daban paso a los dolorosos y puntiagudos guijarros del sendero. El dobladillo de la larga y húmeda falda se le enredaba una y otra vez en los pies.

«Por favor, que no me caiga por el precipicio», rogaba.

Se recogió el vestido para impedir que el pliegue de la tela no la hiciera trastabillar, y se apresuró para no quedarse atrás.

Oddo corría como si nunca fuera a pararse. Thora se tambaleaba detrás, procurando no hacer caso a las molestias en el costado, los brazos anquilosados, los pies entumecidos.

Con las primeras luces del alba llegaron los chillidos de las gaviotas y los alcatraces, revoloteando y zambulléndose para conseguir el desayuno. Sus nidos estaban amontonados, hilera sobre hilera, en el rocoso acantilado que caía desde el camino al fiordo.

Por fin, para alivio de Thora, Oddo dejó de correr, fue dando traspiés hasta detenerse, soltó los húmedos pliegues del vestido y extendió los doloridos brazos.

—Déjame el puñal —dijo entre jadeos. Cortó el dobladillo de la falda y se ató a los pies las tiras de tela sobrante—. ¡Muy bien! ¡Lista otra vez!

Advirtió sorprendida que Oddo no se movía.

—Creía que a estas alturas ya estaríamos en casa —dijo él—, ¡y todavía no hemos encontrado el río!

—Quizás esté tras ese recodo —aventuró ella, esperanzada—. Es difícil saberlo, con todos estos árboles y estas ráfagas de viento.

—De todos modos, aún faltarían horas para llegar a casa. Esa vieja estúpida de Gyda, ¿por qué dijo que estaba cerca, si no era verdad?

—Creo que sólo dijo lo que nosotros queríamos oír —respondió Thora—. Le gusta hacer feliz a la gente. Aunque me parece que esta mañana iba a contarnos la verdad. Recuerda... anoche dio a entender algo. El único problema fue... —Alzó la barbilla e hizo una mueca agresiva—. ¡Que nos fuimos corriendo antes de que pudiera explicar nada!

Oddo la miró ceñudo.

—Bueno, pues de bien poco ha servido. Ahora no estamos cerca de casa ni mucho menos. Y de un momento a otro, Grimmr se va a dar cuenta de que le hemos tomado el pelo, y vendrá por nosotros.

—¡Bueno, el caso es que aún no está aquí! —dijo Thora—. ¡Vamos, aprisa!

Pero en lugar de correr, Oddo empezó a caminar arrastrando los pies.

Thora le cogió de la mano, sorprendida, y trató de animarlo.

—¡Tú no eres de los que se dan por vencidos!

Oddo no replicó.

—¡Oh, vamos! —exclamó Thora—. Cuando Grimmr llegue aquí, haremos algo para retrasar su marcha. Pondremos la zancadilla al caballo o... ¡ya está! —Tiró de Oddo para que volviera la cara hacia ella—. Podemos asustar el caballo, hacerle huir...

Oddo no levantaba la cabeza.

—¿Cómo? —dijo con un gruñido.

Thora se devanó los sesos en busca de ideas.

—¡Ya sé! Puedes pedirle a *Lobo Gris* que traiga aquí su manada. ¡Esto funcionará! ¡Los lobos asustarán al caballo y entonces se encabritará, arrojará a Grimmr al suelo y escapará, y Grimmr ya no podrá adelantarnos!

Thora hablaba atropelladamente, observando cómo Oddo le daba vueltas a la idea.

—Tal vez... —dijo, con expresión reflexiva. Pero acto seguido, con gran decepción para ella, negó con la cabeza—. No, no sería justo para los lobos. Grimmr lleva arco y flechas y todo eso. ¡Los mataría!

Thora lo miraba fijamente, desencantada.

—Pues entonces... —De súbito le vino la inspiración—. ¡Entonces haz unos lobos mágicos! —dijo con aire triunfal—. Mi hermano Erik puede hacer animales, ¡y tú haces los hechizos mucho mejor que él!

Thora contuvo el aliento. Esta vez, Oddo no meneó la cabeza.

—¿Cómo lo hace? —preguntó con cautela.

—Usa hojas y ramas...

—¡Hojas y ramas! ¡De esto nos sobra! —Oddo señaló los árboles y arbustos—. ¿Qué animales hace? —Sus ojos relucían de entusiasmo.

—Pues... mariposas, ratas... —Oddo aguardaba. Thora se encogió de hombros—. Nada más, me parece.

Oddo torció el gesto.

—¿No hace animales grandes como los lobos?

—No, pero tú sí podrías. Mira. —Cogió un puñado de hojas y ramitas—. Erik hace una mariposa así. —Dejó una ramita en el suelo, con hojas a cada lado a modo de alas—. Ya está. Prueba. —Presa de la emoción, Thora metió la mano en la cesta, sacó la varita de avellano y se la dio—. ¡Venga!

Oddo cogió la varita, indeciso, y dio unos golpecitos a la forma de mariposa.

No pasó nada.

—¿He de pronunciar un hechizo o algo así? —preguntó.

Thora se mordió el labio y lo miró preocupada.

—No lo sé.

Oddo resopló y se puso en pie.

—Esto no es más que una pérdida de tiempo.

Tiró la varita al suelo y se dirigió camino abajo, pisando con fuerza.

—¡Oddo, espera! —gritó Thora, levantándose de prisa y guardando de nuevo la varita en la cesta—. Rápido, *Peluda*, vamos.

Oddo caminaba a grandes pasos, con el ceño furioso, y pronto desapareció entre los árboles.

Instantes después, Thora oyó un grito. Tras doblar el recodo, vio a Oddo y *Peluda* totalmente inmóviles, mirando un río que discurría caudaloso a través del camino.

—¡El río! —exclamó Thora—. ¡Casi estamos en casa! —Cogió la mano de Oddo—. Ahora no puedes dejar que Grimm nos adelante. ¡Has de hacer este hechizo del lobo!

—Te aseguro que no puedo —protestó él.

—Apenas lo has intentado —dijo Thora—. A lo mejor has de utilizar distintas plantas.

—¡Tú y tus hierbas! ¡No se trata de curar la tos o una pierna magullada!

—No, me refiero a plantas para ayudar a que se produzca la magia. No sé, como las flores que ponemos en un círculo cuando haces una varita.

Oddo ladeó la cabeza, y Thora advirtió un destello de curiosidad en sus ojos.

—¿Qué plantas? —inquirió.

Thora se frotó la frente, intentando recordar que plantas se usaban en su familia para hacer hechizos.

—Bueno, avellano, desde luego, como tu varita. Y milenrama, diente de león, artemisa, caléndula, ajeno... Mira, te traeré unas cuantas.

Thora se precipitó entre los árboles para coger ramitas y hojas, y regresó enseguida. Lo echó todo en el suelo, a los pies de Oddo.

—¡Fíjate! —dijo, escogiendo entre el montón—. Éstas son ramitas de avellano. Sirven para conseguir protección.

Oddo se arrodilló a su lado.

—Quizá no sean las adecuadas. ¿Y estas hojas puntiagudas? ¿Qué son? Parecen dientes. U orejas.

—Hojas de diente de león. Sirven para toda clase de magia. Y ésta también, la milenrama... y, mira, es como una cola espesa.

Thora pasó la mano por el plumoso follaje.

Observó que a Oddo comenzaba a picarle la curiosidad. Cogió otra hoja y se la entregó.

—Artemisa... da fuerza... ¡y esto! —Agarró un puñado de musgo y lo mostró orgullosa—. ¡Lo llaman pie de lobo!

Cuando Thora empezó a clasificar todo el conjunto, Oddo se inclinó hacia delante. Por fin, ella se recostó y lo miró en busca de su aprobación.

Allí, tendido en el suelo, había un lobo hecho de hojas, musgo y ramitas de

avellano.

—Tiene un buen aspecto —señaló Oddo—, pero...

Peluda se puso a gruñir y volvió la cara hacia el camino.

—¡Viene Grimmr! —exclamó Thora con voz inquieta—. ¡Venga! ¡Puedes hacerlo!

Oddo miró las hojas fijamente, sin decir palabra. El ruido sordo apenas perceptible de unos cascos lejanos rompió el silencio.

—¡Date prisa! —suplicó Thora.

Oddo inspiró profundamente y se puso a salmodiar. Sus ojos parecían echar destellos de fuego.

¡Donde ahora sólo hay hojas y ramitas,
que aparezca un lobo con vida!

Thora apretó los puños. Las hojas se estremecían, pero... ¿se trataba del viento? El ruido de los cascos era cada vez más fuerte, más cercano.

—¡Vamos! —imploraba Thora—. Ha de salir bien.

De tanto mirar fijamente, se le estaba nublando la vista. Las hojas y las ramitas parecían disolverse en una bruma de verde y marrón... no, verde y marrón, no... blanca y gris. Se frotó los ojos, los volvió a abrir y soltó un grito de entusiasmo.

—¡Hurra!

Un lobo se estaba poniendo en pie con torpeza. Se movía rígidamente y tenía las orejas bastante largas. Y al abrir la boca mostró una dentadura blanca y afilada, una dentadura perfecta.

Oddo lo miraba asombrado, con ojos desorbitados.

—Lo he conseguido —susurró—. He hecho un hechizo del lobo.

Peluda ladraba apremiante. Thora miró hacia atrás y vislumbró a Grimmr a caballo, doblando el recodo del camino. Se puso a coger rápidamente hojas y ramitas e hizo montones al azar, dándoles forma de lobo.

—¡Vamos! —chilló—. ¡Haz más! ¡Con uno no basta!

GRIMMR

24. Desastre



Ahora el caballo era del todo visible, avanzando pesadamente, Grimmr de pie en los estribos, gritando y agitando el látigo.

A Thora, todos los músculos de su cuerpo le chillaban que se apartara del camino; pero Oddo seguía pronunciando su hechizo, encendidos los ojos mientras señalaba el montón de hojas.

La tierra vibraba bajo los sordos golpes de los cascos.

De las hojas surgió otro lobo, moviendo la cola, y Oddo volvió a levantar la mano. Sin embargo, Thora percibía el viento procedente del látigo de Grimmr. Vio el sudoroso y lustroso cuerpo del caballo, resollando por los ollares.

—¡Salta! —gritó Thora.

Ella se lanzó a un lado... justo cuando el animal se deslizaba hasta detenerse, relinchando de pavor.

Grimmr salió despedido en el aire, las flechas cayéndose del carcaj. Dio una vuelta de campana. Se puso en pie tambaleándose, farfullando rabioso, y desenvainó la espada con un sonoro chirrido.

Los lobos mágicos se apiñaron en torno a él, babeando y gruñendo, y Grimmr empezó a soltar mandobles con la espada. Thora, al ver su cara angustiada, se puso a gritar de júbilo. Un lobo clavó los dientes en la pierna de Grimmr y empezó a dar tirones.

—¡Eh! ¡Eh! —vociferaba Grimmr, manejando la espada como un loco.

El lobo le soltó por fin, y Grimmr cayó hacia atrás con un bramido. Mientras intentaba librarse de las garras que le arañaban y laceraban, Oddo dio un grito y señaló:

—¡Mira!

El caballo de Grimmr galopaba a lo lejos.

—¡Bravo! —exclamó Thora—. ¡Lo hemos logrado!

Grimmr se tambaleaba, con los ojos inyectados en sangre, la ropa hecha jirones, dirigió a Thora una mirada de odio.

—¡Bruja! —masculló.

Trató de correr, pero un lobo enorme le cerró el paso, gruñendo y enseñándole los dientes.

—¡Muy bien, Lobo, ya basta! —gritó Oddo.

Avanzó hacia el animal para apartarlo, y Grimmr levantó la espada para asestar el último golpe...

—¡No! —chilló Thora cuando caía la hoja.

Pero Grimmr, al fin libre, se alejó precipitadamente sin siquiera mirar a su espalda.

Oddo se desplomó en el suelo, y por el sendero empezó a discurrir un brillante reguero de color rojo.

—¡Oddo!

Thora se apresuró hacia él, desvanecidos el júbilo y las risas.

El rostro que se volvió hacia ella estaba blanco como las plumas de un ganso, pero tenía los pantalones teñidos de sangre.

Oddo intentó sonreír.

—Ahora le toca a Thora y sus triquiñuelas curativas —susurró—. Date prisa. Tengo que alcanzar a Grimmr.

—Es que no tengo caldero para preparar ninguna poción —se lamentó Thora.

Se apretó las sienes con los dedos y trató de pensar. ¿Qué hierbas podrían servir sin necesidad de hervirlas?

—¡Milenrama! —exclamó—. Las hojas restañarán la herida. Y pamplina...

Apartó desesperada unos matorrales, sin hacer caso de los pinchos de las zarzas y de las punzadas de las ortigas, en busca de las plantas que precisaba.

De pronto se detuvo y miró. A sus pies había el solitario tallo peludo de un girasol de montaña. Nunca se había atrevido a utilizar aquella apestosa flor de sabor picante y raíces nudosas. «Ten mucho cuidado con ésta —le había advertido la abuelita—. A tus pacientes puede hacerles todo el bien del mundo, ¡pero también matarlos!». Thora cogió una rama, la hundió bajo las raíces del girasol y arrancó la planta de la tierra haciendo palanca.

Al cabo de unos momentos, volvía a estar junto a Oddo. Cuando Thora agarró el puñal, él abrió los ojos como platos.

—Sólo... tengo... que... llegar hasta la pierna —dijo Thora, mientras intentaba cortar la tela de los pantalones empapada de sangre.

Envolvió la herida con hojas de milenrama y pamplina, que ató fuertemente con tiras de su falda. A continuación hizo rodar una piedra bajo la pierna de Oddo para elevarla sobre el suelo. Luego se sentó sobre sus talones y se quedó mirando.

Había detenido la hemorragia, pero ahora él tenía los labios tan blancos como el rostro y casi no respiraba. Thora le tocó la mano; la piel de su compañero estaba fría.

Miró el girasol en el suelo, a su lado, la tierra aún pegada a sus feas y oscuras raíces.

—Prepararé una infusión —anunció Thora cogiendo la flor—. Sólo necesito un

poco de agua para ponerla en remojo. —Revolvió en el cesto—. Para poner el agua servirá la bolsa de cuero.

Rápidamente puso el cesto al revés y lo sacudió. Cayeron una piedra, el saquito de cebada y la cuerda trenzada.

Pero ninguna bolsa de cuero.

Thora rebuscó febrilmente otra vez en el revoltijo. Notaba que el corazón le latía con fuerza y sabía que las mejillas se le estaban poniendo tan coloradas como blancas estaban las de Oddo. Alzó la vista y vio los ojos de su amigo medio abiertos, observándola.

—¿Qué... pasa? —preguntó él, tartamudeando.

—¡Mi bolsa de plata! —exclamó Thora—. ¡Ha desaparecido!

MSTF RPTF

25. Oddo regresa



Oddo abrió los ojos de par en par, y los dos amigos se miraron incrédulos.

Thora se imaginó a su familia esperándola, confiando en que ella llevaría a casa dinero para pagar los tributos. De pronto se puso en pie y borró aquel pensamiento de su mente.

—Da igual —dijo—. Para el agua encontraré otra cosa en...

Vio un trozo suelto de corteza que colgaba de un árbol. Sin perder un segundo, lo arrancó, lo enrolló dándole la forma de cuerno para beber y bajó corriendo hacia el río.

—¡Quédate aquí, *Peluda!* —gritó—. ¡Y procura que Oddo no se enfríe!

Al cabo de un momento ya estaba de vuelta, pero un vistazo a la pálida cara y a los ojos cerrados de Oddo la empujaron a desmenuzar desesperada la raíz del girasol y a quitar los pétalos del capullo. Los echó en la improvisada copa y luego se sentó en cuclillas, obligada a esperar hasta que la planta hubiera rezumado sus sustancias.

Al cabo de un rato sostuvo la cabeza de Oddo y bajo el recipiente a sus labios. Pero advirtió desazonada que la mayor parte de la infusión goteaba hacia la barbilla. Con gesto impetuoso, sumergió el extremo de la manga en el líquido y presionó la chorreante tela entre los labios de él. Casi de inmediato, el color volvió a las mejillas de Oddo, que parpadeó y abrió los ojos.

—¡Puaj! —soltó, escupiendo la tela—. ¿Qué es este asqueroso mejunje que me estás dando?

Thora sonreía mientras unas lágrimas de alivio le corrían por las mejillas.

—Es una hierba medicinal —dijo—. Toma sólo un poco más.

Oddo apartó la mano de Thora y se puso en pie con cierta dificultad. Al principio todo le daba vueltas, y para mantener el equilibrio se agarró a la rama de un árbol. Luego se le despejó la cabeza, y allí estaba Thora frente a él, los brazos cruzados y el ceño fruncido.

—¡Hemos de apresurarnos! —exclamó Oddo. Se puso en marcha cojeando aunque a buen paso, y de repente se dio cuenta de que Thora no le seguía. Giró impaciente sobre sus talones—. Vamos, date prisa. Si corremos, podemos llegar a casa a tiempo de detener a Grimmr.

Pero al ver que ella negaba con la cabeza, recordó la bolsa de plata desaparecida.

—Oddo —dijo con voz ronca—, tengo que regresar. He de encontrar la bolsa.

Oddo apretó los puños, aterrado.

—¡No! —chilló—. He de llegar a casa. He de hacerlo.

Las palabras retumbaban en su cabeza. ¡Si quería salvar la granja, tenía que marcharse inmediatamente!

—Tengo que regresar —replicó Thora con calma.

Oddo la miraba desesperado.

—Pero... yo no puedo regresar —gimió.

—Lo sé. Pero da igual. No te preocupes. Ve a casa. Me las arreglaré sola. La bolsa no puede estar muy lejos. Seguramente la perdí cuando salimos por aquella ventana.

—¡Pero esto está a un día de camino! —exclamó él.

Oddo no sabía qué hacer. Si iba con Thora, perdería toda esperanza de salvar la granja, y si seguía adelante, abandonaría a su amiga.

La miró angustiado.

—No me pasará nada —dijo Thora—. En serio. Mira. —Abrió la mano y le enseñó una piedra rúnica—. La he encontrado en la cesta. Es una runa de la buena suerte que mi padre hizo para ti, para que te ayudara en la Gula. No tuve ocasión de dártela, y luego se me olvidó... En cualquier caso, si dejas que *Peluda* se quede conmigo, estoy segura de que cuidará de mí.

Bajó la mirada y sonrió a la perra.

—Sí —dijo Oddo, sumándose a la idea—. ¡Puede ayudarte a encontrar la bolsa! Toma esto también. —Sacó el puñal del cinturón—. Llévatelo.

—Qué bobada. No me va a hacer ninguna falta.

Oddo la observó furioso. Renqueó hacia delante y dejó el puñal en la mano de Thora.

—Si no lo coges, no puedo dejarte sola —señaló.

Thora apretó los labios y miró la pierna de Oddo.

—Muy bien. Ahora ve lo más rápido que puedas. ¡Y recuerda, nada de encender fuegos! Esta noche quédate en mi casa.

—Pero ¿y tu familia? —preguntó Oddo—. ¿Qué dirán cuando me vean aparecer sin ti?

—Diles simplemente que tenía que hacer otra cosa y que llegaré pronto.

—Podría mandar a uno de tus hermanos a ayudarte...

—¡No! —gritó Thora enojada—. No quiero que me consideren incapaz de arreglármelas sola. Ésta es la primera vez que dependen de mí y no de su magia. ¡Y

no voy a fallarles!

Oddo avanzaba a saltos por el sendero, sin hacer caso de su pierna herida. Con el rabillo del ojo vislumbraba objetos familiares que pasaban como un rayo: granjas vecinas, una embarcación destrozada, un olmo viejo y solitario. Pero ¿dónde estaba Grimm?

«He ido demasiado despacio —pensó Oddo con temor—. Llegaré antes que yo».

Se esforzó por correr más deprisa, aunque casi tropezaba a cada paso. La pierna le ardía. Por fin divisó al otro lado del río los campos que conducían a su casa. Se detuvo y contempló la tierra desnuda. Dentro de unas semanas él estaría trabajando en aquellas laderas, desherbando y plantando.

¿Seguro? ¿Quizá pertenecerían a Grimm?

—¡No! —exclamó—. Ese ogro no va a vencer. No puede llevarme mucha ventaja. ¡Aún no habrá encendido ningún fuego!

La esposa de Ulf estaba lavando ropa en la orilla del río. Al oír la voz de Oddo, alzó la vista, y una sonrisa de bienvenida iluminó su rostro.

—¡Voy por ti! —gritó ella.

Desató una barca sujeta a los juncos y remó hacia él.

—¿Ha regresado Grimm? —preguntó inquieto Oddo al subir a bordo.

—Sí, por desgracia.

A Oddo se le cayó el alma a los pies. Saltó de la embarcación casi antes de llegar a la orilla, dio las gracias jadeante y se puso de inmediato en marcha colina arriba.

Mientras corría, sus ojos rastreaban el campo en busca de algún indicio de complicaciones. Llegó a la cumbre, con el corazón latiéndole violentamente, pero al ver su casa en pie tal como la había dejado, sin espirales grises que se elevaran desde el agujero para el humo, exhaló un suspiro de alivio.

De pronto advirtió que había una cabra en el techo del establo tirando del tepe. Otra cabra se frotaba la espalda contra la pared, y otra... Oddo miró alrededor, perplejo. ¡Parecía que había cabras por todas partes!

«Pero si nosotros no tenemos cabras... —pensó desconcertado—. ¿De dónde habrán venido?».

Se rascó la cabeza, pensativo, y se dirigió al establo.

Justo antes de la entrada se detuvo para tomar aire. ¿Qué se encontraría dentro? ¿Estarían bien las vacas y las ovejas? Con el corazón en un puño, dio otro paso y miró por encima de la puerta baja.

Dos vacas de inmejorable aspecto alzaron la cabeza del pesebre y mugieron un saludo. Las ovejas se pusieron en pie de golpe y se apresuraron hacia él, empujándose y balando. Con una enorme sonrisa, Oddo extendió la mano y frotó la cabeza más próxima. Reparó en los pesebres llenos, el suelo limpio de excrementos, la lustrosa piel de las vacas, la esponjosa y cardada lana de las ovejas.

—Gracias, gente menuda —susurró—. Gracias.

Tras él se oyeron pasos pesados en los guijarros.

Oddo giró sobre sus talones.

—¡Tú, boñiga confabuladora y tramposa!

Grimmr avanzaba con paso firme por el patio, esgrimiendo un largo palo y bramando de cólera.



26. Un brebaje de corteza de sauce



¡Tramposo! —repitió Grimm—, ¡Miserable gusano! —Llegó a la altura de Oddo y agitó el palo bajo su nariz—. Creías que te habías salido con la tuya, ¿eh? ¿Pensabas que no me enteraría de que fuiste tú quien abrió la puerta de mi establo para que escaparan las cabras?

Clavó sus ojos saltones en la cara de Oddo, y acto seguido se fue en busca de sus animales.

Oddo se apoyó en la pared del establo, temblando. Pero al ver a Grimm saltando torpemente por los campos y a las cabras huyendo de él en todas direcciones, se sintió más tranquilo y sonrió.

«¡Mientras esté persiguiendo a sus queridas cabras, Grimm no podrá andar por ahí encendiendo fuegos y echando a perder mi ceremonia!».

Se volvió hacia el establo y miró alrededor con ojos entornados, esperando vislumbrar la gente menuda.

—¿Esto ha sido obra vuestra? —preguntó en un susurro—. ¿Fuisteis vosotros quienes soltasteis las cabras de Grimm?

Como de costumbre, no hubo respuesta.

Oddo suspiró, dio media vuelta y se dirigió a la casa. Tal vez la gente menuda estuviera allí.

Al cruzar el patio vio a Grimm lanzarse sobre una cabra que se revolvía, cogerla y descargarla al otro lado de la cerca. El animal dio un hábil triple salto y se dirigió recto a un hueco entre las piedras... un hueco que había dejado Grimm al desplazar la cerca.

«¡Te está bien empleado!», pensó Oddo.

Cuando la cabra pasó dando botes, Oddo tuvo una idea.

—¡Eh, tú! —El animal se detuvo—. ¿Por qué no te vas a las montañas? —sugirió él—. Allí arriba hay mucha hierba tierna y sabrosa. Ah, y díselo a las demás —añadió mientras la cabra se alejaba corriendo.

Oddo llegó a la casa y anduvo de puntillas por el corredor. Si no hacía ruido, quizá podría coger a la gente menuda por sorpresa. Descorrió la cortina...

Había olvidado lo oscuro que estaría dentro. Sin lámparas ni fuego en el hogar, ni ventanas como la de Gyda, la única iluminación de la estancia era un pequeño resquicio de luz que entraba por la puerta. Oddo creyó oír un débil ruido de pies arrastrándose en el otro extremo de la habitación, pero al escudriñar esperanzado sólo vio sombras.

Cogió el cubo del agua que había junto a la puerta y arrugó la nariz. Una capa de porquería e insectos muertos flotaba en el agua. Oddo se valió del cubo para mantener descorrida la cortina y entró en la penumbra. No parecía su casa. Estaba fría y oscura, y olía a ceniza vieja y excrementos de rata. Las mantas de piel tenían un aspecto extraño, todas amontonadas, preparadas para dárselas al gobernador. No había ningún fuego acogedor ni olor a comida. No estaban Bolverk, Sigrid ni *Peluda*. Ni rastro de la gente menuda. Oddo se dirigió a la entrada y se puso en cuclillas en el rincón iluminado junto a la diminuta mesa que había dispuesto. No quedaba una migaja. Sólo había un guijarro.

Oddo cogió la pequeña piedra y se la pasó entre los dedos. De pronto se la quedó mirando. En su superficie había un minúsculo signo que parecía una runa.

Notó que se le aceleraba el corazón. ¿Era una runa buena o mala? ¿La gente menuda había elaborado un hechizo pernicioso para él o para la casa? ¿Estaban enfadados porque les había obligado a hacer los trabajos de la granja?

Oddo se puso rápidamente en pie.

«Runolf lo sabrá —pensó—. Se lo preguntaré».

Salió precipitadamente de la casa pero enseguida se detuvo.

Un cortejo ascendía por la ladera desde el río. ¡Los miembros de la Gula llegaban para la ceremonia de toma de posesión de la tierra!

Jadeando tras ellos iba un hombre rechoncho envuelto en una capa con adornos de piel que ondeaba al viento. Oddo se quedó boquiabierto al reconocer la antipática figura del gobernador del rey.

«Ha venido a recaudar los tributos —pensó Oddo consternado—. ¡Y Thora aún no ha llegado a casa!».

Cuando Oddo apareció sin resuello, uno de los hermanos pequeños de Thora estaba jugando en el tejado de tepe. Harald comunicó a gritos su llegada por el agujero del humo, y toda la familia acudió en tropel a la puerta a darle la bienvenida.

—¿Dónde está Thora? —preguntaron.

Oddo forzó una sonrisa.

—¡Vendrá pronto! —respondió, aunque sabía que no sería lo bastante pronto. No podía mirarles a los ojos, ávidos e interrogativos—. Me encargó que os dijera que le quedaba algo por hacer, y que estaría de regreso en un par de días con una gran bolsa de plata.

A él mismo su alegría le sonaba falsa, pero todos asintieron sonrientes. Todos menos la hermana mayor, la que respondía al nombre de Astrid, que lo miró con los ojos entrecerrados y cruzó los brazos.

—Apuesto a que aún no ha conseguido nada de plata —le dijo al oído en un susurro—. Por eso no ha regresado contigo, ¿verdad?

Oddo no hizo caso a sus palabras y tendió su runa a Runolf.

—Señor —dijo—, por favor, ¿puede decirme qué runa es ésta?

Runolf extendió la mano y enarcó las cejas, sorprendido, al ver el pequeño guijarro que Oddo depositaba en la palma de su mano.

—¿De dónde demonios has sacado esto? —exclamó—. Es una runa grabada por la gente menuda... ¡los más poderosos constructores de runas!

Oddo se mordió el labio.

—¿Y qué hace? —preguntó.

—Bueno —dijo Runolf—, es una runa protectora; protege la casa y la tierra.

Oddo sintió un enorme alivio. Al volverse para regresar a su casa, notó que todo el cuerpo comenzaba a temblarle.

—¡Arenque en escabeche! ¡Aguarda! —dijo riendo la abuelita Hulda—. ¿Qué te ha pasado en la pierna, muchachito?

Oddo se sobresaltó. Con tanta emoción se había olvidado de la pierna. Bajó la vista.

—Está... herida —respondió.

—Entonces entra y le echaremos un vistazo —sugirió la abuelita.

La familia al completo lo hizo entrar en la casa. Al cabo de un momento estaba sentado en un banco junto al hogar, disfrutando del reconfortante calor. De pronto se sintió débil y destemplado, y se dio cuenta de que la pierna le dolía mucho. Era vagamente consciente de que alguien le quitaba el improvisado vendaje y echaba agua caliente sobre la herida. Le escocía, pero era agradable notar que desaparecía la suciedad y la sangre. La abuelita Hulda aplicó una cataplasma caliente y olorosa y le dio un brebaje humeante.

—Bebe —dijo—. Corteza de sauce. Te quitará el dolor.

Oddo tomó un sorbo y puso mala cara. Aquello tenía un repugnante sabor amargo. Pero la abuelita lo observaba, con las manos en las caderas, para asegurarse de que apuraba la copa.

—Creo que será mejor que me vaya a casa —dijo, intentando levantarse. Tenía que averiguar qué estaba pasando con el gobernador del rey. Quizá pudiera hallar un modo de entretenerlo hasta que llegara Thora—. Yo... —Intentó buscar una excusa para irse—. He de ver cómo están los animales.

Notó unas palmaditas en el hombro y al volverse se encontró con Ketil, que lo observaba con sus grandes ojos azules. El pequeño atrajo la cabeza de Oddo hacia la suya.

—Tus animales están bien —susurró con un cálido aliento que le hizo cosquillas a Oddo en la oreja—. Thora dijo que alguien especial iba a ocuparse de ellos, pero que de todos modos fuera a comprobarlo.

Oddo lo miró fijamente y se le hizo un nudo en la garganta. Thora siempre

preocupándose por los demás.

«Ahora está buscando plata para salvar a su familia», pensó. Se la imaginó recorriendo el frío y solitario camino, sin fuego ni comida, con *Peluda* por toda compañía... e ignorando que todos sus esfuerzos iban a ser en vano. El corazón le dio un vuelco ante la idea de que ella regresaría y descubriría que habían echado a su familia de casa.

FF SMITM AMIDMF

27. Thora y Peluda



Thora siguió mirando hasta que ya no vio a Oddo. Después se volvió y enderezó los hombros.

—Vamos, *Peluda* —gritó.

Pero la perra no le hizo caso y se precipitó al agua a beber. Olfateó por la orilla y abrió la boca para morder algo.

«¡Comida! —pensó Thora—. ¿Cuánto hace que comí algo por última vez?».

Arrancó un puñado de tallos de diente de león y se los metió en la boca, tragándose las hojas y los brotes y escupiendo los pedúnculos amargos. Cuando ya no quedaron flores, se arrodilló y cortó las raíces, lamentando no tener fuego para cocerlas. Hervidas, las raíces de diente de león eran buenas; pero ¿y crudas? Caminó con cautela hasta el río por la resbaladiza ribera y enjuagó una, notando la fuerza de la corriente y el mayor nivel del agua debido a la nieve que se derretía. Dio un mordisco a la raíz y arrugó la nariz.

«Cuando llegue a casa —se prometió—, cocinaré pucheros y más pucheros de comida caliente y deliciosa». Al pensar en su casa, imaginó a su familia esperando que ella apareciera por la puerta con una bolsa de plata. «¡Mejor que me dé prisa!».

Se puso en pie de un salto sin tomar precauciones, y un instante después resbalaba ribera abajo dándose topetazos. Antes de que pudiera tomar aire, se hundió en la fría e impetuosa corriente.

X R F B F R D T F S

28. Tributos para el rey



Oddo parpadeó. Estaba tumbado en un duro banco de madera de la casa de la colina. Seguramente aquella poción de corteza de sauce no sólo había mitigado su dolor sino que lo había dormido. Se incorporó medio aturdido. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

Antes de que llegara a ponerse en pie, oyó una voz que gritaba desde arriba, y la cabeza de Harald asomó por el agujero del humo.

—¡Eh, atentos todos! —avisó Harald.

Un instante después, el gobernador del rey y sus secuaces entraron en la estancia a grandes zancadas.

—¡Hemos venido a recaudar los tributos para Harald el Rubio, rey de toda Noruega! —proclamó el gobernador.

Runolf, tranquilo y majestuoso, avanzó unos pasos e inclinó la cabeza.

—Te ruego indulgencia, señor —dijo—. Mi hija ha ido en busca de plata y en este momento viene de regreso...

—¡Nada de excusas! —bramó el gobernador—. Has tenido tiempo de sobra para reunir el pago. ¡Estoy harto de que los campesinos anden ganduleando en la cama a la espera de que la plata les caiga del cielo!

Tenía la cara encendida y sudorosa.

Runolf se irguió.

—Señor —dijo—, puedes aceptar mi palabra...

—Pues no —replicó el gobernador—. No acepto nada salvo tributos. ¡Soldados! —Se volvió hacia sus esbirros, que se agitaron nerviosos como perros de caza—. Registrad la casa —ordenó—. Coged todo lo que encontréis de valor.

Un hombre de nariz puntiaguda dio un salto hacia delante y arrebató a Finnhilda las llaves de su cinturón. Con una sonrisa insolente, se agachó para abrir el baúl de la ropa. La abuelita Hulda se abalanzó sobre él, empuñando el huso que utilizaba para hilar, y con una andanada de gritos coléricos le zurró en el trasero. El hombre giró sobre sus talones, agarrándose los fondillos de los pantalones.

Otro hombre empezó a moverse furtivamente a lo largo de la pared hacia el arcón de las herramientas de Runolf, pero la diminuta Sissa, que llegó antes, puso sus

rechonchos dedos sobre la tapa. Oddo rió al advertir la expresión perpleja del hombre cuando alcanzó el arcón y vio que el agujero de la cerradura desaparecía en un frenesí de hojas y flores.

El gobernador, cuyo semblante se había tomado violáceo, señaló a Arni, el hermano mayor de Thora.

—¡Coged a este chico tan robusto! —chilló.

Tres esbirros dirigieron su mirada a Arni. Al ver el flacucho cuerpo del muchacho, sonrieron burlonamente. Se remangaron y se le acercaron contoneándose.

Oddo contuvo el aliento y observó regocijado cómo Ketil se ponía la capucha de piel de cabra. Un instante después, uno de los secuaces gritaba aterrado y daba brincos por toda la estancia, intentando rechazar a un atacante muy pequeño pero invisible.

Entretanto, el pequeño Harald se dejó caer por el agujero del humo hasta un par del tejado. Se columpió en él y, con un grito espeluznante, saltó sobre la cabeza del segundo hombre.

Quedaba un agresor. Arni cogió una piedra rúnica y le dio vueltas entre los dedos con indiferencia. El confiado esbirro alargó la mano para agarrarlo del brazo. Con una sonrisa maliciosa, Arni dio un golpe de muñeca. El hombre salió volando por la estancia, golpeó la pared con un ruido sordo y se deslizó al suelo.

—¡Vaya medusa saltarina! —exclamó riendo Oddo entre dientes—. ¡Me vendría bien una de estas piedras rúnicas!

Entonces el gobernador desenvainó la espada. La sonrisa de Oddo se desvaneció al instante.

—¡Basta de payasadas! —gruñó—. Entregad vuestras posesiones inmediatamente o prenderé fuego a la casa con vosotros dentro, y además...

En ese momento se oyó un fuerte gañido, y una criatura con la piel mojada y erizada como si estuviera cubierta por agujas de pino irrumpió en la habitación.

Oddo saltó de la silla.

—¡Peluda! —chilló.

Un instante después se descorrió de nuevo la cortina, y una figura sucia y llena de barro apareció en la puerta.

¡Thora!

Thora entró bailando en la estancia, mostrando una cadena de oro y una copa con piedras preciosas incrustadas, y de repente se detuvo ante el caos que se ofrecía a sus ojos.

Un hombre, que soltaba balidos como una oveja moribunda, corría dando vueltas en círculo con mechones de lana que le colgaban, perseguido por la abuelita Hulda, que lo golpeaba con el huso de la rueca. Otro hombre se movía a la pata coja, saltando por toda la habitación, blandiendo un cuchillo con el que parecía intentar

cortarse su propio pie. Había alguien más acurrucado en el suelo, sosteniéndose la cabeza y sollozando, mientras Arni flexionaba sus músculos y se mofaba de otro individuo encogido de miedo en un rincón. El gobernador del rey se hallaba en medio de la escena, los ojos saltones, la espada en alto, como si estuviera a punto de estallar.

Oddo, de pie en el taburete junto al fuego, fue el primero en verla.

—¡Eh! —gritó—. ¡Es Thora! ¡Ha vuelto!

Todos los ojos se volvieron hacia ella.

—¡Ah! —exclamó Runolf, y se dirigió al gobernador—. Deja que te presente a mi hija Thora. Creo que ya te he hablado de ella...

Thora se acercó resueltamente al gobernador y le enseñó la cadena y la copa.

—¿Es esto lo que buscas? —preguntó.

Todos contenían la respiración. Los únicos sonidos que Thora alcanzaba a oír eran el chisporroteo de las llamas y el borboteo de algo que se cocía en el puchero.

El gobernador soltó un sonoro silbido. Envainó la espada y alargó una mano temblorosa para aceptar el ofrecimiento.

—Muy bien —dijo Thora—, ahora ya puedes irte.

El gobernador trató de parecer solemne mientras salía con paso airado, pero sus secuaces lo siguieron con una prisa indecorosa, saltando y cojeando.

Cuando la cortina se hubo corrido tras ellos, la estancia estalló en vítores.

—¡La buena de Thora!

—¡Thora ha traído los tributos!

Al agacharse para abrazar al niño invisible pegado a sus rodillas, Thora vio que Oddo se abría paso hacia ella. Le dedicó una amplia sonrisa.

Runolf cogió un cincel y golpeó con él la mesa para reclamar atención.

—¡Thora, te has hecho acreedora de nuestra confianza! —declaró, mientras el griterío menguaba hasta convertirse en un zumbido agitado.

Astrid echó la cabeza hacia atrás con desdén.

—Bah —soltó, sorbiendo por la nariz.

Pero por una vez su desprecio sólo consiguió que Thora se sintiera satisfecha de sí misma.

—¡Thora! —Ahora Oddo estaba a su lado, tirando de su manga—. ¿Cómo has podido volver tan deprisa? ¿Y de dónde demonios sacaste esos objetos de oro y esas joyas? ¿Qué pasó con la plata?

—Aún no he podido ir a buscarla —explicó Thora, haciendo una mueca—. Mira, justo cuando tú te fuiste, apareció Ulf, de regreso de su incursión.

Hizo una pausa, reviviendo el momento en que *Peluda* la había sacado a rastras del río helado, empapada y temblando, y cierto instinto la empujó a coger del cesto la piedra rúnica de la buena suerte. Al cabo de un instante, vio el espléndido barco del dragón, la vela roja hinchada al viento, camino del fiordo y dirigiéndose hacia ella. Los hombres la llamaron, rogándole que atendiera a los heridos. Se acercaron a la orilla, saltaron a tierra y se precipitaron por todas partes cumpliendo las órdenes de

ella (buscar las plantas que precisaba o encender una hoguera), colmándola todo el rato de elogios.

Oddo agitó la mano frente a los ojos de Thora para interrumpir su ensueño.

—Así que apareció Ulf... Y luego, ¿qué?

—Les curé las heridas —respondió ella, intentando dar a su voz un tono desenfadado—, y ellos me pagaron con parte de su botín. Y como tenía suficiente para los tributos —añadió con una sonrisa socarrona—, decidí regresar a casa en el barco y daros una sorpresa. Otro día podemos ir en busca de la plata, y quizá la encuentre y sea rica... aunque tal vez le dé una parte a Gyda para compensarla por el engaño. Pero, Oddo... —Cuando lo recordó, empezó a temblarle la voz—. ¡Al subir a bordo, vi que habían apresado a personas como botín! Hombres de aquellas tierras lejanas, incluso un chico que parecía de nuestra edad.

—¿Para qué? —preguntó Oddo.

—¡Van a venderlos como esclavos para que trabajen para otros! ¿No te parece atroz?

—Sí —admitió Oddo.

—Y tú, ¿qué? —inquirió Thora—. ¿Lograste llegar a casa antes que Grimm?

Oddo la miró muy serio.

—No —respondió.

—¿No?

Entonces Oddo tuvo un ataque de risa tonta.

—Pero da igual —explicó, ahogando la risa—. La gente menuda se ocupó de Grimm. Abrieron la puerta de su establo para soltar todas las cabras, y ahora está intentando atraparlas. Ven y verás.

Unos minutos después, Thora se hallaba en el otro lado del bosque, tratando de recobrar el aliento y mirando por los prados en busca de Grimm y sus cabras.

—¿Dónde están? —preguntó.

Oddo soltó un grito y señaló hacia las montañas.

—¡Mira, me hicieron caso! Les dije que fueran allá arriba.

Thora apenas distinguió una silueta corriendo a lo lejos y, por delante, en lo alto de la ladera, montones de puntitos en movimiento.

—¡Lo tendrán entretenido un buen rato! —exclamó ella.

Oddo asintió con regocijo.

—Entretanto puedo volver a poner las piedras en su sitio. Para mañana, la cerca ha de estar otra vez bien colocada.

—¿Y qué tal la pierna? —inquirió Thora preocupada—. ¿Podrás caminar todo el día? Debería prepararte otra poción.

Oddo torció el gesto y meneó la cabeza.

—No, gracias. Ya estoy harto de pociones.



29. Comienza la ceremonia



Cuando Oddo salió, aún estaba oscuro.

«Lo he conseguido —pensó, estremeciéndose de emoción—. Voy a encender el fuego sobrenatural y salvaré la granja».

Los hombres de la Gula aguardaban: un grupo de figuras negras recortadas en el cielo que clareaba; también estaba Grimmr, con aspecto cansado, como si no hubiera pegado ojo en toda la noche. Oddo sonrió burlón.

El magistrado alzó una vara y un arco con una forma extraña y la cuerda suelta.

—Has de encender el fuego mágico con este taladro de fresno y este arco de aliso —anunció.

Oddo dejó en el suelo su bola de yesca y alargó impaciente la mano para coger la vara de fresno y el pequeño y curioso arco. Miró intrigado al magistrado, a la espera de instrucciones. A su alrededor, el aire se llenaba de voces agitadas a medida que llegaba gente de otras granjas.

El magistrado le miró a su vez, pero no dijo nada.

Oddo se sintió invadido por el miedo. Si nadie le decía qué debía hacer, ¿cómo iba a encender el fuego con poderes sobrenaturales?

—¡Este gusano insignificante no tiene ni idea! —bufó Grimmr.

La multitud se quedó callada y, en la quietud expectante, Oddo alcanzaba a oír los fuertes latidos de su corazón.

Miró desesperado los objetos que tenía en las manos. ¿Qué debía hacer? ¿Frotarlos?

De pronto, uno de los miembros de la Gula se le acercó en silencio. Señaló al suelo: sobre un trozo de corteza había un fragmento de roble con una muesca en un lado. Sin decir nada, le apremió tocándole el hombro y dándole unos golpecitos en la rodilla. Instantes después, Oddo estaba apoyado en una rodilla, el pie izquierdo sobre el pedazo de roble. El hombre de la Gula colocó el taladro de fresno en la muesca por el extremo puntiagudo, le enrolló la cuerda del arco y se retiró.

Oddo se quedó solo, en una mano el arco y en la otra medio ovillo de lana presionado contra el extremo del taladro para mantenerlo firme. Miró el arco, frunció

el entrecejo, confuso, y dio un tirón. La cuerda se tensó e hizo girar la vara de fresno.

—¡Es así!

Sintió una enorme sensación de alivio.

Miró furtivamente a Grimmr, que estaba de pie con los brazos cruzados, observando ceñudo. Acto seguido, tiró del arco con toda su fuerza.

—Vamos —dijo animándose a sí mismo.

El taladro giraba, cada vez más rápido. Salía serrín por el extremo, y Oddo tragó saliva emocionado al ver que comenzaba a elevarse una fina espiral de humo.

—¡Bien! ¡Ya sale fuego!

Notó que la multitud se agolpaba expectante. El humo se fue haciendo más denso, y uno de los miembros de la Gula levantó el brazo. Oddo inspiró con fuerza y sopló. Se hizo visible un bultito rojo, brillante en la muesca. Los espectadores lanzaron vítores, y el corazón de Oddo brincó de júbilo. Dejó caer el arco, agarró el trozo de roble y estiró la mano para coger la bola de yesca. ¡Pero no estaba! La gente la había pisado, esparciéndola por todo el suelo. Oddo rebuscó entre los pies, escarbando desesperado en busca de trocitos de hierba fina y seca. Recogió unas briznas y se volvió hacia el ascua. Demasiado tarde. El brillo se había apagado.

Oddo se desplomó sobre sus talones, decepcionado y abatido. Miró los trozos de hierba seca en su palma con el ceño fruncido y cerró el puño con furia.

—¡Esta vez estaréis donde os necesite! —gruñó.

Los metió bien apretados en torno a la muesca y cogió el arco de nuevo. Pero ahora notaba que tenía los músculos de los brazos y la espalda agotados. Cuando tiró del arco, se le escapó la vara de los dedos, se salió de la muesca y cayó con estrépito sobre la corteza. Unas lágrimas de humillación asomaron a sus ojos.

«Grimmr tenía razón —pensó—. ¡No puedo hacerlo!».

GRIMM GRÖTMSMR

30. Anillo de fuego



En ese momento se produjo cierto alboroto entre los presentes.

Oddo alzó la vista y vio a Bolverk y Sigrid abriéndose paso hacia él.

—¿Qué pasa aquí? —bramó Bolverk—. ¿Por qué están pisando mis campos todos estos papamoscas?

Oddo se puso en pie de un salto.

—Grimmr el Codicioso nos estaba robando la tierra —explicó—. Así que fui a la Gula para impedirselo. Allí me dijeron que, para recuperarla, debía encender un fuego sobrenatural y hacer una ceremonia de toma de posesión. Pero... —Con una sensación de ahogo en la garganta, Oddo tendió el arco a su padre—. Ahora estás en casa, mejor que lo hagas tú.

—Bolverk llega en el momento oportuno —soltó Grimmer con desdén—. ¿Cómo podía imaginar la pulga de tu hijo que podía encender un fuego mágico? He oído decir que ni siquiera sabe disparar una flecha.

Bolverk ignoró el arco que Oddo ponía en sus manos y miró a Grimmer con furia. Luego gruñó en voz baja.

—Oddo, hijo de Bolverk el Bramador, nieto de Frodi Sin Miedo, no es ningún cobarde. —Su voz se elevó en un *crescendo*—. ¡Mi hijo te desafió, viajó hasta la Gula para luchar por nuestra tierra! ¡Un cobarde no hace eso! —Bolverk señaló a Oddo, enardecido—. Oddo ha demostrado que tiene el juicio y la valentía de un hombre. ¡Y ahora demostrará que también posee la misma fortaleza! ¡Encenderá el fuego!

Mientras miraba a su padre, Oddo rebosaba de miedo y júbilo.

Hincó una rodilla, cogió la vara de fresno y respiró hondo. Sobre sus hombros, ahora no sólo recaía el destino de la granja sino también el honor de su familia. Y tenía la sensación de que, a los ojos de Bolverk, la dignidad y el respeto eran más importantes que la tierra.

Volvió a enrollar la cuerda en torno a la vara, y después agarró el arco con fuerza

y tiró de él con cuidado.

—Vamos, Oddo —decía Bolverk con voz grave—, sabes que puedes hacerlo.

Esta vez el taladro de fresno se quedó en su sitio y empezó a girar.

Oddo daba tirones cada vez más fuertes, apretando los dientes, poniendo a trabajar sus cansados músculos, suspirando por la primera señal de humo. Podía oír sus jadeos y su sonora respiración.

—¡Vamos, Oddo, vamos! —gritaba Bolverk.

Y de repente... apareció. ¡Una voluta de humo gris apenas visible!

El brazo de Oddo parecía moverse con vida propia.

—¡Ya está! ¡Ya está! —repetía Bolverk.

Oddo arrojó al suelo las herramientas y de un tirón sacó el roble de su sitio. Envolvió el carbón al rojo con la suave y seca yesca, lo sostuvo en alto y empezó a soplar con frenesí. El humo subía formando rizos. Se produjo un leve siseo y una lluvia de chispas, y luego, zas, una súbita llamarada brotó de la yesca.

Oddo casi la dejó caer del sobresalto. Miró inquieto alrededor; el magistrado señaló un círculo de piedras. Oddo depositó apresuradamente su preciado fuego en el hoyo y lo alimentó con la leña menuda dispuesta allí para tal fin.

—¡Has encendido el fuego con poderes sobrenaturales! —proclamó el magistrado—. Puedes llevar a término tu reclamación. —Indicó la orilla del río, y Oddo observó un gran número de ramas secas apiladas junto a un montón de mojones—. Éste es el extremo más oriental de la tierra que reclamas —prosiguió el magistrado—. Enciende ahí tu primera hoguera y luego continúa a lo largo del linde. —Se volvió despacio, señalando más montones de leña dispuestos junto a la línea de la cerca—. Cada una ha de ser encendida con el fuego sobrenatural —dijo— hasta que todo el terreno reivindicado esté rodeado de fuego. —Entonces dio a Oddo una larga rama de manzano silvestre—. Ya puedes empezar.

Oddo sostuvo la rama sobre su pequeño fuego hasta que prendió en un extremo. Con una expresión de orgullo más intensa que la llama, se puso en pie frente a su padre. Bolverk lo miraba radiante.

Oddo elevó por encima de su cabeza la llameante rama de manzano, y la gente lo vitoreó, tal como él había imaginado. *Peluda* andaba a su lado con paso ligero, ufana, la cabeza erguida.

Se agachó para encender la primera hoguera.

—Recuerda que has de regresar antes de que se ponga el sol y de que se apague la primera fogata —avisó el magistrado—. Si fracasas, la tierra pasará a manos del otro demandante.

Oddo corrió por la orilla del río. En el siguiente montón de mojones, encendió la pila de leña y miró hacia atrás. El primer fuego aún ardía con fuerza. Se volvió de espaldas al río y respiró hondo. Ahora le esperaba un largo trecho colina arriba, hasta los pastos de verano junto a las primeras estribaciones de las montañas. Se puso en marcha a buen paso. La gente diseminada por los campos le gritaba palabras de

ánimo, y él lo agradecía con su generosa sonrisa.

A la derecha veía la tierra que cultivaba Grimm, y el cobertizo lleno de heno robado. El ogro estaba en la puerta de su casa, mirando ladera abajo, y la expresión de su mirada indujo a Oddo a volverse. ¡No era de extrañar que Grimm estuviera furioso! Oddo sintió que le invadía una oleada de júbilo. Las hogueras que había encendido formaban un anillo en torno a su tierra, tal como había dicho el magistrado. La visión lo estimuló a seguir adelante.

Sin embargo, a medida que el sol se elevaba y el terreno se hacía más empinado, cada montón de leña parecía estar más lejos que el anterior. Oddo hizo una pausa y miró hacia arriba con ojos entrecerrados buscando la próxima pila de leña. Al divisarla, se le cayó el alma a los pies; se veía tan pequeña y lejana que parecía un nido de pájaro. Notó que algo caliente soplaba en su mano y al fijarse en la vara de manzano vio alarmado que se había ido consumiendo hasta que apenas quedaba un trozo. ¡Tenía que evitar a toda costa que se apagara! Se apresuró colina arriba hasta el árbol más cercano, arrancó una rama y la sostuvo impaciente sobre el fuego. Cuando prendió por fin, Oddo exhaló un suspiro de alivio y prosiguió su camino, sintiéndose muy satisfecho de sí mismo.

La sensación de orgullo duró sólo dos pasos. Presa del terror, Oddo reparó en que no había pedido permiso al árbol para cortarle un miembro.

—¡Oh, no, ahora tendré mala suerte! —gimió.

Casi al instante, la pierna herida comenzó a darle punzadas. Mientras trataba de correr hasta el siguiente montón de leña, percibió que la sangre rezumaba a través del vendaje. La pierna le dolía cada vez más. Sintió añoranza de las hojas curativas de Thora y del asqueroso brebaje de corteza de sauce. Apretó los dientes y se esforzó por no detenerse, un pie delante del otro. El sol llegó a su punto más alto y empezó a descender lenta e inexorablemente.

De tanto en tanto, Oddo levantaba la cansada cabeza y miraba esperanzado hacia los pastos de las montañas. ¿Sería capaz de llegar?

Estaba aturdido y confuso. A un lado, entre los árboles, le pareció entrever la silueta de un lobo. ¿Era *Lobo Gris*, que le hacía compañía, o se trataba de uno de los lobos mágicos que había creado con su hechizo? La cabeza le daba vueltas. Debía esforzarse por recordar adonde iba y qué pretendía hacer. Llegó hasta otra hoguera y advirtió que tenía el camino cortado por una enorme pila de mojones. La miró fijamente, perplejo, antes de darse cuenta de su significado.

—¡He alcanzado el punto más alto! —gritó—. ¡Estoy a mitad de camino! —Dobló el recodo, con ánimo renovado—. Sólo tengo que cruzar ese campo, y luego el resto es cuesta abajo.

No obstante, al apoyar el peso en la pierna lastimada, sintió que lo abrumaban la náusea y el dolor. Desde el linde del bosque, Thora miraba a lo lejos.

—¡Ya me lo figuraba! —murmuró cuando por fin consiguió divisar la figura de Oddo—. ¡Está cojeando!

Lo vio dando traspies colina abajo, cambiándose la antorcha de mano con gesto fatigado. Entonces ella sonrió al bajar la vista al tarro de poción que mantenía caliente, envuelto en un extremo del delantal.

Cuando volvió a mirar a Oddo, éste arrastraba los pies como si estuviera andando por una ciénaga. La antorcha le resbaló de la mano y quedó ardiendo en el suelo, pero Oddo sólo se tambaleaba mirándola. Thora observó airada el resplandor rojo que se extendía por el cielo, convencida de que el sol jamás se había puesto tan deprisa.

—¡Oddo! —chilló, y empezó a correr hacia él.

—¡Alto! —gritó una voz furiosa.

Thora miró a su espalda, sobresaltada. Un enorme miembro de la Gula se le acercaba a grandes zancadas, agitando los brazos.

—¡Alto! —repitió.

Thora se detuvo indecisa.

—¡Nadie puede acercarse al demandante! —tronó la voz.

Thora alzó el tarro.

—Pero... sólo quiero darle esta poción. Es para su pierna herida —explicó.

Vio consternada que el hombre negaba con la cabeza. Decepcionada, inspiró profundamente y se volvió hacia Oddo.

Los gritos habían captado su atención, y ahora miraba hacia ella como desorientado.

—¡Vamos, Oddo! —chilló Thora—. El sol se está poniendo. ¡Date prisa!

Comprobó aliviada que sus palabras parecían surtir efecto como un sorbo del brebaje. Oddo se volvió para mirar el cielo, y ella alcanzó a ver la conmoción en su rostro mientras se agachaba para recoger la antorcha. Con el corazón en un puño, vio que avanzaba de nuevo dando tumbos. Tenía la cara pálida y los pantalones empapados de sangre fresca.

Entonces Oddo advirtió algo, y en su cara se reflejó una mirada de horror. Soltó un grito y empezó a correr. Thora giró sobre sus talones y vio que la primera hoguera estaba casi apagada.

Se oyó un ruido sordo, y acto seguido un gemido que se elevaba de la multitud expectante. Thora se volvió de nuevo para ver a Oddo tirado en el suelo, la cara hundida en el barro.

—¡Oddo! —chilló—. ¡Oddo! ¡Oddo!

TF <FSF MM XM

31. Puesta de sol



Oddo notó algo resbaladizo en la mano. Abrió los ojos y vio con sorpresa un viscoso charco de sangre en el suelo. Le zumbaban los oídos, pero le pareció oír un lejano griterío de voces.

—¡Oddo! ¡Oddo! ¡Oddo!

A duras penas consiguió alzar la cabeza. Un círculo de hombres de la Gula se movían a su alrededor como el flujo y el reflujo de las olas en una playa. Tras ellos se agitaban otros rostros, boquiabiertos y con la mirada fija. Y de pronto sus ojos se posaron en una cara que mostraba una mueca enorme y maliciosa, una cara en una testa calva y reluciente. ¡Grimmr!

Con la cabeza súbitamente despejada, miró aterrado alrededor en busca del fuego mágico. Éste, una menguante chispa en un resto de rama carbonizada, se hallaba justo fuera de su alcance.

—¡No! —chilló.

El muchacho se abalanzó hacia él, lo cogió y se puso a soplar de un modo desesperado para avivar el débil resplandor.

—¡Atrás! ¡Atrás! —ordenaron los miembros de la Gula, mientras empujaban a la multitud para dejar sitio a Oddo.

Éste intentó ponerse en pie, pero advirtió consternado que la pierna herida no soportaba su peso. Se quedó tumbado boca abajo, mirando impotente hacia el pie de la colina. De la hoguera que había encendido por la mañana sólo quedaba un montón de rescoldos, mientras el agua del río enrojecía bajo la luz del sol poniente. Con gran dificultad, empezó a arrastrarse ladera abajo. Se esforzaba por mantener en alto la antorcha para que no rozara el suelo, pero ésta se había consumido tanto que la llama le quemaba los dedos. Pronto se vería obligado a dejarla caer, y entonces su lucha habría terminado.

«¡He fracasado! —pensó—. ¡Grimmr se quedará con nuestra tierra!».

Miró a la multitud que aguardaba en la orilla. Vio a Thora, que lo observaba fijamente como pidiéndole que no se diera por vencido. Oddo parecía oír la voz de ella susurrándole al oído:

«¡Vamos, Oddo! Hiciste el hechizo del lobo. ¡Puedes hacer cualquier cosa!».

De pronto se le ocurrió una última idea desesperada. Antes de que pudiera expresarla, Peluda pareció entender lo que él quería y cruzó como un rayo la explanada hacia la casa. La perra apareció de nuevo llevando entre los dientes un arco y una flecha que puso delante de Oddo, quien dejó el fuego en el suelo, cogió la flecha y la acercó a la llama.

—Venga —acució—. ¡Vamos!

Cuando prendió la madera seca, Oddo soltó un grito de triunfo. La alegría le ofreció un vigor adicional. Se incorporó sobre las rodillas y encajó la llameante flecha en el arco. Entonces el corazón le dio un vuelco. Con el fuego rugiendo a lo largo del asta, ¿cómo iba a apuntar bien? ¡Y sólo disponía de una oportunidad! Con el estómago encogido, tensó la cuerda, deslizó la mirada por el brazo y lanzó la flecha.

La multitud enmudeció, y todas las cabezas se volvieron al unísono cuando la llamarada trazó un arco en el aire. Se oyó un grito sofocado cuando cayó en el fuego moribundo, y luego un rugido al aterrizar justo en el centro y provocar una súbita llama.

—¡Lo he conseguido! —exclamó Oddo—. ¡Lo he conseguido! ¡He traído conmigo el fuego sagrado antes de que se apagara la hoguera!

Sin embargo, frente a las llamas... Oddo parpadeó incrédulo. Había un hombre pequeño, no más grande que un pájaro, que hacía señas muy inquieto. Y Grimmr, con el rostro retorcido de furia, señalaba amenazador a Oddo con la mano.

—¡Oh, no! —Oddo se dio cuenta, aterrado—. ¡Yo también tengo que llegar! —Lanzó una mirada a su espalda. Se desvanecía el último trazo rojo del cielo—. ¡Allá voy! —chilló.

Se tiró al suelo y empezó a rodar cuesta abajo cada vez más rápidamente. En un abrir y cerrar de ojos se quedó súbitamente parado... justo delante de la hoguera.

Su padre estaba inclinado hacia él, con la sonrisa más grande y orgullosa que Oddo hubiera visto jamás pintada en su cara. Después Bolverk se puso derecho y se volvió hacia Grimmr.

—¿Decías que Oddo no sabía lanzar flechas?

Grimmr replicó con un bufido, pero Oddo no lo oyó. Tenía los ojos fijos en un hombre diminuto, cubierto de musgo y telarañas, que le guiñó el ojo y agitó la mano antes de escabullirse tras las llamas.



El futhark

Para leer o escribir palabras escritas en runas, hay que guiarse por su sonido. Los sonidos son los siguientes:

ƒ	f	ǰ	æ a/e
u	u	ƿ	ƿ
th	th	z	z
a	a	s	s
r	r	t	t
k	k	b	b
g	g	e	e
w	w	m	m
h	h	l	l
n	n	ng	ng
i	i	d	d
j	j	o	o

¿Entiendes por qué el alfabeto se llama *futhark*?

Si escribes tu nombre en runas, tendrás poderes mágicos.



Anna Ciddor (Melbourne, Australia, 1957).

Es autora e ilustradora de libros infantiles. Empezó como profesora de matemáticas de la escuela superior, pero cuando se casó y tuvo hijos decidió intentar tener un libro publicado. Desde entonces ha escrito e ilustrado cincuenta y cinco libros sobre temas tan diversos como los vikingos, druidas irlandeses, la historia de Australia, viajes, etc...